

Jaquelina G. Cinalli

UNA REINA PARA ESCOCIA



UNA REINA
PARA
ESCOCIA

Una Reina para Escocia / Jaquelina Gisela Cinalli. - 1a ed. – Rosario.

ISBN 978-987-86-4093-8

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

© 2020, Jaquelina G. Cinalli

Corrección: Angie Kremser.

angiudeep@gmail.com

Diseño de portada y diagramación: Natalia López.

dg.natalialopez@gmail.com

Un 12 de diciembre para vos.

...porque, mientras queden al menos cien de nosotros, nunca seremos reducidos bajo el dominio inglés. No es en verdad por gloria, ni por riqueza, ni por honores por lo que luchamos, sino por la libertad -sólo por ella, que ningún hombre honesto entrega sino con la vida misma.

Declaración de Arbroath, 1320

Prólogo

Desde sus inicios, el reino de Escocia fue obligado a luchar por la protección de sus fronteras ante las constantes amenazas de sus vecinos, los ingleses. Los intentos de dominación de Inglaterra hicieron que las guerras por la independencia fueran moneda corriente desde finales del siglo XIII hasta el siglo XVIII, cuando llegó la paz, pero no la libertad.

Transcurría el año 1558, y en Escocia reinaba la Casa Estuardo, con la joven Mary I de Escocia como reina. En Inglaterra se produce la muerte de otra reina también llamada Mary. Por el parentesco entre ambas, Mary de Escocia pasó a ser considerada por muchos pretendiente legítima de la Corona inglesa. Sin embargo no fue ella quien asumió, sino Elizabeth I, media hermana de Mary de Inglaterra y prima de Mary de Escocia.

Elizabeth I era hija de un matrimonio turbulento. Su padre había acusado y sentenciado a la horca a su madre, Ana Bolena, por adulterio e incesto. A pesar de las dudas, fue Elizabeth I quien asumió el trono inglés, teniendo que soportar la constante duda sobre su legítimo derecho de ocupar ese trono.

La disputa entre Elizabeth I y Mary de Escocia llevó a la segunda a ser procesada y ejecutada en la guillotina por sospechas de conspiración, luego de pasar prisionera dieciocho años en Inglaterra. Para Elizabeth, mientras Mary siguiera viva, la amenaza a su reinado siempre estaría presente, por más que las acusaciones a Mary no fueran reales.

Elizabeth nunca contrajo matrimonio y la falta de descendencia para sucederla en el trono era su flanco débil. Mary, en cambio, sí tenía descendencia: su único hijo Jacobo.

En sus últimos días con vida, mientras se encontraba prisionera a la espera de su condena de muerte, Mary realizó un bordado que decía: “*En mi final está mi comienzo*”.

En 1603 Elizabeth muere y, ante la falta de descendiente, el hijo de Mary fue coronado sucesor de la Corona inglesa e irlandesa, sumándose a la que ya llevaba: la de Escocia. Si bien parecía ser una revancha del destino, la dinastía Estuardo logró dar la estocada victoriosa con casi un siglo de reinado conjunto de los históricos países enemigos.

El reinado de los Estuardo continuó con sus descendientes, pero en el año 1688, el rey Jacobo II de Inglaterra y VII de Escocia (bisnieto de Mary) fue derrocado en un golpe de Estado apoyado por los protestantes y pergeñado por su yerno, el Príncipe de Orange, Guillermo III. A partir de ese día surgieron en Escocia los movimientos jacobitas, llamándose así en honor al último monarca católico de la dinastía. Desde ese momento se reclama la restauración de los tronos de Inglaterra y Escocia a los Estuardo. Los jacobitas eran, en su mayoría, clanes católicos

escoceses de las Highlands.

En 1707, el Acta de Unión firmada por Escocia e Inglaterra dio un paso más sobre el avasallamiento de autonomía de Escocia, al fusionarse su parlamento con el inglés, y trasladando su funcionamiento al Palacio de Westminster, Londres.

Luego de varios levantamientos jacobitas liderados por el pretendiente al trono, el Príncipe Charles (apodado el príncipe bonito), la derrota en la batalla de Culloden en 1746 puso fin a los serios intentos de reivindicación de la dinastía Estuardo.

A fines del siglo XX, un referéndum devolvió el Parlamento Escocés a su lugar geográfico de origen, Edimburgo, dejando en Westminster sólo lo relativo a las relaciones internacionales. En el año 2014 un nuevo referéndum pone en vilo a la Corona británica, aunque los grupos independentistas no llegaron a sumar la cantidad necesaria de votos para ser libres.

Luego de la muerte de los reyes de Inglaterra, la coronación de su hijo como heredero recrudece los movimientos independentistas escoceses, y su falta de empatía con el pueblo escocés junta las voluntades que no había reunido años antes.

A lo largo de los siglos, en silencio, la línea jacobita siguió su rumbo. En Múnich, una joven escocesa lleva en su sangre la reserva de la herencia de los Estuardo.

Un nuevo referéndum se avecina y la Corona inglesa puede quedar en jaque.

Capítulo I

“Llamadas”

*Múnich, Palacio de Nymphenburg.
Año 2020*

Fue difícil definir si el móvil estaba sonando, o el sonido provenía de un sueño tan profundo como real. Se convenció que la repetida llamada entrante se debía a una pesadilla, una buena excusa para seguir durmiendo. Así, su inconsciente encontró la manera perfecta de ensamblar el sonido en un sueño.

Si no fuera por la insistencia del otro lado, Mary Jane habría continuado sumergida en la almohada. Hacía demasiado frío para salir de la cama.

Mary Jane creía que ya nada podría sorprenderla. Sin embargo, otra vez, como hacía dos años, tenía que admitir que la vida no se cansaba de darle lecciones.

Año 1999

Allison McGill era una joven de veintiocho años cuando se encontraba investigando para su tesis en Historia, del doctorado que cursaba en su alma máter: la Universidad de Edimburgo. La investigación tenía como eje fundamental la legitimidad en la sucesión al trono escocés. Fue así que llegó al único heredero jacobita de la Casa Estuardo que vivía en la actualidad: Ludwing de Baviera. Él, entre otros títulos nobiliarios, era descendiente del último rey católico de Escocia, Jacobo II, depuesto en el año 1689.

Ludwing de Baviera tenía sesenta y tantos años. Nunca se había casado y vivía solo en Múnich en el magnífico Palacio de Nymphenburg, herencia de su padre. Era alemán, pero en su sangre llevaba el legado escocés. Ludwing podría haber sido el rey del desaparecido Reino de Baviera y, por llevar el apellido Estuardo, también el de Escocia. Un alemán podría haber reclamado el trono a la reina de Inglaterra, aunque para muchos fuera una idea totalmente disparatada, incluso para él mismo.

Allison contactó a Ludwing por correo postal. Necesitaba recabar datos familiares para su

investigación. La respuesta de Ludwing no se hizo esperar; para él sería un honor proporcionarle la información que necesitara.

La visita del correo se hizo cada vez más constante. Las cartas eran esperadas por Allison con gran ilusión. Con sus palabras, Ludwing había logrado captar la atención de la joven muchacha escocesa. Y él tenía que admitir que se sentía atraído como un adolescente. Ninguno reparó en la diferencia de edad. En ese momento.

En una de sus últimas cartas, Allison decidió adjuntar su número telefónico, excusándose en la necesidad de generar una mayor fluidez en la investigación.

Escucharse la voz fue irremediable: Ludwing invitó a Allison a su palacio, para ahondar en la investigación, por supuesto. Si ese hombre era la mitad de exquisito de lo que era en sus letras, y un cuarto de movilizador que su voz, valdría la pena viajar a cualquier sitio a conocerlo. El viejo alemán la intrigaba, y a ella la intriga la seducía.

La estadía de dos semanas se extendió a meses. Una historia de amor inolvidable en un palacio en el centro de Múnich, con un rey sin corona que la hizo sentir como una verdadera reina, y que le dejó en el vientre el tesoro más preciado, su adorada hija Mary Jane.

Año 2018

La primera sorpresa que la vida le dio fue descubrir su verdadera identidad. Nacida de madre soltera, siempre había esperado el momento de descubrir quién era su padre. El tiempo de hacerlo fue con dieciocho años recién cumplidos.

De pequeña, solía buscar a su padre en cada hombre solitario que cruzaba su mirada. Cada cumpleaños, cada navidad, esperaba que apareciera con un gran regalo que compensara los años perdidos. A medida que Mary Jane fue creciendo, esa fantasía se evaporó con su niñez.

Allison, su madre, no soltaba palabra: ella no entendió que la información que guardaba bajo siete llaves no era suya, sino de su hija. Un corazón roto no era excusa suficiente para negarle su identidad.

El momento de conocer a su padre fue diferente a lo que siempre soñó. Una llamada desde Alemania indicaba que el tiempo se acababa. Su padre estaba muriendo en una habitación de hospital. Allison fue quien recibió la triste noticia; Ludwing, antes de caer en coma, había solicitado a su hermano que se comunicase con “su adorada Alli”. Su deseo era verla antes de morir... Él no sabía que tenían una hija juntos. Allison se lo había ocultado todos estos años.

Allison no tuvo alternativa. La carrera del tiempo no tenía piedad. Cada minuto que los separaba de Alemania, era una posibilidad menos de verlo con vida. En este momento no cabía

lugar para su orgullo, ni sus sentimientos. Mary Jane tenía que conocer a su padre.

Un pasillo de distancia fue el espacio que alejaba a Mary Jane de su madre en el avión, y excusa suficiente para no entablar conversación durante un vuelo que pareció eterno. Cuando el avión aterrizó, el mismo pasillo que las separaba fue el que las unió. Mary Jane no había recobrado sus ganas de hablar; sin embargo, su madre decidió romper con el mutismo. Puso una mano sobre el hombro de su hija y cerca del oído se dirigió en susurros.

—No lo culpes. No lo culpes por mi cobardía. Él hubiera adorado saber que tenía una hija maravillosa. Si él hubiera sabido que existías... —Mary Jane se limitó a mirar a su madre, y a ella le bastó para sentir el vacío que transmitía su mirada. Bajó la vista y continuaron en silencio hasta entrar al hospital.

Llegaron a tiempo para verlo con vida; sin embargo, no fue suficiente para que despertara de ese sueño infinito que lo había atrapado. Mary Jane no esperó encontrar a un hombre anciano, más cerca de ser su abuelo que su padre. Estaba frente a todo su pasado, su sangre, y sin embargo para ella era un total desconocido. Hasta el cajero del supermercado más cercano a su casa la conocía más que ese hombre que apenas podía llenar sus pulmones de oxígeno a través de un tubo.

Ludwig estaba en coma, con todos los deterioros que podían esperarse de una persona que agonizaba. Pero había algo en él que lo hacía distinto a los ancianos que conocía. Tenía un porte imponente, que, aun estando conectado a un respirador y teniendo la piel tan pálida que las venas mapeaban sus brazos, mantenía la elegancia. Ludwig había sido un hombre apuesto, pero sobre todo un caballero de otra época. Esas cualidades se transmitían por fuera, y nadie podía reflejarlo si no lo era por dentro.

Ludwig, su Alteza Real, duque de Baviera, jefe de la Casa Real de Wittelsbach, era el bisnieto del último rey de Baviera, Luis III, descendiente de la Casa Real Estuardo, y la cara que le faltaba al álbum familiar de Mary Jane. Era un hombre con tradición monárquica como pocos, con muchos títulos, pero ningún trono sobre el cual reinar. A pesar de todos los títulos, para ella solo contaba uno, y era el que obtendría luego del ADN. Lo más triste de ese título, era que solo podría llamarlo padre en la lápida de su tumba.

Johann, el medio hermano de Ludwig por parte materna, estaba sorprendido. Jamás imaginó que su solitario hermano tendría una hija perdida en el mundo. La noticia fue una alegría en medio de tanto dolor. En el funeral, Mary Jane se encontraba apartada y él se acercó. Johann le dio un fuerte abrazo que reconfortó a ambos, y le dijo que tenía los mismos ojos celestes de su padre. Luego del funeral, la invitó a conocer el Palacio de Nymphenburg, que ahora le pertenecería a ella, ya que sería su única heredera.

Después de despedir a su padre, Mary Jane tomó una gran decisión: cambiar su residencia a Múnich. Quería saber a qué olía el aire que Ludwig había respirado, saborear sus comidas,

convivir con su gente, su familia. Aunque no pudiera regresar el tiempo, le servía para entender de dónde venía.

Allison sintió orgullo de su hija. Nunca habían estado separadas. Sería duro ver su habitación vacía, pero también entendía que así tenía que ser. Su hija no le dirigía la palabra; Mary necesitaba el tiempo y la distancia para sanar, y ella no podía reprocharle nada. Desde el día en que decidió ocultarle el padre, supo que pagaría las consecuencias. Solo ella sabía el dolor que le causaba. Tal vez, cuando Mary Jane tuviera sus propios tropiezos amorosos, comprendería sus razones y la perdonaría.

El móvil seguía sonando. Chocó con varios obstáculos hasta que el sinuoso recorrido de su dedo pulgar dio con la tecla indicada para contestar. Una voz cercana aguardaba del otro lado. No porque fuera conocida, sino por el marcado acento de su tierra natal, Escocia. Sus neuronas aún dormían; sin embargo, se esmeró en prestar atención. Tenía que ser una broma. Cortó, y las palabras que resonaban comenzaron a marearla. ¿Quién se tomaría el trabajo de planear una broma con tanta información? ¿Y con qué sentido? La llamada no tardó en volver a entrar. Por segunda vez atendió, y por fortuna más despierta. Esta vez recibió más precisiones sobre su propia vida, que únicamente un servicio secreto podría haber obtenido.

Se pellizcó, y no fue hasta sentir el dolor y ver la piel cambiar de color que pudo asegurar que se encontraba despierta, que era jueves 28 de noviembre de 2020, y que las palabras que le decía un señor de apellido Craig no se debían a ningún chiste. Le estaban dando el respaldo político del partido independentista, el Partido Azul y Blanco, para recuperar el Reino de Escocia.

Una crisis institucional atravesaba la Corona del Reino Unido. El descontento que generaba la próxima coronación del príncipe heredero al trono había recrudecido las facciones independentistas en Escocia. Un quiebre en el Acta de Unión que había mantenido juntos a Escocia e Inglaterra durante siglos era una posibilidad nuevamente. Escocia ya no estaba dispuesta a seguir siendo gobernada desde Buckingham.

Capítulo II

“El cassette”

Eric Mc Leish, un reconocido académico, era colega de Allison en la Universidad de Edimburgo. Participaba como colaborador del Partido Azul y Blanco en su parte ideológica, y sabía que Philip Craig, asesor fundamental del partido, estaba impulsando un nuevo referéndum por la independencia de Escocia.

Philip era un apasionado de la política. Sus ideales siempre estuvieron con la independencia, y encontró en el Partido Azul y Blanco personas que perseguían lo mismo que él: recuperar la total libertad de Escocia. Sus inicios en la política vinieron de la mano de Thomas Murray, uno de los fundadores del Partido. Actualmente, Philip trabajaba en el Parlamento Escocés, siendo el asesor principal del hijo de Thomas, el parlamentario Richard Murray.

La información que había llegado a los oídos de Eric no tendría desperdicio para Philip. Existía una heredera a la Corona de Escocia desconocida, y era nada menos que una descendiente por la línea jacobita de la Casa Estuardo.

Philip no podía dejar pasar la oportunidad. No era casualidad que esa información llegara a él en el momento de mayor debilidad de la monarquía británica.

Si Escocia lograba la independencia, la corona quedaba vacante. Si Mary Jane, la heredera desconocida, no reclamaba su lugar en la sucesión, nadie más podría hacerlo, perdiendo así lo que le hubiera correspondido a su padre.

Mary Jane se vio en la encrucijada más importante de su vida. Aceptar la propuesta del Partido Azul y Blanco conllevaba un cambio de vida radical. Su vida no pasaba por la exposición. Jamás la política había sido el centro de su interés: el destino se esmeraba en sacarla de la zona de confort. No entendía qué podía ofrecer ella a la causa, si ni siquiera sabía hablar en público. Philip y su equipo la convencieron de que ella no debía hacer nada, solo ocupar el lugar que le correspondía; el resto lo harían ellos. La persuadieron hasta convencerla. Argumentaban que sin su apoyo público al partido y al referéndum la independencia se frustraría. Ella no podía cargar con ese peso sobre sus hombros, pues además de ser hija de quien era, también era escocesa, y por su sangre la palabra independencia no pasaba inadvertida.

Dos inviernos habían pasado desde que Mary Jane no pisaba suelo escocés. Luego del revelador viaje a Múnich decidió no regresar a Escocia. Quería conocer a su padre a través de su legado y sentía que quedándose en el suelo donde Ludwing había nacido estaría más cerca de él.

Llevaba consigo la cantidad de atuendos que podían entrar en una valija mediana. Nada hacía pensar que con esas pocas prendas debería sobrevivir mucho más que una semana. Tomó el vuelo a Londres y desde allí un tren con destino a Edimburgo. Siempre que el tiempo se lo permitía, se daba el gusto de pasar por la estación de King's Cross. Aunque el trayecto se hiciera un poco más largo, tomar el tren en esa estación le hacía la ilusión de conducirse a Hogwarts.

Mary Jane bajó del tren con los auriculares puestos. Nada disfrutaba más en sus paseos que aislarse del mundo con la música, y así poder apreciar el paisaje en su magnitud. La desventaja era que la melodía invadía sus tímpanos por completo y no había forma de escuchar nada de lo que ocurría alrededor (a veces tan necesario). Una sexi pelirroja de atuendo ajustado la perseguía con un cartel con su nombre. La corrió por media estación, hasta lograr posicionarse frente a ella. Luego de acaparar su atención, movió con frenesí el cartel, casi sobre su cara. Mary Jane vio como los labios de la mujer se movían sin emitir sonido, y por unos segundos creyó que la mujer era muda, hasta que recordó lo tonta que era y dejó caer los auriculares sobre sus hombros. La interrupción llegó en el momento más dramático de la sinfonía n° 7 en La mayor de Beethoven. Mary le devolvió una disculpa con una sonrisa, mientras intentaba explicarle por qué no la había escuchado. Nada podía causarle gracia a Meredith después de haber cruzado, corriendo y en tacones, toda la estación. A pocos segundos de conocerla, Mary también comprendió que Meredith no era el tipo de persona que pudiera tomarse algo a chiste.

Meredith, agitada y con notable hartazgo, escrutó con la mirada a la supuesta princesa y repitió por segunda vez:

—Bienvenida. El Sr. Craig, secretario del parlamentario Richard Murray, nos espera en el automóvil—. Mary asintió y volvió a colocarse los auriculares. Meredith se limitó a resoplar y poner los ojos en blanco. La muchachita le traería problemas.

Mary Jane no dudó a cuál auto debía subir, ya que era el único estacionado en toda la cuadra. La placa de uso oficial que llevaba el automóvil indicaba vía libre para circular y aparcar donde le placiera. Philip, que se encontraba en la parte trasera del vehículo, observó atento el trayecto de ambas. Recién cuando estaban a pasos de llegar, descendió. Estaba saliendo de una fuerte gripe y quería tomar el menor frío posible. Una ola polar estaba azotando a Escocia, y, al igual que en otros países europeos, amenazaba con nevar.

Mary Jane quitó los auriculares de sus oídos para acercarse a saludar al tal Philip Craig, de quien solo conocía su voz. Su metro ochenta hizo que Mary tuviera que elevar sus empeines. Atinó a saludar con un beso en la mejilla, mas su impulso fue frenado. Philip le ofreció su mano.

A pesar del viento gélido que chocaba en sus rostros, Mary pudo sentir un calor ardiente

que se alojó en sus pómulos, delatándola. Se sintió una tonta por no darse cuenta que a las personas serias no se las saludaba con tanta confianza. ¿Cuántos años tendría? Aparentaba unos treinta, aunque tal vez tendría menos; la vestimenta formal ayudaba a su imagen rígida. Philip, en cambio, sintió un cosquilleo que llegó hasta la punta de sus dedos. Ante la desconcertante sensación, retiró bruscamente su mano.

Incómodos o no, subieron a la parte trasera del automóvil manejado por un chofer, para comenzar el viaje. Mary Jane no percibió la preocupación de Philip, ya que su mente estaba ocupada en recriminarse cada uno de sus errores: los auriculares, su ropa poco elegante y tan juvenil, su inmadurez, su rostro a cara lavada y el cabello enmarañado por efecto del viaje. En definitiva, no verse tan espectacular como la pelirroja, que para su entendimiento se comportaba como si Philip fuera de su propiedad.

Mary observó que las piernas de la pelirroja se inclinaban con sugerencia hacia Philip para rozarlo. Aunque él no hiciera ninguna muestra, Mary dedujo que esos dos eran amantes o novios, esposos lo descartaba ya que ninguno llevaba el anillo. Situación típica entre jefe y secretaria.

Durante el viaje Mary Jane no volvió a colocarse sus auriculares. La manera en que normalmente actuaba, ahora le provocaba inseguridad. De pronto le preocupaban cosas como la imagen que daba ante el Sr. Craig.

Philip aprovechó a ponerla al tanto de la agenda que habían armado para los próximos días, aunque sin dirigirle la mirada. Sus ojos estaban clavados en el espejo retrovisor, y temía que, de encontrarse con su mirada de ojos azules, volviera a sentir ese hormigueo molesto que tan incómodo lo había dejado al rozarla.

Philip indicó la dirección al chofer. Se trataba del hotel que habían reservado para que Mary Jane pudiera descansar.

—Esa no es la dirección de la casa de mi madre. Es...

—No vas a alojarte en tu casa —Philip advirtió que su tono sonó autoritario, y quiso corregirse—. El partido reservó una habitación muy cómoda en el King James Suites.

—Mi casa también lo es.

—No digo que no lo sea. Solo queremos que estés tranquila. Que no tengas que ocuparte de nada, salvo de los temas que nos urgen en torno al referéndum. No sabemos qué esperar de los días que tenemos por delante. Hemos contratado una coach para ti. Su nombre es Margaret, y la recibirás diariamente. En el hotel te atenderán como una reina, y sobre todas las cosas, estarás segura —Mary cambió de expresión y su rostro mostró preocupación. Philip creyó haber hablado de más—. No te asustes. No hay nada grave de qué preocuparse. Solo tenemos que estar preparados para que la prensa te aceche, y nos resulta más práctico manejar tu seguridad de esta manera. El dueño del hotel está relacionado al Partido, y puso a disposición un piso entero sin huéspedes para mayor privacidad. Nada va a faltarte, la habitación tiene las comodidades de un

apartamento.

—¿Y mi familia?

—Ellos van a poder visitarte sin problemas. ¿Algo más? —Mary no quedó conforme, pero parecía no tener una excusa real para rechazar la imposición más que por capricho, por lo que no volvió a protestar y se llamó a silencio. No estaba nada mal la idea del hotel. Las razones parecían sensatas; sin embargo, lo que en realidad le molestaba era que la trataran como si fuera una extraña en la ciudad, cuando ella había nacido allí y solo había pasado fuera dos años. Tal vez, esos dos años fueron mucho más de los que marcaba el calendario. Tal vez sí era una extraña para la ciudad. La chica que se fue, no era la que hoy volvía. La chica que se fue no tenía un padre, ni certezas, ni responsabilidades. La Mary Jane que volvió tenía el padre más importante que podría haber imaginado, las responsabilidades más grandes que hubiera elegido, y un futuro prometedor del que comenzaba a sentirse orgullosa. Aunque en ese momento su inseguridad la hacía dudar de sí misma, lo cierto es que en esos años había crecido. Era toda una mujer.

La frialdad de Philip y la forma distante con que la trataba le hacía pensar que él estaba dudando de sus condiciones para llevar adelante la campaña. Sin embargo, y más allá de sus inseguridades, ahora tenía muchas más razones que las que utilizó Philip para convencerla cuando la convocó. Los motivos que la hicieron regresar a su tierra natal eran propios y venían de lo más profundo de su corazón. Si bien sabía que el Partido estaba utilizándola como estrategia, ella también lo hacía con ellos.

Aquel cercano 28 de noviembre, luego de establecer contacto telefónico con Philip, las dudas la habían asaltado, y fue entonces cuando por fin decidió retomar la comunicación con su madre. Allison aportó luz a sus dudas. Esa comunicación fue un antes y un después en su reconciliación.

Mary estaba asustada y desbordada. No solo necesitaba aclarar la mente, también tenía la imperiosa de necesidad de escuchar la dulce voz de su madre, y que hicieran las paces. El castigo del silencio era demasiado. Si bien tenía noticias de ella a través de sus abuelos, no había vuelto a escucharla desde el funeral de Ludwig y su decisión de mudarse a Múnich. Con el tiempo entendió que las personas a veces hacían lo que podían y que las razones por las cuales actuaban podían verse nubladas por un sentimiento poderoso, el miedo.

—Hija, no puedo decirte qué debes hacer. No existe lección de historia, de política, y mucho menos de moral que pueda enseñarte para que tomes la decisión correcta. La respuesta tienes que encontrarla sola, en lo profundo de tu alma.

—Como no conocí a mi papá, no sé qué decisión hubiera tomado de estar en mi lugar. Y si alguien puede decirme qué pensaba respecto a este tema eres tú.

—Ahí está el problema. No importa lo que pensaría tu padre, así como tampoco importa

lo que piense yo. Aceptar el desafío de luchar por tu lugar en el trono significa una responsabilidad enorme. Jamás me atrevería a poner semejante carga en tus espaldas. Si lo eliges, deseo que sea porque vas a amar tu decisión. Y si no, quiero que sigas buscando cuál es tu destino, porque de algo estoy segura, y es que nunca lo vas a encontrar en los deseos de otros —Se escuchó el sonido de una profunda inspiración del otro lado, seguido de la nada del silencio. Allison entendió que Mary Jane ya estaba convencida de lo que iba a hacer, conocía el temperamento de su hija. De lo contrario jamás hubiera puesto a consideración de alguien más el dilema, si no lo tuviera resuelto en su corazón. Así como le reprochaba cuando era testaruda, le alegraba que no dejara torcer sus decisiones por nadie. Lo que Mary necesitaba era saber que su padre hubiera estado orgulloso de su sí. Allison tuvo una idea que llegó en el momento indicado—. Se me ocurre algo, hija. Tengo guardadas las grabaciones de todo el trabajo de investigación que realicé para mi tesis. Me refiero a las entrevistas que le realicé a tu padre. Son horas de charlas con Ludwing en formato cassette, pero puedo convertirlo para enviártelo por email —No iba a advertirle en qué parte de la grabación tenía que prestar atención. Si ella sabía escuchar, encontraría respuestas. Allison pasó horas trabajando para que esas grabaciones pudieran ser escuchadas lo más pronto posible a cientos de kilómetros de distancia, y eso era posible gracias a la magia de la tecnología.

Cuando Mary Jane tuvo los audios en su poder, se sentó a escucharlos en el sillón de botoncitos que desentonaba con toda la decoración del palacio: un Chesterfield de cuero marrón oscuro en el que Ludwing solía pasar horas leyendo en su escritorio. Era el más sencillo y gastado de todo el palacio. Si bien desentonaba con la decoración, Mary decidió conservarlo tal como su padre lo había dejado. Para la ocasión, instaló en la sala de lectura un sistema de audio envolvente para que el sonido se escuchara a la perfección, ya que la grabación tenía sus años y desgaste. Escuchó atenta, con los ojos cerrados y el alma abierta. De vez en cuando frenaba para hacer alguna anotación que le interesaba o, tal vez, lo que quería era atrapar en sus oídos esa voz que nunca había escuchado.

—Si tuviera un hijo, que a esta altura lo dudo, —rió— lo llamaría Luis en honor a Luis III, el último Rey de Baviera.

—¿Y si tuvieras una hija? —Preguntó la entonces joven Allison. —Bueno, primero sería el hombre más feliz del mundo —Pensó por un instante, y continuó—. Sí, creo que si tuviera una hija me gustaría llamarla Mary. Por Mary I de Escocia. Es, de mis antepasados mujeres, a quien más admiro. No tuvo una vida maravillosa; es más, creo que sus momentos felices fueron pocos. Ella dio su vida por defender la corona de su patria, y nunca negoció con sus ideales. Eso merece mi admiración siempre, pero pensar que una mujer haya luchado así hace quinientos años y en una época con una mentalidad tan lejana, simplemente me pone la piel de gallina. Ella era única.

—Y en tu torrente corre su sangre.

—Exacto, eso muy poderoso. Yo soy de los que piensan que las mujeres son mucho más valientes que los hombres. Porque luchan desde su corazón, no por vanidad, ni por ego. Por eso me gustaría que, de haber tenido una hija, su nombre le recuerde el poder que tiene, y que sepa que nadie le puede decir que no puede, y que es capaz de hacer grande todo lo que desee.

Mary apagó el audio; ya no tenía nada más que escuchar. Necesitaba que su voz volviera a la normalidad para poder hablar, y recuperarse de la emoción que la colmaba, para luego buscar el número de la oficina del Sr. Craig. Ella conocía a la perfección la historia de Escocia. No precisaba buscar ayuda en ningún libro para saber quién había sido su antepasado. Hasta escucharlo de la boca de su padre, no había tomado real dimensión de lo que significaba llevar la sangre que tenía. Dejó de vacilar, y se decidió a comunicar su respuesta:

—Sí, voy a aceptar su propuesta Sr. Craig. Quiero que todos sepan que soy la última descendiente de la Corona de Escocia —Mary se dijo que cada vez que algo la hiciera dudar volvería a recordar las palabras del audio de su padre.

El auto al fin se detuvo frente al imponente hotel *King James Suites*, sobre la calle *Princes Street*. Mientras Philip y el chofer bajaban su equipaje, Mary Jane se limitó a inspirar profundamente para disipar esas cosquillas que estaba sintiendo en el estómago por recordar el día que escuchó las grabaciones y develó el sentido de su nombre. Al poner un pie en la vereda tuvo la sensación de que su vida empezaba de cero, una vez más.

Capítulo III

“Lecciones para una reina”

La existencia de Mary Jane no tardó en salir a la luz. El equipo de Philip Craig encontró la forma ideal para presentarla en sociedad: organizaron un congreso en la Universidad de Edimburgo para conmemorar los setecientos aniversarios de la Declaración de Arbroath. La Declaración es una carta dirigida al Papa Juan XXII, firmada por los nobles escoceses. Un documento histórico que data del año 1320, y que estableció las bases de la independencia y soberanía de Escocia como Estado. Además se lo considera un precedente no solo de valor para Escocia, sino para todo Estado que ansíe su libertad. En el documento se declara que la soberanía reside en el pueblo escocés y es este quien elige a su rey, no Dios. Un pensamiento más que adelantado para la época.

En el panel estaría Mary Jane con su madre Allison, catedrática de Historia Escocesa y miembro de un grupo de investigación en la misma universidad. También hablaría el parlamentario Richard Murray, representando el partido independentista, junto a Eric Mc Leish.

Margaret era una destacada especialista en protocolo real. De las pocas que conocían a todos los que tenía que conocer: los de ahora y los de antes. Su primer trabajo fue en el Palacio de Buckingham, para la monarquía británica, como asistente en el departamento de protocolo. Luego pasó a trabajar en el Palacio de Westminster, instruyó a los nuevos integrantes plebeyos de varias monarquías europeas y organizó con gran éxito la campaña política del parlamentario escocés Thomas Murray, el padre de Richard. El Partido Azul y Blanco sabía perfectamente lo que ella había logrado con la imagen de Thomas, por eso la apreciaban tanto. Los desafíos la caracterizaban, razón por la cual no solía permanecer eternamente en un mismo puesto.

Por estos días se encontraba retirada de la actividad. Se había mudado del amplio departamento que tenía en el New Town de Edimburgo para trasladarse a una casa de montaña heredada de sus padres, situada en el valle de Glencoe, antiguas tierras del clan MacDonald. Después de pasar tantos años de aquí para allá, ese lugar se había convertido en un oasis personal. Recibía a sus hijos y nietos los fines de semana, y pasaba largas horas escribiendo sus memorias al calor del hogar. No dejaba de maravillarse con cada amanecer y atardecer: recibir y

despedir el día rodeada de la naturaleza se había convertido en un ritual. Sin embargo, la insistencia de Philip había logrado torcer la fuerte decisión que la caracterizaba. Su antiguo compañero de campaña supo cómo hacer que volviera a Edimburgo, al menos por un tiempo.

Margaret y Philip sentían respeto mutuo. Philip, además, la admiraba por haberle enseñado tantas cosas valiosas en el inicio de su carrera en política. También compartían la causa escocesa, y mencionar “quién” sería su desafío, bastó para que Margaret se decidiera a hacer las maletas y dejara sus memorias a medio hacer. De todos modos, tendría que agregarle un nuevo capítulo.

Margaret tenía la tarea de lograr que Mary Jane hablara, luciera y caminara como una royal. Las lecciones comprendían oratoria, reglas sociales y hasta qué vestir para cada ocasión. Era muy importante que aprendiera sobre qué temas podía hablar, y qué no debía mencionar bajo ningún punto de vista.

El tiempo los apremiaba, y las lecciones debían comenzar de inmediato. Margaret se instaló en el mismo hotel que Mary Jane para aprovechar el tiempo al máximo y lograr discreción.

Las clases ocupaban todas las horas del día, y Mary Jane terminaba exhausta. Incluso aprovechaban los almuerzos y cenas para enseñarle las reglas de protocolo en la mesa. Hubo cosas que a Mary le parecieron redundantes y hasta ridículas en un principio, como repetir trabalenguas, grabarse y escucharse, o hablar con un lápiz en la boca. Aunque luego de ver la filmación del primer video que Margaret grabó, y compararlo con el último, tuvo que admitir que había prejuzgado su método. La diferencia era tan rotunda que se avergonzó de lo mal que hablaba antes. Desde ese día consideró a Margaret una aliada fundamental y deseó convertirla en su sombra. Era la medicina adecuada para contrarrestar la inseguridad que le provocaba estar en la línea de sucesión.

—Si en algún momento tu mente se pone en blanco, siempre acuérdate de sonreír. Los mortales estamos acostumbrados a hacerlo solo para la foto. Tú en cambio tendrás que hacerlo de manera permanente, porque de lo contrario dirán que algo anda mal —Luego siguió, y Mary anotó: —Las fotografías van a atacarte. Si logras captar la atención de la sociedad, y confío en que lo hagas, van a fotografiarte en todo momento. Tienes que estar preparada porque puede que en un principio lo sientas como un ataque. El sonido de las cámaras, cientos de ellas juntas, sonarán como disparos. Imagina al fotógrafo como un francotirador, muchas veces se colocarán fuera de tu línea de visión para captar una toma polémica, y no queremos que eso suceda. Ante la duda de lo que estés haciendo, piensa que alguien podría estar retratándolo, y ante la duda de lo que debes responder, piensa que puede convertirse en el titular del periódico del día siguiente. Ése será el parámetro con el que deberás moverte de ahora en más. Abrumador, pero real. Deberás acostumbrarte si deseas perdurar.

Margaret tenía fe en la joven Mary Jane. Y como toda fe, tenía más de deseo que de certeza. Después de la primera jornada intensiva, Philip se contactó para preguntarle cuál era su opinión

sobre lo que veía. Ella no dudó en contestar: Mary tenía carisma, y eso era algo que no se podía aprender, con eso se nacía. —Sabes Phil... Ella tiene algo magnético, que hace que no puedas dejar de mirarla. No me queda claro si son sus ojos, su manera de moverse, o su voz. Estimo que un conjunto de todo ello. Es muy culta también. Por la edad que tiene, he quedado sorprendida por sus conocimientos en historia, y sobre todo en arte. ¿Sabías que es una eximia conocedora del arte?

—Sí, estoy al tanto que había comenzado sus estudios en la Academia de Bellas Artes en Alemania.

—Ah, pero no lo digo solo por eso. ¿Puedes creer que ella misma se encargaba de la colección de arte que llevaba su padre? Solita, sin la ayuda de nadie, estaba organizando un museo para abrir al público en el Palacio de Nymphenburg. En fin, yo creo que Mary tiene todas las condiciones. Aunque si sus atributos no la acompañaran, también sería la indicada, ya que la línea sucesoria es lo que es y no puede cambiarse a gusto. Creo poder afirmarte que la suerte está del lado de Escocia esta vez, porque va a tener a una de las mejores reinas de Europa.

—Gracias por la confianza Margaret. Debo confesarte que a veces olvido la condición de Mary Jane. En mi cabeza ella es una candidata política más, cuando no lo es. Ella es lo inmutable, lo permanente. Te agradezco tu buen augurio, aunque no doy por descontado que logremos obtener la independencia. Ni si quiera sabemos si reunimos las voluntades en el Parlamento para aprobar el referéndum.

—¿Y dónde está mi chico invencible, el que se cree capaz de todo? —La carcajada de Philip no se hizo esperar.

—Eso sonó a que soy presumido.

—No te lo discutiré, querido.

Allison visitó a su hija por la mañana. Desayunaron juntas en la habitación del hotel y se pusieron al día. Si bien hacía unos días que Mary Jane había regresado a la ciudad, no deseaba interrumpir su formación y concentración, por lo que decidió no pasar a verla hasta el día en que estaba programado realizar la conferencia para el congreso en la universidad. Allison también participaría en el panel, junto con otro profesor y los miembros del Partido Azul y Blanco.

Margaret realizó el último ejercicio de vocalización dos horas antes que partiera a la universidad, y le indicó otros para realizar en el camino de ida. Le recomendó llevar un pañuelo sobre el cuello el mayor tiempo posible, ya que las temperaturas de esos días estaban siendo muy bajas y corrían el riesgo de que su voz saliera quebrada. A Mary le pareció una total exageración, pero aún así tomó nota de los consejos como si fuera una prescripción médica. Margaret era

palabra santa.

Richard Murray y Philip Craig estaban llegando al *King James Suites*. Philip consideró atinado que el encuentro entre ella y Richard no fuera directamente en la conferencia. Debían conocerse antes y afinar los últimos detalles. Acordaron reunirse a las cinco de la tarde en la habitación del hotel de Mary Jane para tomar el té antes de salir. La recámara de Mary Jane, decorada con un sobrio estilo neoclásico, contaba con una sala de estar y un comedor acogedor donde podían recibir el servicio a la habitación.

El día que Philip conoció personalmente a Mary Jane le había dado la imagen de una adolescente. Eso lo hizo dudar si el papel que debería interpretar le quedaría grande. Una reina tan joven, sin haber recibido la educación adecuada desde niña, no era algo fácil. Si era complicado para los consortes plebeyos que contraían matrimonio con miembros de la realeza, los cuales se habían preparado toda su vida para reinar, no quería imaginar lo que sería para Mary Jane. Luego de la charla con Margaret y sus halagos hacia ella, se había relajado; todo lo que Philip podía relajarse, que era muy poco decir, porque su mente ya estaba preocupándose por lo siguiente: ¿Estaba entrometiéndose demasiado en los asuntos de la Corona? ¿Correspondía que el asesor de un partido político tomara partido por un posible miembro de la Corona? ¿No era tiempo de hacerse a un costado? No, no era tiempo de hacerse a un costado, aún. Era importante recordar que ella sólo los ayudaría a conseguir la independencia, y, en el mejor de los casos, convertir a Richard en Primer Ministro. Una vez pasadas las elecciones debían tomar rumbos diferentes. La monarquía y la política marchaban por rumbos paralelos, y por la salud de las instituciones nunca debían juntarse. El equilibrio era débil y debía jugarlo con precisión. Él lo sabía.

Era *magnética*. Margaret tenía toda la razón. La única persona que parecía no compartir el calificativo era Meredith, que luego de conocerla se había pasado el día encontrándole defectos sin sentido. Richard en cambio, se mostraba de lo más encantado, y contra todo pronóstico estaba predispuesto, conversador y simpático. Casi podía pasar por un político de raza. Tenía que ser sincero: Mary Jane y Richard juntos daban una foto perfecta para conquistar el corazón de los escoceses.

Si todo estaba saliendo mejor de lo que él había pensado, entonces, ¿por qué demonios estaba tan molesto? ¿Quizás porque Mary lo trataba con indiferencia? ¿Esa era la razón, o se debía a la desconcertante sensación que le provocó al rozarla? La nuez de Adán subía y bajaba con lentitud por su garganta, buscando recuperar el aliento que había perdido al verla. No terminaba de entender por qué lucía tan distinta. No significaba que antes hubiera sido fea, nada más lejano a eso. Es que ahora deslumbraba. Parecía mayor, más alta y distinguida. No se decidía si era el vestuario, el maquillaje, el halo de perfume que dejó o la seguridad con que ahora se dirigía a todos. Mientras por su mente vagaban todos esos pensamientos desordenados,

chocándose unos con otros, Richard dialogaba animadamente con Mary Jane. Alcanzó a escuchar que hablaban del diseño del vestido que llevaba, de la calidad de la tela, y lo bien que realizaba el color que había elegido para contrastar con su piel.

—Es el tono de azul indicado para ti. ¿Sabes colorimetría? —Preguntó Richard.

¿Qué estás haciendo Richard? ¿Qué estás inventando? ¿De dónde salieron esos conocimientos? Philip puso los ojos en blanco, antes de decidirse a interrumpir la conversación para hablar a solas con su jefe.

—Tranquilo Phil, la muchacha es una delicia, y estoy seguro de que la sociedad va a clamar por ella. ¿Es eso lo que te preocupa? Porque tengo que confesarte que luce como una auténtica royal. No quedan dudas de que hay algo en la sangre que se transmite. Es un encanto, así que no va a ser un sacrificio para mí esta alianza que ideaste entre nosotros. Con lo poco que he hablado con ella, me daría mucho gusto que se convirtiera en nuestra reina. Ya estoy deseando que se apruebe el bendito referéndum y volvamos a ser grandes. ¡No sabes cómo lo ansío!

Philip quedó con la sensación de tener las palabras a punto de salir de su boca. Hubiera deseado sugerirle que eran otros los temas que debía tocar con Mary Jane. El escaso tiempo con el que contaban se había diluido entre saludos y bobadas, y ya era hora de marchar hacia la Universidad de Edimburgo a dar la conferencia. Conociendo a Richard, sabía que no estaba predispuesto a seguir sus indicaciones en ese día. Y en otros tampoco. Pensándolo bien, tenía que conformarse de no haber tenido que luchar con su característica resistencia a asistir a cualquier evento público. Estaba cumpliendo con su presencia, eso ya era un logro. Y también debía confiar en el buen trabajo de Margaret.

La conferencia duró cuatro horas. Como todo lo que se hace agradable e interesante, nadie sintió el peso de la extensión de tiempo.

El momento esperado (y temido) había pasado, pero el estómago de Mary Jane aún no se enteraba de que podía relajarse. La concurrencia había sido mayor de lo esperado y todos los medios de comunicación repetían lo acontecido. No era común que una actividad académica/política tuviera tanta repercusión inmediata sin ser promocionada.

La actividad fue todo un éxito y el grupo de conferencistas decidió festejar con una cena. Richard hizo cerrar un restaurant entero solo para ellos. Él era habitué del lugar pero esta vez fue la presencia de Mary Jane la que hizo que la atención fuera algo especial. El encargado del lugar se esmeraba demasiado para que todos estuvieran a gusto. El sitio poseía una mezcla perfecta entre clásico y actual. Los detalles estaban cuidadosamente elegidos: las arañas eran de bronce antiguo con tulipas de esferas; las sillas con forma señorial, estaban tapizadas por telas de diseños

nacidos en el siglo XXI.

Mary Jane no lograba relajarse. Parecía que su cuerpo no se enteraba que la tensión había pasado. Cada vez que tenía que emitir palabra, hacía un esfuerzo para que su estómago dejara de revolucionarse. Philip no ayudaba a lograr su calma. Durante la conferencia había sufrido la mirada incisiva de él con su entrecejo fruncido. Esa forma poco amable que tenía de mirar, lo único que lograba en ella era aumentar su inseguridad. Richard, en cambio, era mucho más amable, la había tomado de la mano y halagado por lo bien que estaba dirigiéndose en público. Con Philip tenía la impresión de que todo lo que hacía le molestaba o lo desilusionaba. No sabía qué esperaba de ella. Seguro que mucho más de lo que hacía. La situación le generaba ganas de romper en llanto y salir corriendo. Por fin pudo hacerlo durante la cena. En una de las tantas interrupciones de Philip para decirle “No, eso no lo puedes decir”, Mary Jane dijo lo primero que salió de su corazón, olvidando las lecciones de Margaret: “Tómame unos segundos para responder, lo que salga de tu boca nunca será olvidado”.

—Lamento que no seas tú quien lleva sangre real y estés en mi lugar, porque sabrías lo molesto que es que alguien te corrija y dude de cada palabra que va a salir de tu maldita boca. Si me disculpan... —Lo que mostró al levantarse de la mesa fue lo opuesto a delicadeza. Por su estado, no vio que el mantel estaba atascado a su taco, y al caminar unos pasos hizo que el servicio de mesa confluyera en el borde. Algunos platos volaron al piso, y otros —con comida incluida— en los regazos de los demás. Un hermoso desastre. Mary se deshizo del mantel en su taco y, sin dar vuelta atrás, siguió su camino. Buscaba un lugar donde refugiarse. De ser posible, un cráter en el centro de la tierra. Richard miró de manera fulminante a su asesor. Allison atinó a levantarse y seguir a su hija, pero Philip le puso la mano en el hombro para frenarla y le rogó que lo dejara a él arreglar el incidente. Sentía la responsabilidad de haber motivado la ira de Mary Jane, y con razón. El mozo, que había seguido todo el episodio, le indicó que había visto entrar a Mary Jane al baño de mujeres. Philip no puso cuidado en verificar si había alguien más adentro. Estaba cegado y entró sin golpear. Su garganta se estranguló al verla sentada en el piso, con las rodillas flexionadas y ovilladas sobre el pecho. Sus manos cubrían la cara. Lloraba desconsoladamente. ¿Tanto daño le había hecho con su torpeza? Silenciosamente se sentó a su lado. Ella no había notado su presencia hasta que la tomó de una de las manos y le descubrió la mirada bañada en lágrimas negras. Ella ya no tenía la mirada dura. Sus ojos demostraban toda su debilidad, esa que dejaba aflorar solo en la intimidad. También sentía vergüenza. Estaba abrumada. Mantuvieron la mirada en un completo silencio, en el que por primera vez no se incomodaron. Philip, en un acto instintivo, acarició la mano humedecida que Mary Jane había usado de pañuelo. Las caricias eran suaves, pero ella las percibía intensas. A él, en cambio, le pareció estar acariciando el pétalo de una rosa. La mano de Mary Jane era suave y frágil. Tuvo el impulso de rosarla con sus labios. Se detuvo.

—Perdóname por todo, me he pasado de obsesivo —Dijo Philip e hizo un ademán de levantarse, para que ella lo imitara.

—No quiero volver a la mesa. Deben estar pensando lo que siempre supiste: que soy un desastre.

—Yo no pienso eso.

—Ah, ¿no? Y entonces por qué siempre que me miras se arruga tu entrecejo. Exactamente así... como lo estás haciendo ahora. Parece que tuvieras que estar desactivando una bomba a cada momento —Philip rió y calló a la vez. Le hubiera dicho que sí, tenía razón. Ella era una bomba, pero no porque estuviera haciendo mal las cosas, sino porque le hacía explotar mil sensaciones en el cuerpo. En su presencia le transpiraban las manos, le corría una electricidad por el cuerpo, se sentía inseguro y se molestaba cuando ella prestaba atención a cualquiera menos a él. En su ausencia... mejor no le decía lo que pasaba por su cuerpo en su ausencia, cuando la recordaba. Y si impostaba una mirada dura, se debía a que si en realidad pudiera ser libre de poner los ojos como quería, tendría que ponerlos como tonto. Porque ella lo dejaba así. Pero nada de eso le podía confesar.

—Puede que ponga una cara seria, sí. Pero no es por ti. Soy un enfermo de la perfección. Quiero estar en cada detalle, y la verdad es que tengo muchos temas dando vueltas en la cabeza todo el tiempo. Puede que cuando te mire, esté pensando en cómo resolver algo. No vuelvas a pensar que tiene que ver con algo que estés haciendo mal. De hecho, estás haciendo todo de manera brillante. Y mira que no vas a escuchar que diga esto tan seguido... No me caracterizo por estar felicitando a la gente. Mi trabajo es más bien desactivar las “bombas”, como dices —Philip se movió a un costado para tomar el móvil que guardaba en el bolsillo del pantalón, y comenzó a pasar uno a uno los portales de noticias más importantes de Escocia y todo Reino Unido. Incluso, sitios de espectáculos habían levantado la noticia de la presentación de Mary Jane como la nueva royal, titulándola “Mary Jane, la Princesa Bonita”—. Ves, todo lo has hecho a la perfección. No hay nada que pueda reclamarte. Es más, deberías mandarme a la mierda más seguido, porque creo que tu intuición es mejor que la mía —Rieron juntos.

—Gracias.

—Es la verdad.

—No, gracias por hacerme reír. Ahora me siento ridícula por el escándalo que monté. Jessica Rabbit debe estar festejando mi rabieta.

—¿Quién?

—Tu novia... Bueno, amante, o lo que sea. Meredith. —Terminó diciendo, por la cara de desconcierto de Philip.

—Es solo mi asistente —Dijo sin aclarar más—. No sabía que le tenías tanto aprecio. Y tampoco estaba al tanto de su sobrenombre, pero ahora que lo dices, se parece un poco...

—Es evidente que no le caigo en gracia. Lo noto en su cara desde el primer día.

—No creo que tenga alguna aversión hacia ti —Mintió dos veces. Porque no era verdad que Meredith era solo su asistente, y porque la había escuchado más de una vez despotricar sobre ella. Decidió cambiar el foco de la conversación—. Mary, todos estamos nerviosos porque sabemos lo grande que es nuestra misión. Tenemos que trabajar en equipo y apoyarnos. Todos podemos tener dudas, preocupaciones e incluso miedo ante lo que se viene. Confieso que también lo tengo. Me gustaría que de ahora en más nos manejemos con menos tensión.

—Está bien. Hagamos las paces, pero por favor, no me pidas que vuelva a esa mesa. No quiero que vean mi cara desfigurada por el llanto —Lo miró con súplica en sus ojos. Philip asintió. Él no entendía cómo podía provocarle tanta ternura y deseo al mismo tiempo—. Ya que nos disculpamos, ¿qué te parece si empezamos de nuevo?

—Buenas noches. Soy Philip Craig, —dándole la mano— asesor del Partido Azul y Blanco en el Parlamento. Escocés hasta la médula, desactivo bombas a domicilio, y a veces hago llorar a chicas lindas. Ah, tengo un talento oculto, a veces también las hago reír. — ¿Ahora era chistoso? ¿Qué te ocurre Philip?

—Mucho gusto. Mary Jane de Baviera y Estuardo. Futura reina de los escoceses. Me comprometo a fondo con las cosas. Me gusta escuchar música con auriculares. A veces lloro y hago rabieta. Soy un poco insegura. Bueno... un poco bastante.

Y a veces dan ganas de comerte la boca. ¿Eso lo había dicho en voz alta? No, seguro que no. Por suerte, solo lo había pensado. —Un gusto en conocerla de nuevo, “mi futura reina”—Se mantuvieron la mirada por unos instantes—. Voy a disculparte con los comensales, no te preocupes por nada más. Necesitas descansar, ha sido un largo día.

A pedido de Mary, Philip la acompañó a salir por la puerta de servicio del restaurant, que quedaba atravesando la cocina. De ese modo se libraría de tener que despedirse personalmente de la mesa. Le pidió a su chofer que la alcanzara al hotel, y le ofreció su saco. El suyo había quedado en la mesa y el frío parecía no tener piedad esa noche.

Fue un instante que pasó por su mente. Por primera vez en varios días, Mary Jane sintió que era una chica normal que volvía de noche a su casa, después de haber conocido a un muchacho que le dio su abrigo. Aunque todo fuera una falsa ilusión, porque el chico era un hombre, no se habían intercambiado teléfonos ni quedado en una cita, y principalmente, tampoco la había besado. Eso último era fundamental. Su risa se borró. Pasó el dedo pulgar por sus labios, imaginando que otra mano estaba tocándola, y hasta cosquillas pudo sentir. Descubrió su deseo, y ni bien el chofer arrancó, el hechizo se desvaneció.

Capítulo IV

“Una piedra en el camino”

“Una semana es mucho tiempo en política”

Harold Wilson.

12 de diciembre, Edimburgo.

Las bajas temperaturas que registraba diciembre no eran aliciente para apaciguar el fervor de los escoceses. El sentimiento independentista, siempre latente, había incrementado por motivo de la inminente coronación del príncipe heredero del Reino Unido. Los líderes políticos que apoyaban el nuevo referéndum estaban seguros de que esta vez las urnas se inclinaban por la independencia. Las voluntades que habían faltado en el referéndum del 2014 parecían haberse reunido.

El titular del noticiero de la BBC Scotland hubiera parecido surrealista una semana atrás. Sin embargo, ahora parecía cercano y esperanzador: “¿Una reina para Escocia?”

El descubrimiento de Mary Jane como la última descendiente de la línea jacobita había salido a la luz exactamente siete días atrás, y aunque pareciera poco y precipitado, fue el tiempo suficiente para que se convirtiera en furor en la sociedad escocesa.

Los ciudadanos estaban atentos a las noticias. La sesión del Parlamento había terminado con un resultado sorprendente. El proyecto del Partido Azul y Blanco era un hecho: el referéndum se realizaría el próximo febrero.

El nuevo referéndum tenía un agregado impensado. La votación, además de consultar sobre la posibilidad de que Escocia fuera independiente y rompiera el Acta de Unión con Inglaterra firmado en 1707, agregaba la posibilidad de tener una reina propia. Escocia, además de ser libre, podría restaurar a la última descendiente jacobita de los Estuardo: Mary Jane.

Ese 12 de diciembre las noticias candentes habían comenzado demasiado temprano, horas antes de la sesión histórica del Parlamento.

Una pieza llamada La Piedra del Destino era protagonista de las primeras noticias. Un grupo de independentistas radicalizados habían burlado la guardia del Castillo de Edimburgo,

organizando un épico robo de la codiciada Piedra del Destino. Lo extraño era que la pieza estaba protegida con máxima seguridad dentro de una bóveda junto a las joyas de la Corona escocesa.

Como ya había sucedido en vísperas de la última coronación en Reino Unido en la década del 50', la piedra fue sustraída para evitar la coronación.

La Piedra del Destino es un bloque de piedra arenisca en forma de rectángulo, de la que existen diversas teorías fantásticas (o no) sobre su origen. Lo cierto y real es que estuvo presente en todas las coronaciones de los reyes escoceses desde el año 847, hasta su primera sustracción por parte de los ingleses en el año 1246. Luego fue testigo de las coronaciones de monarcas vecinos. Una vez robada por los ingleses, estos la colocaron debajo de la silla de San Eduardo en la Abadía de Westminster, trono que hasta el día de hoy se utiliza en las ceremonias de coronación de los reyes.

Tuvieron que pasar siglos para que el gobierno inglés devolviera la piedra a Escocia. Desde el año 1996 la piedra se encontraba donde siempre debió permanecer. Sin embargo, la devolución se hizo bajo la promesa de ser llevada a Inglaterra cada vez que fuera requerida para un nuevo acto de coronación. El inminente requerimiento de la piedra por Inglaterra para el nuevo rey hacía que la piedra volviera a tomar protagonismo.

La Piedra del Destino no es solo una piedra disputada por dos países, también posee un condimento peculiar. Un poder casi mágico, como si se tratara de un portal que conectara el cielo con la tierra. Su historia se remonta a tiempos tan inmemoriales como los de la creación. Los primeros registros de su existencia provienen de la Biblia, cuando se relata que Jacob recuesta su cabeza sobre la piedra y a través de ella puede ver cómo subían y bajaban los ángeles a través de una escalera dirigida al cielo. Philip Alexander Craig no creía en las teorías mágicas sobre la piedra. Pero de algo podía estar seguro: poseerla era un trofeo de guerra, y el no tenerla, un símbolo de debilidad.

El móvil de Philip no paraba de sonar. La noticia del robo y la aprobación del referéndum eran suficientes novedades para que fuera un día extraordinario.

Siendo las 14:30h, la histórica sesión del parlamento había finalizado. Sin embargo su jefe, el parlamentario Richard Murray, no había vuelto a la oficina; aún continuaba en el recinto de debate.

Philip sentía la adrenalina de haber ganado la final de una copa mundial de fútbol, claro, eso si el fútbol le interesara. Se acomodó en el sillón del moderno y minimalista despacho ubicado en la torre 3 del edificio del Parlamento. En su rostro no había rictus, su mano no temblaba, ni tampoco vociferaba órdenes cargadas de urgencia a la pelirroja Meredith, su secretaria personal.

Philip estaba presenciando el momento que solo creyó posible en sueños. Ya habían desperdiciado dos oportunidades en las urnas con resultados negativos. No eran muchos votos los

que faltaban para concretar el sueño de la independencia escocesa. Tenían que conquistar a esa partecita de la sociedad que no se animaba al cambio.

Desde el primer día Philip entendió que la respuesta estaba en la política. Allí era donde se transformaba la realidad, donde las utopías dejaban de serlo. Su rápido ascenso en la carrera forjó en su carácter una confianza peligrosa, una fe en sí mismo que lo hacía sentirse capaz de lograr cualquier cosa que se propusiera. Aunque eso fuera un plan disparatado como independizar a Escocia e instaurar una nueva monarquía en pleno siglo XXI. Disfrutó en silencio la satisfacción interna de saberse artífice de una jugada maestra. Desde chico lo obsesionaba la independencia. La independencia escocesa era indiscutible desde la historia, por eso le costaba entender que aún existieran personas que plantearan dudas. La recuperación del Parlamento Escocés, hacía poco más de veinte años, había sido uno de los pasos más importantes para la autonomía, ya que era allí donde se tomaban las decisiones que podían modificar la vida de los ciudadanos. Pero Philip no se conformaba con menos que la libertad.

La insistente mano de Meredith sobre su hombro interrumpió la sonrisa que Philip tenía dibujada en su rostro. Su secretaria le anunciaba una llamada en espera para salir en ese mismo momento al aire por la cadena BBC. El nuevo referéndum ya era una realidad y, si bien faltaban dos meses para concretar la fecha acordada, Philip podía oler el triunfo porque había descubierto la pieza fundamental para lograr la mayoría en la votación. Un ingrediente que le había faltado a los referéndums realizados hasta el momento. Algo que devolviera el sentido a un reino olvidado y tocara la fibra emotiva de los escoceses. Frente a un rey inglés que no convenciera a nadie, ¿quién podría mirar al costado teniendo la última reserva de la Casa Estuardo a escasos metros del trono? Una corona negada, relegada por cientos de años. ¿Y si se la relacionara a un político prominente? El tesoro de la Corona mejor guardado no era la Piedra del Destino, era Mary Jane de Baviera y Estuardo. Mary... Ni su nombre era en vano pues estaba predestinada a continuar el legado de la reina más recordada y querida de Escocia: Mary de Escocia.

Richard Murray tenía una entrevista televisiva pautada. Había acordado que ni bien terminara la sesión parlamentaria daría la exclusiva a un noticiero. Philip no se asombraba por su retraso; era habitual en Richard huir de los periodistas. Siempre lograba encontrar una excusa de último momento. Sin embargo, los productores de la BBC estaban perdiendo la paciencia. Le explicaron a Philip que el canal contrario estaba llevando la delantera en audiencia, y ellos no tenían una palabra de peso para salir al aire. Philip puso los ojos en blanco e intentó contener el resoplido: otra vez Richard lo estaba haciendo.

La tradición familiar no era todo cuando se trataba de construir un político. Richard Murray tenía todo para ser el político con mayor influencia. Su tío abuelo era un distinguido noble de Escocia, el Duque de Atholl; su padre había fundado el Partido Azul y Blanco, y su madre venía de una familia muy acaudalada, de los contribuyentes más significativos del Partido. Su apellido

denotaba nobleza, historia y patriotismo, ya que sus antepasados habían apoyado la causa jacobita y lucharon por la patria. Richard se había graduado de abogado en Harvard, era apuesto, inteligente, joven y soltero. Todo indicaba que tenía lo necesario para llevarse el mundo por delante, pero había algo en él que fallaba. Siempre se lo notaba incómodo. Se escabullía de la prensa, faltaba a sus compromisos y cuando lograban que lo hiciera, simplemente se lo notaba pensando en otra cosa. No ponía todo de él. Philip trabajaba duro para que sus falencias no se notaran, para que su imagen fuera impecable, ya que ese era su trabajo como asesor. Y como buen asesor y mano derecha tendría que cubrirlo. Una vez más saldría a poner la cara (y la voz) por él.

—Estamos en contacto con el despacho del Partido Azul y Blanco. Lamentablemente nos informan que el parlamentario Richard Murray en este momento no está, ya que sigue reunido en el recinto. Pero estamos con su mano derecha, Philip Craig. Ante todo, muy buenos días Philip, que intuyo lo serán, ¿no es cierto?

—Buenos días David. Sí, lo son, y muy agitados también.

—Primero, no puedo dejar de hacer mención a la noticia con la que amanecemos esta mañana. ¿Qué tienes para decirme de las declaraciones acusatorias que recibieron desde Downing Street, el despacho del Primer Ministro de Inglaterra, responsabilizando a ustedes de apoyar el atraco al Castillo de Edimburgo, y que como todos sabemos acabó con la sustracción de la Piedra del Destino?

—Lo que pienso es que tanto el robo como la acusación son un disparate total. Es muy injusto tener que defendernos de esos malintencionados rumores. Antes que nada, repudiamos absolutamente el arrebato. Podemos debatir si corresponde o no entregar la piedra a Inglaterra para la coronación del príncipe. Pero principalmente, como un partido político que respeta las instituciones y es garante de ellas, creemos en la resolución de los conflictos por vías legales, y claramente ésta no es la manera. Se está involucrando a un partido en el robo de un símbolo nacional que significa mucho para nosotros y que llevó siglos recuperar. Yo creo que en este momento tiene que reinar la paz. No perdamos de vista lo que en verdad importa, y es que estamos frente a una nueva oportunidad histórica de recuperar la libertad que nos fue negada. Una libertad tan propia que ni reclamarla deberíamos. Yo personalmente hoy estoy feliz porque tengo fe en que vamos a volver a regirnos por nuestras propias leyes. Realmente me entristece que un hecho vandálico lo empañe. Estamos convencidos que por fin podemos lograr aquello por lo que lucharon muchos de nuestros antepasados. El tiempo es ahora, ahora, y ahora. El referéndum que acaba de ser aprobado, no es por lo simpático o no que consideremos a un rey, es por genuina libertad. No nos equivoquemos, sería un error creer que en el referéndum votamos a un rey. Estamos votando por libertad.

—Gracias Philip, quedó claro que no formarían parte de un delito, ni lo avalan. Respecto

del contenido del referéndum, hay un punto que nos ha sorprendido a todos y en especial a la comunidad internacional. Se está cuestionando un agregado al referéndum. Además de la pregunta por la independencia sí, independencia no, se ha agregado una opción que consiste en que, en caso de un resultado positivo, el Estado no se constituya necesariamente como una República, sino como una Monarquía Parlamentaria. ¿No resulta disparatado establecer una monarquía en el siglo XXI?

Si de algo estaba seguro Philip era que eso sería lo primero que les cuestionarían. —La naturaleza del despotismo no se mide por los títulos ni por las formas de gobierno. ¿O acaso no vemos políticos que día a día toman medidas contra su pueblo, incluso contra sus mismos votantes, gobiernos democráticos que no respetan a las instituciones? Acá no se trata de restar derechos a los ciudadanos, sino todo lo contrario. Se trata de devolver a un pueblo su identidad. Una identidad por la que todos nuestros reyes escoceses, y patriotas de todas las clases sociales, lucharon, y en la que se perdieron numerosas vidas. Muchos de los países que pueden criticarnos ahora no han tenido tradición monárquica, y está bien. Para nosotros eso es parte de nuestro ADN, esa es nuestra identidad. No podemos recordar una Escocia sin reyes. Nos parece importante destacar y recordarles a aquellos países que nuestras monarquías -inglesas y escocesas- fueron pioneras en reconocer y limitar sus derechos a favor de los ciudadanos. Pioneras también en declaraciones de derechos fundamentales. Nuestros ciudadanos tienen uno de los estándares de vida más altos del mundo y con menor tasa de desempleo. Por lo tanto, no me genera ningún escozor pensar en una monarquía parlamentaria. El papel que les asiste a los monarcas en la actualidad es más bien protocolar y promotor de causas humanitarias. La monarquía para nosotros forma parte de las costumbres y en definitiva eso es la identidad. Me atrevería a compararlos con el rol de los próceres de otros países, pero en nuestro caso no solo los encontramos en libros sino que también están vivos, nos hablan y escuchan. Es por eso que nos da orgullo contar con el apoyo de Mary Jane, porque ella lleva en la sangre las ansias de nuestra libertad. Un rey representa toda nuestra historia, y es su responsabilidad la defensa de la ley. Yo creo en Escocia, creo en la monarquía parlamentaria y creo en Mary Jane, la legítima sucesora —Philip no vislumbró la puerta que abrió con su discurso. Sus palabras comenzaron a replicarse hasta el hartazgo en cada hogar. Logró convencer muchas de las voluntades de los que dudaban. La gente agradeció su sinceridad, que respondiera sin medir qué era lo políticamente correcto y pusiera en palabras lo que muchos sentían.

Capítulo V

“Mary Jane, la Princesa Bonita”

Margaret se lo había avisado. Tenía que admitir que sus indicaciones siempre le parecían exageradas en un principio. Aunque al poco tiempo se cumplían sus advertencias y tenía que darle la razón. El ruido que generaban los disparos de las cámaras fotográficas era ensordecedor, y los teleobjetivos que los fotógrafos colocaban para que la toma tuviera mayor alcance y precisión hacían que las cámaras se vieran como verdaderas armas de guerra.

No imaginó que el salto a la popularidad pudiera afectarle tanto. Cuando salía a la calle, se sentía segura sólo al sortear la guardia periodística que la acechaba a la salida de cada sitio al que visitaba. Sólo recobraba la tranquilidad una vez dentro de su búnker de cuatro paredes: en eso se había convertido el cuarto del hotel *King James Suites*.

Luego de la conferencia por el aniversario de la Declaración de Albroath todo se convirtió en caos. Su existencia ya no pasaba inadvertida. Si bien no podía quejarse por el cariño que la sociedad le demostraba, a veces resultaba abrumador. También tuvo disgustos, como personajes que aparecían a dar notas en los *talk shows*, dispuestos a contar (o inventar) cualquier detalle de su vida por más insignificante que pareciera.

Lo expuesta que se había vuelto su vida no dejaba de sorprenderla. Con el pasar de los días esa nueva faceta fue convirtiéndose en una pesadilla. Eran demasiadas cosas juntas para una chica común. Ella no sentía que fuera diferente a cualquiera de las personas que caminaban en la calle, aunque tenía que admitir que por momentos temía creerse todo el rollo de la sangre real. Eso era de las cosas que más la atormentaba, aunque no pudiera compartirlo más que con su almohada. ¿A quién le diría? “Es que tengo miedo de crearme más que tú”. No necesitaba decirlo en voz alta para darse cuenta de lo estúpido que sonaba.

Entendía las reglas del juego. Sin embargo, no creía que fuera justa semejante intromisión en su intimidad simplemente porque ella había decidido reclamar el trono. Los medios se daban el gran festín.

Su persona generaba curiosidad. Saber qué perfume usaba Mary Jane se convirtió en el tema nacional de la mañana a la noche. También entrevistar a personas como al dueño de la perfumería del barrio donde había vivido.

Mary sintió que había llegado a un límite el día en que salió a comprar un bolso por el cumpleaños de su madre y tuvieron que cerrar la tienda, llamar a los bomberos y sacarla por la

puerta de servicio disfrazada de hombre. Su custodia tuvo que planificar una evacuación digna de una película de acción por habersele ocurrido realizar una simple compra. Esa tarde, cuando por fin llegó al hotel, agradeció la sabia decisión de estar alojada allí y no en su casa. Tener una guardia periodística en la puerta de su hogar hubiera sido demasiado para su familia.

Mary no era la única que estaba sufriendo cambios, Philip también. Rápidamente se convertía en una de las principales voces del independentismo. Había generado un fenómeno que no podía parar. Aunque se empeñaba en dejar de generar declaraciones, cada vez que tenía un micrófono delante sus palabras se tomaban como eslogan de campaña. La frase más repetida fue la que expresó al dar la entrevista el día en que el Parlamento aprobó el referéndum. Al día siguiente, todo Edimburgo apareció empapelado con la palabra *AHORA*. Cada bandera, cada cartel, y cada folleto fueron impresos con su frase. Él no había buscado la presencia en los medios, fue algo que sucedió espontáneamente por la resistencia de Richard a dar la cara. Aun así se sentía en falta, como si fuera culpable por opacarlo. A Philip nadie debía recordarle cuál era su lugar: estar en las sombras, digitando todo, pero sin llevarse los laureles. Para Richard, en cambio, Philip estaba haciéndole un favor: salir de la escena pública era un peso que le quitaban de encima. La repentina fama de su asesor era la excusa perfecta para comunicarle lo que él ya había planificado y por lo cual temía un sermón.

—¿Estoy escuchando bien? —Se hizo un silencio del otro lado—. ¡¿Cómo que te vas a los Estados Unidos a dos semanas del referéndum?! ¡Richard te has vuelto loco!

—No estoy pidiéndote permiso, solo te lo comunico. Hace mucho que planifiqué este viaje. No tengo culpa de que coincida con esta fecha—Y al oírse hasta él mismo entendió lo inmaduro que sonaba su discurso—. Realmente extraño estar en Chicago, y lo que implicaba mi vida allí. No sé cómo explicarte lo que significa para mí —Philip lo miraba anonadado—. Vamos, todos sabemos que volví a Escocia obligado por las presiones de mi padre.

—No sé si recuerdas que un escaño en el Parlamento escocés lleva tu nombre—Philip no sabía si gritarle, hablarle como a un niño, consolarlo o mandarlo a la mierda—. ¿Volverás al menos para encarar tu campaña a Primer Ministro, o eso ya tampoco te importa?

—No te estoy diciendo que me voy para no volver. Me tomo unos días de vacaciones como cualquier ciudadano puede hacerlo... Necesito recuperar mi libertad, necesito respirar. A ver, es que no sé cómo decirlo, cómo expresarlo con palabras... El Richard que soy acá ni por asomo es el verdadero Richard. El Richard que soy en verdad, está en los Estados Unidos y preciso con urgencia tomar contacto con él —Todo lo que Richard decía era raro. Su voz sonaba estrangulada, y Philip no supo qué contestarle. Se oía como una cuestión de vida o muerte, como si de visitar a ese “Richard” (que era él mismo, ¿o no?), pendiera su vida—. No me lo hagas más difícil Philip, inventa algo. Seguro se te ocurre algo para salvarme, ¿no? Además, tu imagen en la campaña está siendo más relevante que la mía. No me lo puedes negar. Y te aclaro que tampoco me molesta tu

protagonismo. Al contrario, me alegra. No es un pedido que te hago como tu jefe, es un favor de amigo: cúbreme.

Resignado a lo que ya era un hecho, Philip continuó. —Está bien Richard, si me lo dices así, no podré negarme a reorganizarlo todo... Y yo que quería contarte que esta mañana recibí una llamada de Downing Street. Quieren negociar una posible división de los bienes de la realeza, por si acaso, remotamente, el referéndum resultara positivo —Richard abrió grandes los ojos.

—Wow, eso quiere decir que...

—Sí, eso quiere decir que los números están de nuestro lado, que la independencia es casi un hecho. Jamás negociarían con nosotros si no estuvieran tan seguros de lo que está por suceder.

Una semana antes del referéndum

Sonaba el teléfono en la habitación de Mary Jane. El recepcionista del hotel le comunicó que el Sr. Craig la esperaba en el lobby. Desde que Richard había desaparecido de la faz de la tierra, todo compromiso al que Mary asistía, lo hacía con Philip.

Mary Jane abrió las puertas del ropero. Allí se escondía un espejo de cuerpo completo, y ella quería mirarse por última vez antes de salir. Debía asegurarse que cada detalle en su ropa, peinado y maquillaje estuvieran correctos. Saber que Meredith y sus curvas estarían presentes incrementaba su inseguridad; no había lugar en el que fueran al que ella no los acompañara. Siempre en el medio. Él le había asegurado que con su secretaria solo existía una relación laboral. Y aunque otra cosa los uniera, ¿cuál era el problema? Mary se engañaba queriendo convencerse de que se preocupaba por el qué dirán. En la opinión pública había comenzado a correr el rumor de que entre ella y Philip había algo más que una alianza. Ambos sabían perfectamente que nada de eso era cierto; sin embargo, no hicieron nada para aclarar la situación.

No hacía falta ser analista político para darse cuenta de que la situación familiar de Mary Jane era un flanco débil. La falta de familia real era una debilidad. Las monarquías requerían mucho más que un monarca. La soledad de la pretendiente escocesa podía ser un problema. A Margaret, el razonamiento de Philip no le gustaba nada, pero por el momento calló. Philip le dijo que favorecía a la campaña. En un principio la estrategia era que Richard Murray ocupara ese lugar, para favorecer la imagen en su futura campaña. Philip ambicionaba con convertirlo en Primer Ministro de Escocia. Aunque la ausencia y poca predisposición de Richard conjugaban mal. ¡Cuántos dolores de cabeza le provocaba!

Mary cerró los ojos, suspiró profundamente y se repitió que no tenía nada en contra de Jessica Rabbit. Estaba por salir con el ego en alto cuando una voz que salió de su interior volvió a

martirizarla. “Y entonces, Mary Jane, ¿por qué crees que la lleva a todos lados? Es su secretaria, no su sombra”. Terminó saliendo de su cuarto con el ánimo por el piso. Claro que no ayudó para nada toparse con Philip apenas puso un pie fuera del ascensor. No la dejó respirar para dispersar sus pensamientos. Él llevaba el cabello húmedo y peinado hacia atrás, un traje azul marino y ni una arruga a la vista. ¿Se creía James Bond? Y para completarla olía como los dioses del Olimpo. Mary absorbió el perfume, como si fuera un veneno que le aflojaba las piernas.

—Iba a buscarte a tu cuarto —Philip dio un vistazo al reloj, indicando que estaban llegando tarde.

—Perdón, es que perdí algo que me hizo retrasar.

—¿Algo muy necesario? Te acompaño, y lo buscamos juntos si deseas...

—No, está bien. Es una tontería —“Solo mi seguridad, pero tranquilo que me acostumbré a vivir sin ella”.

Philip era hábil en ocultar sus sentimientos. Ayudó a la situación que cada uno pensaba en sus problemas y no pudieron notar la tensión que la presencia del otro les provocaba.

Meredith los aguardaba en el auto, sentada en el asiento trasero. Tenía la mirada cargada de rabia. Minutos antes había discutido con Philip, y no podía sacarse de la cabeza que Mary Jane era la culpable de todos sus males. Hacía rato que entre ellos no pasaba nada. Philip creyó haber sido lo suficientemente claro con el tema: no volverían a estar juntos. Sin embargo, ella no lo aceptaba. Cuando Philip abrió la puerta para bajar del auto e ir por Mary, Meredith lo tomó por la corbata y lo atrajo hacia sus labios, marcando su boca con rouge rojo. Él la soltó como si estuviera tocando algo caliente y se limpió los restos de labial con un pañuelo blanco que siempre llevaba en el bolsillo. Philip nunca tomó en serio esa relación; para él podría haber sido ella quien lo entretuviera en la cama como cualquier otra. Meredith estaba siempre cerca de él y, entre sus múltiples ocupaciones, simplemente le quedaba cómodo. Además, Philip siempre sospechó que él no era el único que se acostaba con ella, y eso tampoco le quitaba el sueño. La exclusividad no formaba parte en esa relación y creía que eso estaba claro.

Meredith percibía el interés de Philip en Mary Jane. Olía el deseo de su amante por la aspirante al trono escocés y no podía aceptar que lo perdía. Philip ponía distancia, pero no era claro con los motivos, solo la quería lejos. Le dijo que era peligroso que los vieran juntos, y no podían dejar lugar a que alguien descubriera que entre él y Mary solo había una campaña de por medio.

—¿Te imaginas cómo podría arruinarse todo si se descubriera que el “supuesto pretendiente” de Mary Jane en realidad sale con su secretaria? Mi imagen quedaría desterrada de cualquier intento de posicionamiento. Si quedo como un trepador, jamás podría volver a pensar en ser candidato a nada, ni trabajar en ninguna campaña. Mi carrera se destruiría. Y eso, Meredith no voy a permitirte —Señalando con el dedo índice su rostro.

—¿A quién quieres convencer? Te conozco, y sé que la opinión que más te importa es la de ella, no de la prensa. Déjame decirte que hasta alguien muy tonto sabe que entre nosotros hay sexo. No hay forma de disimularlo.

—Entre nosotros no hay nada. Pudo haberlo, pero no más. Si no puedes entenderlo, ya sabes dónde está el camino de regreso.

Philip se dirigía con Mary Jane hacia el interior del auto. Estaba nervioso. Temía que cuando entraran al auto, la pelirroja siguiera con el drama. No sabía si al regresar al auto Meredith seguiría allí. La había herido lo suficiente y temía haberse pasado de la raya. Lo que más lo preocupaba era que siguiera con la discusión delante de Mary. Meredith tenía razón. ¿A quién quería engañar? Le importaba cómo Mary lo juzgara, mucho más que la opinión de cualquier periodista, y mucho más que cualquier puesto político al que pudiera acceder.

Philip intentó dejar esas preocupaciones atrás. Debía poner su cabeza en lo que enfrentarían. Se estaban dirigiendo a una de las reuniones más importantes, y necesitaba concentrarse para que nada se le escapara. En Londres los esperaba la Primera Ministra de Reino Unido para hablar sobre los bienes. Esa reunión era como un campo minado.

Sobre una larga mesa de madera que brillaba por su lustre, el Secretario de Estado para Escocia, Anthony Wells, empapeló toda su extensión con los planos de ciudades escocesas, palacios y documentación de sus títulos. Alrededor de la mesa había más personas que sillas para sentarse. Cada miembro relevante del gobierno británico que había concurrido lo hizo con sus asesores, secretarios y asistentes. Mary Jane y Philip, en cambio, estaban solos. Philip no permitió que Meredith entrara a esa reunión.

Mary temía no estar a la altura de las circunstancias. Todo el escenario que habían montado era abrumador, y lo sospechó intencional. No podía explicar el orgullo que sentía por Philip. Él se mostraba impoluto, liviano. La dignidad que mostró al saludar a la temible Catherine Smith, Primera Ministra por Reino Unido, fue para aplaudirlo de pie. La soberbia de Catherine no movió ni un pelo de Philip. En cambio, cuando tocó su turno de saludarla, no pudo controlar el temblor de su mano. Estaba segura que su rostro también transmitía el miedo que sentía.

Catherine había entrado al recinto una vez comenzada la reunión. Se la notaba fría y con cara de muerte. Philip le había adelantado que seguramente ella tendría ese comportamiento, ya que al llegar última querría demostrar poder, como si tuviera cosas más importantes que hacer que reunirse con ellos. Otra de las razones para llegar tarde era librarse de saludar con honores a Mary Jane. Una vez más Philip tuvo razón, todo sucedió tal cual lo predijo. Él la hacía sentir segura.

Catherine tomó el mando en un monólogo que duró diez minutos, en los cuales leyó un documento redactado y firmado por ella. El escrito contenía el compromiso de entregar los bienes a Escocia en caso que la votación resultara a favor de la disolución del Acta de Unión de ambos reinos. En él se enumeraban los bienes que habían pertenecido a Escocia antes de 1707 y, luego, los que habían sido adquiridos por la Corona del Reino Unido. Solo devolverían los anteriores a 1707, ya que los demás pertenecían a la Corona inglesa. Philip pidió unos minutos para dialogar a solas con Mary Jane. Tenían que estudiar el documento en profundidad.

—Creo que es justo. ¿Tú qué opinas? —Dijo Mary.

—Creo que no podemos permitir que ninguna propiedad continúe en manos de la Corona británica.

—Pero utilizar esos bienes podría verse como una apropiación indebida, nos puede jugar en contra. Además, yo quiero para mi pueblo lo que es de mi pueblo, no creo que ningún escocés quiera conservar algo que no le pertenece. No podemos pedir nada que no sea nuestro.

—Estoy de acuerdo, pero piensa, ¿qué pasaría si la familia real inglesa decide, por ejemplo, pasar sus vacaciones o fechas importantes en Escocia, o simplemente se instalan en el Castillo de Balmoral? Estoy seguro que van a intentarlo, y te quitaría credibilidad todo el tiempo. Sería como un doble mando. Una espada sobre tu espalda, aguardando ser clavada cuando menos te lo esperes.

—Bien, ¿y qué hacemos con eso? —Un tono de desilusión cambió su ánimo.

—Ofrecer una indemnización en compensación. Es algo que nos distinguiría.

—Me gusta, es una buena actitud.

—Así es. Pero no podemos decirlo ahora con todas las letras. No anticipemos la movida. Tenemos que buscar un tecnicismo en el lenguaje que nos permita tomar esa opción después del referéndum. Declararlo ahora sería un error, y puede frustrar la negociación.

—Utilicemos alguna frase de este estilo, “el gobierno de Escocia reconoce y se compromete a respetar las propiedades que fueron adquiridas por la Corona de Inglaterra en el periodo de unión”. “Otorgar una indemnización”, entraría en el verbo “respetar”. La figura de la expropiación, cuando hay razones de Estado y se compensa debidamente, es algo perfectamente válido en cualquier sistema legal.

—¡Wow, excelente! Es usted muy inteligente, Su Majestad. —Haciendo una reverencia que provocó la carcajada de Mary y borró la preocupación que transmitía su rostro. Luego tomó su mano para besarla. Los labios se demoraron en la tersa piel de sus dedos. Sus ojos se enturbiaron al clavarse en los de Mary. Las risas desaparecieron.

El Secretario de Estado para Escocia entró en la habitación donde Philip y Mary Jane se encontraban para discutir el acuerdo. Al ver la escena, carraspeó para que notaran su presencia. Un calor que denotaba pudor, subió instantáneamente por las mejillas de Mary.

—Sí Tony, ya estamos listos —Dijo Philip, con un tono de decepción, molesto por la interrupción.

Entraron nuevamente al salón, donde aguardaban Catherine y los demás miembros del gabinete. Philip le pidió a Mary Jane que ensayara un rostro de tensión. Tenían que dar la impresión de que no aceptarían el acuerdo, o solicitarían excepciones en las cláusulas.

La actuación funcionó, ya que antes de preguntar por la respuesta de lo que habían deliberado, Catherine hizo un nuevo ofrecimiento. Se dirigió exclusivamente a Mary Jane y le dijo que en caso de aceptar el acuerdo como había propuesto, la familia real la reconocería como Duquesa de Rothesay. Aquel era el título nobiliario que otorgaban a los herederos al trono del reino de Escocia, antes del Acta de Unión. Mary Jane no esperó el consejo de Philip. Su rechazo fue inmediato. De ninguna manera aceptaría un soborno. No era tonta, con esa oferta querían tentarla a dejar de lado su pretensión al trono como reina. Philip sintió orgullo de que defendiera su reino. Con esa respuesta demostró que en verdad estaba comprometida con la independencia. El papel de ella era clave para evitar el fracaso del referéndum. Mary no se dejaría seducir con títulos de caridad. Si el pueblo escocés quería, serían independientes. Y si ella era reina, lo sería porque lo votarían en el referéndum.

La tensión podía respirarse. Luego del rechazo a la propuesta de Catherine, Mary Jane retomó su discurso. Catherine esperaba lo peor. Mary explicó que estaban de acuerdo con la propuesta sobre los bienes, si aceptaban una pequeña reforma en la redacción del documento. Nadie advirtió la suspicacia en la reformulación, y la aceptaron. Podían decir que habían salido victoriosos. La cláusula que no pudieron negociar —y en verdad era lógico que así sucediera— era la de mantener el acuerdo en secreto. Solo se divulgaría en caso de que la independencia fuera un hecho. En cuestión de una semana, si todo salía como pensaban, Mary Jane estaría entrando al Palacio de Holyroodhouse como la flamante soberana del Reino de Escocia, y ese sería su nuevo hogar.

En el viaje de regreso, Philip le pidió disculpas por no contar con la presencia de Richard —Sé que él debería haber estar aquí contigo, no yo.

—No hay nada que disculpar. Fue...—hizo una pausa para encontrar la palabra correcta que describiera lo que sentía, sin delatarse demasiado— un alivio contar con tu presencia. Tu experiencia me fortalece. Entiendo perfectamente que detrás de cada movida de Richard, el cerebro eres tú. Por lo tanto, no hay nada mejor que tu presencia.

—Tienes una miga sobre el costado del labio —Interrumpió Jessica Rabbit para cortar el momento. Ya no sabía de qué modo opacar a Mary. Veía que a cada instante una luz crecía en ella, y los celos estaban carcomiéndola por dentro. Philip le lanzó una mirada fulminante y continuó con lo que quería hacer: pasó el pulgar en la comisura del labio de Mary, limpiándola. Ese contacto tan íntimo, tan sutil y tierno, los asustó por las sensaciones que les provocaron. Mary

Jane se incomodó y para salir del momento dijo lo primero que se le ocurrió.

—Por cierto, ¿cuándo vuelve Richard?

Otra vez Richard. Si había algo que tenían en común esos tres que iban dentro del automóvil eran los celos. De Meredith hacia Mary Jane, de Mary Jane hacia Meredith, y de Philip hacían Richard.

—¿Lo extrañas? —Se sintió un estúpido al escuchar el tono en que lo dijo.

—Sí. Y también a sus comentarios divertidos —Dijo Mary, como algo al pasar.

Philip dejó la vista fija en dirección a la ventanilla, simulando interesarse en el paisaje que dejaban atrás. Por dentro solo pedía que Richard no tomara nunca el vuelo de regreso.

Capítulo VI

“El día”

14 de febrero.

El día del referéndum llegaría con el amanecer. El Partido Azul y Blanco con su cuerpo político, familias y asesores de campaña decidieron pasar la noche en el *King James Suites*, el mismo hotel donde Mary Jane se alojaba desde hacía más de dos meses. Los Azules y Blancos junto a Mary se consideraban un equipo, y no querían dejarla sola en un momento tan importante. Organizaron una vigilia que consistía en esperar el amanecer del día más importante para Escocia en mucho tiempo: el día del referéndum. Como la seguridad en el hotel ya estaba garantizada por la estadía de Mary Jane, decidieron no cambiar de lugar. Además, el hotel contaba con la cantidad suficiente de habitaciones para semejante grupo.

—Esto es lo más parecido a una fiesta de pijamas, pero en traje —Sarah Evans, la mejor amiga de Mary Jane, había decidido acompañarla en una noche tan especial.

—Solo tú puedes hacerme reír en un momento como éste, Sarah.

—Me alegro que al menos te sirva para eso.

—No hace falta que me sirvas para algo, eres mi amiga, con tu presencia me sobra. *¡Please Sarah, quédate esta noche conmigo!*

—Okey, me quedo. No tengo ninguna cita con cupido esta noche. Al parecer será otro año más sin un Valentín...

—No te preocupes, no eres la única. Aunque tampoco tendría cabeza para una cita.

—Vamos Mary, confiesa. ¿Qué pasa con Philip?

—¿Qué Philip?

Sarah agudizó la mirada en dirección a Mary y torció su boca: —Mary Jane, Reina de los Escoceses, jefa de la Casa Estuardo, Duquesa de Baviera y jefa de la Casa Real de Wittelsbach, conmigo no te hagas la tonta. Te conozco como si hubieras nacido de mis entrañas. Philip Craig, el bombón ese que te sigue a todos lados y no te saca la mirada del trasero.

—No hace eso...

—Claro, tú no lo ves porque justamente no tienes ojos en la nuca. Toooooo el mundo se da cuenta, hasta los medios lo dicen.

—Es mentira, dejamos que el rumor continúe porque mi imagen es débil, y necesito

entorno...

—Jajaja... Es la excusa más rebuscada que escuché en mi vida.

—¿Realmente crees que se fijaría en mí teniendo todos los días a Jessica Rabbit para compararme?

—¿En verdad no te das cuenta de cómo te mira?

—Ella es una bomba. ¿Has visto cómo brilla su pelo? Tiene más curvas que... no sé, es impactante, todos los hombres que me rodean están detrás de ella.

—¿Qué importa a quién miren los demás? Él te mira a ti.

—Bueno, basta. Deja de enroscarme, que tengo que parecer relajada para la entrevista que es en... ¡Diez minutos! Mierda...

Antes de la cena, Mary Jane tenía pautado salir en exclusiva para un canal escocés, dando un mensaje de paz y tranquilidad a todos los escoceses, apelando a que la decisión en las urnas fuera a conciencia y desde el corazón. En los últimos días se percibía un clima alegre, especialmente en la parte joven de la ciudadanía. Aunque no todo era color de rosas, la otra cara de la moneda manifestaba temor. Los cambios traían inestabilidad y eso a muchos podía hacerlos sentir inseguros. No era inocuo romper con el *statu quo*.

Mary Jane podía sentir en el aire la presión que cargaban sobre ella. Su declaración era una especie de prueba y ensayo de lo que podrían ser sus comunicados cuando se dirigiera al pueblo como reina. Margaret le había recomendado que se vistiera de azul y se abstuviera del colorado por sobre todas las cosas. Eran días en que hasta el color que usara en su atuendo podía ser un mensaje equivocado a la Corona británica. Optó por un vestido que la hacía lucir delicada y femenina. Las mangas eran largas y terminaban con un volado en la muñeca. El escote redondo y la falda con volumen llegaba apenas debajo de la rodilla. No lució joyas de la colección real. Llevó dos pendientes de perlas pequeñas de su alhajero personal, que difícilmente llegaron a sumar veinte libras el par.

Para transmitir la señal, el hotel sirvió de sala de filmación. Utilizaron un rincón de la recepción que contaba con un escritorio señorial y un velador de bronce como único adorno.

Mary pidió que todos desocuparan la sala. No podía concentrarse con tanta gente a su alrededor indicándole qué hacer. Deseaba estar tranquila. Lo que dijera, con aciertos y de los otros, serían el profundo reflejo de su alma, y no los de un discurso medido por la corrección política.

Aguardaban la llegada de Mary Jane sentados alrededor de la mesa. No servirían la cena hasta que la transmisión de la declaración terminara y su anfitriona se hiciera presente.

Mary subió unos segundos a su habitación antes de dirigirse al comedor. Necesitaba volver a respirar en soledad. Vació casi de un sorbo la copa de champagne que le habían ofrecido. Le pareció una buena medida para desanudar su estómago retorcido por los nervios. No tomó dimensión de los efectos que podía generar hacerlo sin haber probado bocado alguno.

Deseaba ver con sus propios ojos las repercusiones de la transmisión. Sin más preámbulo, desbloqueó su móvil y navegó por cada una de las redes sociales y portales de noticias que conocía. Se sorprendió al ver que abundaban los mensajes positivos y alentadores. Incluso pudo observar que durante la transmisión se habían impuesto hashtags como #maryjanequeenofscots, #freedom #godsavequeenmaryjane. Era mucho más de lo que hubiera esperado. Se hubiera quedado horas y horas respondiendo cada uno de los mensajes que recibió, aunque fuera imposible. Eran tantos que jamás habría terminado. Antes de bajar y unirse a los comensales, volvió a llenar la copa de espumante por segunda vez.

En la planta baja la esperaban ansiosamente sus compañeros del Partido Azul y Blanco. Cuando se hizo presente en el salón de recepción agradeció que el champagne ya estuviera haciendo efecto; de lo contrario no podría haberse mostrado tan desenvuelta, risueña y segura de sí misma.

La cena era un festejo y también una despedida. Luego del referéndum, el Partido Azul y Blanco tenía que despegar su imagen de Mary Jane. Sus causas se separaban; la monarquía y el Parlamento no eran la misma cosa, sino la garantía el uno del otro.

Luego de cenar, pasaron a una recepción distendida en el subsuelo del hotel. Algunos decidieron retirarse a sus habitaciones, en especial los que habían concurrido acompañados de sus parejas. Quedaron los más jóvenes, reunidos en una mezcla de charlas, tragos y música de fondo.

—Mary, voy a retirarme. Ya no sé cómo mantener los ojos abiertos. Y no me mires con esa cara, que ya es tarde. Tú también deberías acompañarme, o por lo menos, empezar a rellenar esto —le retiró la copa que sostenía en la mano— con agua.

—Oh, Sarah, por favor; no me vengas con sermones —Mary soltó una risotada desencajada y retomó la copa que su amiga le había quitado.

—¿Estás borracha? —Mary Jane volvió a reír mientras sorbía de la copa, y escupió—. No es gracioso, mañana tendrás que levantarte temprano y con las neuronas más encendidas que nunca.

—¿Eres mi amiga o mi niñera? Tranquila, no pasa nada. Creo que a esta altura puedo darme cuenta en que copa debo parar, no tengo quince. Además, quiero despedirme de mi libertad. Esto sería algo así como mi despedida de soltera. Mañana me caso con toooodos ustedes —Le dio un beso en la mejilla, y le dijo al oído—: En un rato más te alcanzo.

Sarah, inconforme, decidió advertir la situación a Philip. Lo encontró en la escalera que

bajaba al subsuelo con cara de pocos amigos. No emitió muchas palabras, pero le aseguró que se ocuparía del tema.

La rabia de Philip no se debía a la borrachera de Mary Jane, en lo absoluto. Venía de pasar por una situación tensa. Cuando la cena había terminado Philip tuvo la intención de retirarse a dormir, pero al abrir la puerta de su cuarto se encontró a Meredith saliendo de su baño, envuelta en una bata y en una nube de vapor perfumado. Por un instante creyó haberse confundido el número de habitación. Miró alrededor y, al ver su valija y demás pertenencias, le confirmaron que el equivocado no era él.

—¿Qué significa esto, Meredith?

—¿Qué se supone que significa? —Mientras caminaba lentamente hacia Philip.

—Estoy cansado y creí haber sido claro contigo.

—No tienes suficiente con ignorarme en público, que ahora también lo haces en privado. ¿Tienes miedo que la princesita descubra que no eres un santo?

—Meredith, por favor, no voy a repetirlo: retírate. Y ni se te ocurra meter a Mary Jane en el medio.

—Estaba llenando el jacuzzi para relajarnos un poco. Creo que lo que te hace falta es distenderte, te veo muy tensionado —Se acercó hasta poner una mano en su pecho, y comenzó a abrir uno a uno los botones de la camisa—. Esa niña no sabe lo que te gusta... ¿O es que acaso no la has tocado aún?

—¡Basta! ¡Se terminó! No sé en qué idioma tengo que decirlo para que lo entiendas. NO-TE QUIERO- VER- MÁS. Si no lo comprendes de una buena vez, voy a tener que despedirte.

—No serías capaz. Sé muchas cosas...

—Ponme a prueba...

—¡Te vas a arrepentir por este desplante, Philip Craig, lo juro! Y te va costar tan caro que ni todo el dinero que la princesita pueda proveerte va a poder arreglarlo —Meredith recogió su ropa y salió envuelta en bata por los pasillos del hotel. Philip tomó el móvil que tenía en la mano y lo estalló contra la pared. Se sentó en el borde de la cama, intentando calmarse, mientras contenía su rostro entre las manos. Estaba seguro que en ese estado no iba a poder dormirse, por lo que dio por tierra el intento de tener un descanso de ocho horas seguidas y bajó a la recepción en busca de un trago que calmara su ira.

Mary Jane se encontraba sola, sentada en una banqueta frente a la barra de tragos. Daba vueltas el hielo del whiskey con un dedo, como si lo batiera con una cuchara.

—¿Qué es lo que estás ahogando ahí?

—Oh no, tú también. Parece que hoy no puedo decidir nada, ni siquiera en qué momento dejar de beber, a qué hora irme a dormir, ni qué color de vestido usar.

—No quiero controlarte. Es que no creo que mañana te sientas bien con todo el alcohol que

has ingerido.

Mary y Philip mantuvieron la mirada fija en el otro, hasta que ella se animó a confesar, sin temer lo que él pudiera pensar.

—¡Tengo tanto miedo Philip! Me latía tan fuerte el corazón que creí que no iba a poder seguir respirando, por eso empecé a beber —Pudo ver cómo se aguaron los lagrimales de Mary y puso una mano sobre su hombro para calmarla—. Bueno, bueno, no toques si no vas a llevar la mercadería, guapo... —Y tan rápido como se emocionó, comenzó a reír como desahogada. Sin dudas ya estaba ebria. Totalmente ebria. Era el momento de sacarla de allí, antes que hiciera un papelón que luego lamentara. Philip aflojó los dedos que abrazaban el vaso y la instó a dirigirse hacia la habitación. El efecto del alcohol estaba haciéndose notar, no solo en sus incoherencias, sino también en su estómago. Aunque se resistió en un principio, luego se dejó llevar por Philip, porque en ese estado dudaba recordar cómo llegar a su piso.

—Me siento mal. Creo que voy a vomitar—. Philip la miró y observó su semblante: no estaba bromeando. Su rostro cambió a un color verdoso que lo asustó. Apenas el ascensor estaba llegando al segundo piso y debían subir ocho más—. No aguanto, para por favor —Philip presionó el botón para detener la máquina. Su habitación quedaba en ese piso, lo cual le facilitó la cercanía a un baño. No quería exponerla a vomitar en el pasillo. Lo que siguió no fue para nada agradable. Por decir que no paró de vomitar hasta que su cuerpo expulsó bilis. Philip humedeció una toalla para limpiar la transpiración que recorría su frente y cuello. Quitó su vestido y le puso una remera de algodón suya. Le quedaba tan larga que tapaba sus nalgas. Llevarla a su propia habitación podía ser riesgoso... No solo porque podía ser vista por cualquiera, y en ese estado no era lo más recomendable, sino porque se dormía parada. Si la cargaba en andas daría una imagen mucho más patética. Decidió recostarla en la cama de dos plazas. La tapó y por precaución la colocó de costado, por si tenía náuseas mientras dormía. No estaba seguro de que fuera real pero, según una película que había visto, era una forma de evitar la muerte por ahogo.

15 de febrero

Un tirón en sus sienes la hizo salir del profundo sueño. No entendía si era su vista que estaba nublada, o sus ojos que pesaban más de la cuenta. Intentaba abrirlos y una fuerza interna los volvía a cerrar. Así trascurrieron unos cinco o treinta minutos, no podría asegurarlo. El tiempo en esos momentos era confuso. No tardó mucho en comprender que estaba bajo los efectos de una gran resaca. Ya no sentía nada en su estómago; todo malestar se había depositado en su cabeza. No recordaba un momento en que le hubiera molestado tanto. Estiró la mano hacia la mesa de luz para

tomar su móvil y verificar la hora. Su mano solo dio con el control remoto del televisor. De su móvil, nada. El canal de noticias marcaba las 10:15 h ¡No podía ser tan tarde! ¿Por qué su alarma no había sonado? Se incorporó para continuar buscando su móvil, pero no lo halló. Miró por debajo de la cama, abatida. Cuando al fin su visión logró enfocarse, se percató de que no llevaba puesto su pijama, sino una remera de hombre que le quedaba tan larga como un camisón. Se asustó. Miró a su lado, estaba sola. Comenzó a mirar la habitación de un lado a otro. Era idéntica a la suya, pero al observar detenidamente encontró cosas que sobraban y otras que faltaban. Se detuvo en una valija a medio desarmar, y en un saco de paño que se apoyaba sobre la silla. Bajó de la cama, y cuando lo tomó con las manos lo reconoció. Instintivamente sus manos lo dejaron caer. ¡Era el saco de Philip! Y la valija de Philip, y la laptop de Philip. Y su habitación. ¡¿Qué hacía ella ahí?! Buscó desesperadamente su vestido; lo encontró en el baño. Estaba un poco húmedo, pero se lo puso igual. Se miró al espejo; tenía el maquillaje corrido y sus ojeras parecían como las de un mapache. Salió en punta de pie por el pasillo y observó que se encontraba en el segundo piso. Decidió subir por las escaleras, ya que supuso que a nadie se le ocurriría subir escalones teniendo a disposición dos ascensores. No se equivocó, pero en el quinto piso se odió a sí misma. Aún faltaban tres pisos y ya requería un tanque de oxígeno. Y una cabeza de repuesto. Fue un milagro que nadie la cruzara, con lo concurrido que estaba esa mañana el *King James Suites*. Tocó la puerta de la habitación 826, la suya, rogando encontrar un humano del otro lado, ya que ella no tenía idea dónde demonios había quedado su tarjeta de ingreso.

—¡Al fin se despertó la bella durmiente! —Sarah la recibió del otro lado. Su amiga se había quedado a dormir en su habitación, como estaba previsto.

—En serio Sarah, ¿crees que estoy para bromas? —Tiró sus zapatos de taco, y el pisar descalza sobre la alfombra mullida fue reconfortante. Permaneció en silencio.

—Estás enojada—. No fue una pregunta, fue una total afirmación. Su cara no dejaba dudas.

—¡Estaba borracha y me dejaste sola! No volví en toda la noche y, en vez de estar preocupada por mi paradero, parece que la situación te da mucha gracia.

—Como si pudieras perderte dentro de un hotel... Además, no te dejé sola, te dejé con el guapo de Philip. Y no me da gracia, me alegra que hayas pasado la noche con él. Lo que no entiendo es por qué vos no estás saltando en una pata.

—Hola, no recuerdo nada de lo que pasó anoche, y se me parte la cabeza. ¿Entiendes lo humillante que es no saber qué hiciste? Además de despertar en la cama de un hombre sin recordar nada, desperté sola. Ni siquiera una nota me dejó.

—Él me llamó anoche. Yo estaba por dormir. Me dijo que no me preocupara, que no ibas a volver a tu habitación, y que todo estaba en orden.

—¿Eso te dijo? ¿No pensaste en ir a buscarme?

—No sé qué te resulta tan raro Mary. ¿No crees que estamos grandes para que vaya a buscarte a la cama de un hombre?

—Puff... Tengo la leve sensación que hoy nadie me entiende. Mejor me voy a bañar, que no me aguanto ni a mí misma. Y huelo horrible. Luego veré con qué cara y con qué cabeza enfrento el día.

—Parece que Philip no fue tan bueno en lo suyo... —Dijo por lo bajo, risueña. Mary ya estaba entrando al baño.

—¿Qué dijiste?

—¡Que no te tardes, estamos atrasadas!

Bajaron al salón desayunador. En el *King James Suites* solo se alojaban los miembros del Partido Azul y Blanco. Mary Jane caminaba con temor; no estaba preparada para enfrentar a Philip. ¡Como si evitarlo fuera posible! No sabía con qué cara lo miraría, ni qué reacción esperar de él. ¿Alguien más lo sabía?

—Relájate. Ya hice un paneco y si la vista no me falla, no se encuentra aquí —Le dijo Sarah al oído.

Con la taza de café puro a medio terminar, vio venir a Allison junto a sus abuelos. ¡La salvación! Ellos serían su refugio.

—Aquí tienes los medicamentos que me solicitaste, hija. ¿Estás bien? ¿Quieres que llame a un médico?

—No saben lo bien que me hace verlos. No te preocupes, son los nervios que me han atacado la cabeza. La expectativa me ha hecho dar insomnio y no he podido dormir bien anoche — Qué poco le gustaba mentir, ¡y cuánto se le notaba!

—Está bien, no es para menos mi amor. ¡Te ves radiante hija! —Mary la miró con expresión incrédula. Aunque no era para sorprenderse, las madres siempre decían esas cosas por más que su aspecto se asemejara más al de un zombi que a algo bonito — ¿Has visto la cantidad de personas que están afuera apoyándote? Por poco no podemos llegar; las calles están cortadas por la cantidad de movilizaciones. Es algo realmente sorprendente y emocionante.

Miles y miles de personas habían salido a la calle en apoyo al referéndum. Llevaban los colores de la bandera de Escocia pintados en el rostro, carteles con el eslogan del referéndum “Ahora”, y otros que decían “Dios salve a la Reina Mary Jane de Escocia”. Hombres vestidos con sus *kilts*, niñas con tiaras de fantasía, y algo que le hizo mucha gracia a Mary: caretas con su rostro. La imagen de Mary Jane era furor y estaba en cada rincón. Las demostraciones de apoyo hicieron que por momentos olvidara la maraña de pensamientos que la abrumaba. Trató de

enfocarse en lo que importaba: el referéndum y la independencia. No había nada más importante que eso.

El salón donde la noche anterior cenaron había amanecido como estudio televisivo. Se colocaron pantallas gigantes, reflectores, cámaras, un escenario, sillas y sillones. Todo estaba preparado para lo que tuviera que suceder. Fuera cual fuera la decisión que el pueblo tomara, tendrían que dar declaraciones.

Mary Jane estaba concentrada en la pantalla donde transmitían lo que acontecía en cada punto del país. Había logrado serenarse. Estaba tan concentrada, que no escuchó llegar a Philip. Apareció de la nada y se acomodó a su lado.

—Toma —Le acercó unas hojas—. Hice unas modificaciones en el discurso —Philip había preparado dos discursos, uno para cada resultado posible—. Margaret está esperándote para repasarlos contigo.

Mary asintió con la cabeza. ¿Acaso no la saludaría? ¿Ni unos buenos días? En su rostro no había incomodidad. Simplemente parecía ser el Philip de siempre. ¿Es que no había significado nada para él que pasaran la noche juntos? Tal vez, para él el sexo era sexo y nada más. No sabía qué sentir: si largarse a llorar, pegarle una bofetada, o querer que la tragara la tierra. Decidió por otra opción del menú: comportarse como una persona madura y profesional. —*Okey*.

Practicó durante el resto de la mañana junto a su inseparable instructora de protocolo, Margaret. Ella siempre tenía las herramientas correctas para llevar todo al máximo nivel. Su exigencia era necesaria para que Mary Jane no dejara ningún cabo suelto.

El mediodía se acercaba y su estómago había plantado bandera. Estaba cerrado por completo, tanto que hasta tomar agua le costaba. Sentía un cosquilleo que le recorría todo el cuerpo. Estaba inquieta y no paraba de hablar. Allison comprendía que los nervios se habían apoderado de su humor. Para Sarah no había excusas, Mary estaba completamente insufrible.

—Para practicar cómo deberé tratarte desde mañana te diré: “Su Majestad, en el día de hoy la encuentro muy poco dispuesta para estar en compañía de sujetos con susceptibilidad”.

—Y tú, plebeya, eres tan graciosa...

—Mary, ¿puedes venir un segundo? Necesito hablar contigo en privado—Interrumpió Philip. Mary y Sarah intercambiaron una mirada cargada de intención.

Se dirigieron a un sector apartado, donde solo estaban ellos dos. A Mary el corazón le latía a la velocidad de la luz.

—Quería saber si pudiste ver las sugerencias que dejé para el discurso.

—Ah, sí. Las he visto, estoy de acuerdo.

Mary inspiró como para comenzar a hablar nuevamente, pero instantáneamente abandonó el impulso.

—¿Qué pasa Mary, ibas a decirme algo?

—No, nada —Philip se volteó para volver en dirección al salón donde estaban todos—. Bueno sí. Hay algo que quiero preguntarte.

—Adelante, habla.

—Esta mañana desperté en tu habitación. Aunque eso ya lo sabes —Estaba tan nerviosa que las manos le transpiraban y comenzó a jugar con ellas sin darse cuenta.

—Sí Mary, yo te llevé.

—Bueno, sin rodeos. Quiero saber qué pasó —Philip notó la intención de sus palabras, y lo divirtió incomodarla. Era más linda cuando se ruborizaba.

—¿Qué crees que puede haber pasado? —Estaba decidido a seguir el juego.

—No sé, dímelo tú que estabas lúcido. Reconozco que me he pasado de la raya con el alcohol, y en verdad no recuerdo ni cómo llegué a tu habitación.

—Estás pensando que tuvimos sexo. Mary, ¿crees que, si te hubiera hecho el amor, no lo recordarías? En serio, ¿tan poca fe me tienes? —A Mary las mejillas le ardían y Philip se contenía para no estallar de risa.

—Bueno, yo... Me parece una falta de respeto que no me llevaras a dormir a mi habitación.

—Mary, no dormí contigo. Te llevé a mi habitación, porque claro que no lo recuerdas pero casi vomitas delante de todos y, para ahorrarte tamaño escándalo, te dejé en mi habitación que era lo más cercano que encontré. Admito que te desvestí, pero solo porque llamar a una mucama que lo hiciera hubiera sido riesgoso. Por eso lo hice yo, para que no queden testigos de tu “incidente”. Ni bien te dormiste, me retiré y pedí otra habitación para mí. Eso fue todo.

—No sabes lo aliviada que me dejas...

—Igualmente, te agradezco por todas las cosas lindas que me dijiste...

— ¡Ay por Dios Philip, no juegues conmigo en este momento! ¿Qué dije? Te recuerdo que estaba bajo los efectos del alcohol, y no me haré cargo de nada de lo que haya salido de mi boca.

—Prefiero reservarlo para mí —Philip por poco no podía contener la carcajada que aguantaba en su garganta. Mary parecía tener fiebre de tanta vergüenza—. Vamos que los demás nos esperan —Le guiñó un ojo y siguió caminando—. Ah, me olvidaba. Tienes un cuerpo muy bonito bajo la ropa.

Saber que no había tenido sexo con Philip debería haberla aliviado, aunque esa calma no llegaba a sentirla. Empezaba a preguntarse otras cosas: ¿Qué imagen había causado? ¿Qué bobadas le había dicho? ¿Le habría confesado lo guapo que le parecía? O peor, ¿le habría pedido ir a la cama con él? Si la había desvestido, había visto su ropa interior, ¿era decente? De algo estaba segura, y era que nunca más en su vida iba a tomar una gota de alcohol.

Mary se esforzó por dejar esas preguntas de lado. Tenía que ponerse en faceta soberana de Escocia y eso se complicaba, ya que cada vez que Philip le sonreía deseaba que la tierra la tragara y la escupiera en el Congo.

Faltaba poco menos de tres horas para el cierre de la votación. Si el aire pudiera palpase, sería tan tenso que ni un cuchillo podría cortarlo. Dentro del hotel podía oírse lo que sucedía afuera. Predominaban las melodías de gaiteros, intercaladas con bocinas y cánticos.

Por la puerta principal entró corriendo una persona envuelta en una bandera escocesa que lo cubría de pies a cabeza. Todos se miraron sin entender qué pasaba. Pensaron que algún simpatizante había logrado evadir la guardia, y por un instante Philip entró en pánico.

—¡¡¡Sorpresa!!! —Gritó Richard, y todos comenzaron a reír, aplaudir y acercarse a saludarlo. Mary hizo lo mismo y corrió a darle un cálido abrazo.

—¡Richard querido, no sabes lo feliz que me hace tu regreso! Te necesitaba. Todos te necesitábamos, ¿no es cierto Philip?

Philip estaba pasmado. Su presencia le cayó como un balde de agua fría. En otro momento hubiera sido lo que esperaba, por eso no entendía por qué le caía tan mal que apareciera si era justamente lo tenía que hacer.

Luego de los saludos, Philip lo apartó.

—¿Por qué volviste? ¿Tu padre te presionó?

—Mi padre ya no va a presionarme. De hecho, no creo que esté muy contento con mi regreso. Antes de irme tuve una charla muy dura con él, y desde ese momento no nos hablamos. Pero, ¿qué pasa? Parece que no estás contento con mi sorpresa...

Philip no lo admitiría. En verdad le molestaba que Mary se mostrara más desenvuelta con Richard que con él. A él jamás le había dicho que lo necesitaba, a pesar de haber compartido mucho más tiempo con él que con Richard. Todo el tiempo que Richard se había ausentado, ellos se habían mostrado cercanos, trabajando codo a codo. Le fastidiaba que, con el regreso de Richard, dejara de correr el rumor que entre ellos pasaba algo. Tenía que admitir que disfrutaba que todos lo pensaran.

—Por supuesto que lo estoy. Solo que hoy mi cabeza está en los resultados que... —Miró su reloj—. ¡Estarán en una hora!

—Llegué justo a tiempo.

—Justo a tiempo para el festejo.

—Claro que sí.

Fue la hora más larga del día. Todos ahí dentro tenían la sensación que el tiempo no pasaba más. Philip estaba conectado en línea directa al centro de cómputos. Mary Jane observaba a Philip de lejos mientras sostenía una taza de té, que por cierto estaba frío de tantas vueltas que le había dado. No podía sacar la mirada de su entrecejo, ¿por qué lo tenía tan arrugado? ¿Algo malo estaba

pasando? La impacientaba que no cortara la comunicación de una buena vez. No aguantó más y se decidió acercarse a él.

—Un segundo —Dijo al teléfono—. Mary, ¿qué ocurre?

—Eso es lo que yo me pregunto. ¿Qué están diciéndote? ¿Por qué no se anuncian los resultados? Faltan pocos minutos para las 20:00 h.

—Están por comunicar que los resultados finales se retrasan media hora más.

—Bien, tendremos que esperar entonces. La BBC está diciendo que los números de Glasgow van atrasados.

—Mary, sabes lo que quiere decir eso, ¿no? —Mary hizo un movimiento de hombros, en señal de que no lo seguía—. Quiere decir que están retrasando la derrota. En Edimburgo ya ganamos y no era nuestro fuerte. En 2014, fue en Glasgow donde arrasamos con los resultados. Vamos Mary, ¿qué haces que no vas corriendo a descorchar el champagne?

—¡Por el amor de Dios! ¡Y tan tranquilo me lo dices! Me va a dar un infarto de tantos nervios... Pensé que algo andaba muy mal. Respecto al brindis, no pienso descorchar nada más en mi vida, por obvias razones —Rieron juntos y luego observaron en la pantalla gigante los titulares que Philip le había adelantado.

—Tienes la bola de cristal.

—Eso, o muy buenos informantes.

La media hora de retraso hasta que el reloj marcó las 20:30, pasó volando. Fue tan rápido que antes que pudieran terminar de leer el titular con los resultados del referéndum, un grito en coro y ensordecedor invadió cada calle de Edimburgo y cada uno de los rincones del hotel, como si se tratara de un gol esperado en el último minuto de una final de Copa Mundial. Escocia e Inglaterra ya no serían el Reino Unido nunca más. La monarquía constitucional se mantendría y Mary Jane se convertía oficialmente en la reina de los escoceses.

Capítulo VII

“El día después”

16 de febrero

Para los creyentes, la lluvia significaba la bendición de Dios y auguraba prosperidad. En Escocia, luego de los resultados de la votación comenzó a llover y no paró en toda la madrugada. Era extraño que lloviera al mismo tiempo en un país entero. Sin embargo, había algo que era mucho más asombroso: el amanecer les regaló la salida del sol más espectacular en años. La leve brisa cálida comenzó a secar los pequeños papelitos azules y blancos que los festejantes habían tirado por las calles.

Las celebraciones habían durado hasta tarde y se bebió lo suficiente para no programar el despertador. Ese era uno de los motivos de una mañana tan silenciosa.

Habían declarado asueto laboral. Sin embargo, en los palacios reales la actividad comenzó a toda máquina desde muy temprano. Tal como habían acordado, Inglaterra devolvería libre de total ocupación los edificios que pertenecían al Reino de Escocia. El Rey de Inglaterra dio la orden de comenzar con la “mudanza” ese mismo día, el día después del referéndum. Mientras todos dormían, en los palacios reales decenas de sirvientes daban vuelta cada uno de las habitaciones recogiendo y realizando un inventario de lo que pertenecía a uno y otro reino. La tarea no podría concluirse en un solo día; llevaría largas semanas dar fin a largos siglos de historia.

Mary Jane eligió el Palacio de Holyroodhouse como residencia oficial. Era ideal ya que se encontraba en la capital del reino, Edimburgo. El palacio se construyó en el siglo XII y sirvió como residencia de numerosos reyes y reinas escoceses. Tenía tanta historia entre sus muros, como fantasmas y pasadizos secretos. Mary tenía la intención de mudarse ese mismo día, por lo tanto dio la orden de priorizar el desalojo del mismo. Al menos su habitación debía estar lista para pasar la primera noche allí.

Otros monumentos emblemáticos, como el Castillo de Edimburgo o el Castillo de Stirling, continuarían destinados a museo. Los que funcionaban como residencias oficiales de la familia real como Sandringham House o el Castillo de Balmoral pasarían a formar parte del organismo especializado en el manejo de los museos nacionales, la Historic Scotland. A Mary le parecía un despropósito y un gasto innecesario destinar tantos lugares a residencia; con un palacio como vivienda era más que suficiente.

Era un día movilizante y no era para menos. Luego de dar su primer discurso como soberana, Mary continuaba emocionada. Como si toda la tensión acumulada durante los días previos hubieran rebalsado por sus lagrimales. Se había despertado con el cuerpo liviano, descansado y lleno de energía. Llena de vida.

En pocas horas su nueva residencia estaría lista para ingresar. Mary Jane se dispuso a retocarse con tiempo. Se dio un largo baño de inmersión y llamó a la masajista del hotel. Le dio nostalgia pensar que esa había sido su última noche en el *King James Suites*. ¡Tantas cosas habían pasado allí! Sentía que habían pasado años, cuando solo fueron dos meses. Echaría de menos al personal del hotel que la había acompañado. Varios ya eran considerados amigos personales, por lo que tuvo la idea de convocar a algunos de ellos para que fueran a trabajar con ella a Holyroodhouse. Hablaría primero con Albert, el dueño del hotel que tan gentilmente se había comportado con ella y con la causa de la independencia.

Su atuendo estaba perfectamente planchado, perfumado y colgado. ¿Tenía que despertarse de un sueño, o era posible que todo fuera tan real como el café que estaba saboreando? Su madre le ayudaba con las valijas. Durante su estadía en la habitación de hotel se había llenado de tanta ropa, calzados y carteras que le costaba entender cómo había entrado todo en un solo cuarto.

La prensa atestaba la puerta del hotel para fotografiar su salida y posterior llegada al palacio que desde ahora sería su nuevo hogar. No le cabía la sonrisa en el rostro. La gente se acercaba para saludarla y entregarle preciosos ramos de flores, bombones, cartas y ositos de peluche.

—Quisiera haber tomado cada uno de esos ramos y llevarlos conmigo, saludar a cada una de las personas y fundirlas en un fuerte abrazo. Su apoyo me llena el alma —Dijo Mary a Allison en el camino al palacio.

La céntrica calle *Royal Mile* fue cerrada para que la reina Mary Jane I hiciera su trayecto por primera vez hacia el Palacio de Holyroodhouse. La calle recibió ese nombre por medir una milla escocesa y conectar en sus extremos al Castillo de Edimburgo con el Palacio de Holyroodhouse, dos residencias de la realeza.

La gente aguardaba para saludarla agitando pequeñas banderas, como si fuera una estrella de rock. El acontecimiento fue transmitido en cada rincón del mundo. Al mismo tiempo, en Londres, la bandera que flameaba en el Palacio de Buckingham fue cambiada por una nueva que ya no incluía en su diseño los colores que evocaban la unión con Escocia.

Las puertas de hierro macizo del palacio se abrieron para dar paso al auto que transportaba a Mary Jane. El Regimiento Real de Escocia junto con la fanfarria hicieron el recibimiento.

Mary tenía presentes las lecciones de Margaret: no debía llorar en público por nada del mundo. Cumplir con esa lección fue difícil, tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para contener la emoción que la desbordaba en cuerpo y alma.

No era la primera vez que entraba al Palacio de Holyroodhouse; otras veces lo había visitado como museo y nunca imaginó que podía convertirse en su hogar. Los muros del palacio contenían su sangre, su orgullo.

Tras pasar el arco de entrada, llegó al jardín interno. Caminaba lento, como si pidiera permiso en cada paso. Al doblar a la derecha se hallaba la puerta de ingreso. Entró. Pasaba su mano por las paredes, como si las acariciara. Su vista, sin embargo, se mantuvo en el techo: un ángel tallado sostenía la Corona escocesa mientras soplaba un instrumento de viento. Parecía mirarla.

El silencio rebotaba como un eco en el palacio. Podía sentirse el frío en los muros despojados de sus tapices. Restaba trabajo por hacer. La redecoración llevaría largas semanas, tal vez meses. Tenía en mente aportar luz y algo de modernidad respetando el estilo original del edificio. Su residencia debía reflejarla. Colocaría cuadros de la historia escocesa, y traería otros del Palacio de Nymphenburg, ya que también eran parte del linaje.

—Hija, lamento tener que irme. ¿En verdad deseas quedarte sola? —Allison no quería irse. Mary, en cambio, deseaba tener esos minutos junto a su soledad. También le urgían asuntos banales como desempacar su ropa y pertenencias íntimas.

—Gracias por todo lo que haces. La presencia no se mide en metros. Aunque no te vea, siempre sé que estás apoyándome. Aun cuando no hablábamos, siempre supe que estabas conmigo.

Allison la besó en la coronilla.

—No hace falta que hablemos de eso ahora. Me voy, y estoy tranquila porque en tu rostro veo paz, y no te imaginas lo que es eso para una madre.

—Adiós, ma.

—Adiós, Majestad. —No pudo evitar que las lágrimas comenzaran a salir. Eran de felicidad; aun así, no quería mostrarlas delante de Mary. Dio la vuelta rápidamente en dirección a la puerta de entrada y se retiró. Mary Jane era su orgullo. No importaban los títulos que ostentaba. Su integridad la conmovía.

Un día, y la agenda de Mary Jane ya estaba completa. El día siguiente por la mañana recibiría a su estilista. Le presentaría la colección de conjuntos diseñada para cada uno de sus actos protocolares. Luego, al mediodía, almorzaría con el Primer Ministro Escocés, y por la tarde tendría la primera entrevista con un alumno de bellas artes, elegido por la Real Academia Escocesa de Arte por su talento, para comenzar a realizar su retrato oficial. Era importante ya que estaría colgado en la entrada del palacio y en cada uno de los edificios oficiales e instituciones de toda Escocia. Mary Jane también deseaba realizar una reproducción del retrato de Ludwing que

colgaba en el Palacio de Nymphenburg. Sus pensamientos vagaban y nunca advirtió los pasos que se acercaban tras ella. Un perfume peculiar, uno que le perturbaba los pensamientos, se hizo presente.

—Philip, no sabía que estabas aquí. No te escuché entrar —Se sorprendió al verlo y su corazón comenzó a galopar; eso no era latir normalmente.

—¿Qué hago aquí un día no laboral, no es cierto? No quería dejarte sola hoy, con tantos fantasmas que andan dando vueltas en estos muros... —Philip recorría el techo con su mirada y se perdía en las decoraciones. A pesar de haber permanecido toda su vida en Edimburgo y trabajar todos los días en el Parlamento que se encontraba justo enfrente, jamás había entrado al palacio.

—Cierto, casi me olvido de eso. No voy a estar sola. Hay sirvientes en el sector de cocina, y mañana llegan los que he seleccionado especialmente, además de la guardia. En verdad, no sé para qué necesito tanto servicio, ¿como si vivieran tantas personas aquí!

—Conozco pocas personas que se quejarían de eso. Eres especial. Tienes que entender que desde ahora eres la persona más importante de Escocia, así que lo mereces. Tendrás que acostumbrarte a que las cosas son así, mucha pompa y exageración, ¿no? —Rieron—. Mary, en verdad, he venido a terminar de resolver asuntos laborales. Supuse que hoy ibas a querer descansar y no movilizarte, por eso me acerqué —La excusa de Philip era tan absurda que ni siquiera su tono sonó convincente.

—Me parece muy considerado de tu parte, aunque debo decirte que no siento cansancio alguno. Mágicamente tengo una energía que ni yo sé de dónde me ha salido —Sus latidos comenzaron a serenarse, y el nerviosismo que su estómago experimentaba siempre en su presencia se relajó. Philip también se mostraba distendido. Era la primera vez que Mary lo veía sin su traje y su pelo tirado hacia atrás. Había dejado un jopo desordenado sobre la frente, que por cierto lucía jodidamente sexy—. Ya que te has tomado la molestia de venir, y mencionaste a los fantasmas, ¿qué te parece si hacemos una visita a las torres “más habitadas”? Yo no creo en fantasmas, pero debo confesar que no me animo a ir sola.

—A la torre de la reina Mary, querrás decir. Tu tatarata tatarata, ¿cuánto?

—Ni yo lo sé. A esa misma. Donde dicen que en el suelo brota la sangre de David Rizzio, su secretario italiano asesinado. ¿Te animas? —Mary se mostraba más risueña que nunca. Luego de comportarse rígida como su investidura lo exigía durante el día, relajarse y ser tan solo una chica haciendo travesuras por los pasillos de un palacio la incentivó.

Philip no pudo negarse, ¿qué hubiera esgrimido?, ¿que tenía miedo a los fantasmas? De ninguna manera. Aunque en verdad les tenía respeto. Su madre le había asegurado que, de chica, cuando visitó el palacio en un recorrido escolar, tuvo una experiencia espeluznante. Solo de volver a relatarla, un frío gélido le recorría la sangre, como si la presencia fantasmal soplara en su nuca.

Llegaron hasta el sector que los llevaría al apartamento donde vivió la emblemática reina de los escoceses. La escalera que debían subir para acceder a la torre donde se ubicaba su recámara era oscura y estrecha. Mary Jane imaginó que la escalera que subiera a los aposentos de una reina debería ser grande, luminosa, llena de tapices y cuadros hermosos. Ésta, en cambio, parecía la de un calabozo.

Mary Jane sabía cada una de las historias del palacio a través de Allison. Mientras subieron los escalones, ella le relataba a Philip de manera elocuente detalles curiosos que no muchos sabían.

—El pobre de Rizzio no es el único espíritu que deambula. Hay quienes aseguran ver a Lord Darnley, el segundo esposo de la reina Mary. También a una mujer asesinada por ser acusada de brujería, y un par más. ¡Chicos, si nos están escuchando, venimos en son de paz! —Gritó Mary, y continuó—. ¡Ahh! Y también...

—No otro fantasma no por favor. Con tres ya estamos completos.

—No, te iba a decir que en este palacio se refugiaron los miembros de la familia real francesa en su exilio tras la Revolución Francesa. No se convirtieron en fantasmas al parecer, tranquilo.

—Toda una sabionda resultó Su Majestad.

—“Especialista en fantasmas”. Podría agregarlo a mi currículum.

—Por si algún día te falta trabajo, ¿eh?

—Nunca se sabe... —Rieron.

Luego de la escalera, la famosa recámara se hizo presente. La cama les pareció diminuta. En silencio contemplaban el lugar. Mary sentía una energía especial y no se atrevía a confesarlo.

Escucharon sonidos que los alarmaron; no podían determinar si eran pasos, algún pequeño animal, o simplemente ruidos que provenían de afuera.

—¿Sentiste eso, Mary? —La frenó del brazo y le habló en susurros.

—Es el crujir de la madera. No sabía que el Sr. Craig, que podía sentarse enfrente de la persona más poderosa del mundo a negociar lo que fuera sin que le temblara ni la pupila, se asustaba con los simples ruidos de la madera.

—Qué chistosa y superada estás hoy... quise decir, que está hoy Su Majestad.

—Es que encontrarte debilidades es realmente una novedad—. La conversación parecía una lucha por realizar los comentarios más filosos. —En verdad, los objetos que nos rodean tienen más de quinientos años de antigüedad. Es normal que generen sonidos. Además, el palacio está tan vacío, que cualquier pequeño sonido se magnifica.

La sala contigua al dormitorio albergaba una muestra de objetos pertenecientes a la legendaria reina de los escoceses. Allí se exhibían reliquias y objetos trascendentes de su vida. Un pequeño oratorio, cartas escritas de puño y letra por Mary, bordados realizados por ella, un

mechón de su cabello, y una joya en forma de corazón tan llamativa como tenebrosa. Esta última había sido el regalo de boda de su suegra, la madre de Lord Darnley. El medallón reunía mensajes enigmáticos tanto por las inscripciones como por la simbología, donde las referencias a la muerte generaban escalofríos.

Mientras recorrían cada uno de los rincones de la torre norte intercaban bromas, historias del palacio, y se asombraban con las cosas que encontraban.

Al terminar con la guía turística de terror, Mary quiso mostrarle el sector donde viviría. A medida que caminaban, Mary Jane le indicaba a Philip que imaginara una pared de tal color, tal tapiz como otro, y cuadros de un pintor que él nunca había escuchado en su vida. Ni por asomo lo había escuchado, pero simulaba estar de acuerdo con todo lo que ella decía porque se la veía tan ilusionada que no quería quitarle ese entusiasmo siendo un completo analfabeto del arte. Y la ilusión le quedaba tan linda, tan linda...

—Philip, ¿me estás escuchando?

—Sí, por supuesto.

—Te decía. Ésta sala va a ser mi escritorio. Y por esa puerta se conecta a mi habitación — Mary abrió la ventana con intención de ventilar un poco. La luz que entraba era escasa; ya estaba anocheciendo. Al instante se dio cuenta de lo mala que fue su idea. Una ráfaga de viento entró con fuerza y cerró de un golpe seco la puerta de entrada del escritorio, haciendo caer la manija hacia el otro lado.

—Se rompió la puerta —Sentenció Mary.

—¿Cómo que se rompió la puerta?

—La manija cayó del lado de afuera, Philip.

—No puede ser. ¿No dijiste que el escritorio se comunicaba con tu habitación? Salgamos por allí entonces.

—Buena idea —Se dirigieron a la habitación de Mary, pero por desgracia la puerta que daba al pasillo por el cual podrían salir, estaba cerrada también—. Me parece que no vamos a tener suerte.

—¿Y si la derribamos?

—¿Te parece que vamos a poder derribar semejante puerta que tiene tres veces nuestro tamaño y peso?

—¿Y por la ventana? —Dijo Philip.

—¿Por la ventana qué? ¿No pretenderás que saltemos? Estamos en el tercer piso, nos haríamos puré.

—Claro que no, pero podemos gritar hasta que alguien nos vea.

—La ventana da a un sitio del parque donde hoy no hay guardias, y no sé si recuerdas que hasta mañana estamos con personal reducido.

—¿Cómo puede ser que la habitación de la reina no tenga vigilancia extrema? ¡Qué semejante disparate! —Gritó enojado.

—¡No me grites, yo no tengo la culpa! ¿Por qué no llamas a alguien que nos ayude y nos sacan en dos minutos, y listo, asunto solucionado?

—¿Y por qué no llamas tú?

—Porque estoy en mi casa, no tengo ni la cartera colgada ni el mismísimo móvil por cada lugar al que camino.

—¡¡Maldición!! El mío lo dejé en el coche...

—Estamos encerrados.

—¡¡Pero qué novedad!! Vamos a tener que pasar toda la noche aquí encerrados hasta que alguien note nuestra puta ausencia en la mañana. —Philip tuvo contener la furia de no estrellar algún objeto contra la pared.

—¿Puedes dejar de decir groserías y levantar el tono de voz, como si yo tuviera la culpa de todo?!

—¡Tú también estás gritando! —No podían explicar cómo de la tensión y los gritos pasaron en un segundo a reírse a carcajadas como dos borrachos. Terminaron sentados en el piso, con las lágrimas rodando por sus mejillas de tanto reírse y el abdomen acalabrado—. Somos dos estúpidos.

—Habla por ti, yo soy una sabionda... —Philip se levantó primero, y la tomó del brazo para darle el impulso a levantarse. Quedaron frente a frente, a pocos centímetros el uno del otro. El silencio era tan fuerte que solo sentían la respiración agitada del otro y el compás de los latidos—. Reírte te hizo bien, se te borró esa arruga que se te hace en el entrecejo. Siempre estás preocupado, “desactivador de bombas” ... —Mary le corrió un mechón desordenado que caía sobre su frente, y ese contacto hizo que Philip tragara con dificultad.

—Tú eres una bomba —Philip humedeció sus labios con la lengua y se acercó un poco más a la boca de Mary. Frenó y la miró a los ojos. Por fin tuvo el valor para continuar con el beso que hacía meses deseaba darle. Un beso que en sueños había practicado una y otra vez. Sus bocas se enredaron. Philip la tomó de la cintura para apretarla a él. Quería amoldarla a su cuerpo y sentirla. Mary se colgó de la nuca de Philip. Estaban agitados y hambrientos el uno del otro. Philip soltó una de las manos que posaba en la cintura, para acariciarla por debajo de la espalda, justo donde comenzaba la curva más linda que tenía su cuerpo, y descendió.

—Mary por Dios... —Dijo Philip con la voz ronca y entrecortada. Ya era tarde para dejar de besarla, no tenía valor para despegarse de ella. Tomó un almohadón del sillón y lo colocó sobre la alfombra. La volteó para poder desprender el cierre del vestido. Cuando logró quitárselo, Mary Jane se arrodilló y Philip comenzó a desprender su cinto.

—Déjame ayudarte. —Mary Jane le desprendió el cinturón, y esos simples roces de sus

manos en la zona sensible, hicieron que Philip echara su cabeza hacia atrás. Dudó si podría contenerse hasta estar dentro de ella. La desesperación de sus cuerpos hacía delatar que era mucho el tiempo que se habían deseado. No les importó la incomodidad del piso, ni qué tanto crujían las viejas tablas de madera sobre las que yacían. Además de su boca, que era fina y delicada, Philip se obsesionó con el cuello blanco aterciopelado de Mary Jane: no paraba de besarlo salvo por los instantes en que se corría para mirarla.

Philip se movía arriba de ella. El cuerpo de Mary Jane respondía a todas sus exigencias, como si ya no le perteneciera. Mary entrelazó sus piernas a las de él y las presionó en dirección a sus caderas, en un intento desesperado por hundirse más. Se sentía en el paraíso. Philip no pudo contenerse y, al tiempo que intensificó las embestidas, pronunció su nombre con la voz quebrada, como si se tratara de una súplica. Sus cuerpos quedaron laxos, pero tan llenos de energía que podían sentir el curso de la sangre presionar cada tejido de la piel.

—¿Te estoy aplastando?

—Quédate así. Por favor, no te muevas —Dijo Mary con los ojos aún cerrados. Philip asintió y comenzó a darle pequeños besos en las comisuras de los labios, luego en el cuello, y siguió hasta bajar por el comienzo de sus pechos. Mary Jane suspiraba, mientras su pecho subía y bajaba lentamente. Philip continuó bajando. Se detuvo en sus costillas, y comenzó a dibujarlas con su dedo índice. Le besó delicadamente la depresión que generaba su abdomen.

—Eres tan hermosa Mary Jane... —Ella le dedicó una sonrisa tímida. Philip se incorporó para quedar de lado a ella, le corrió el mechón enrulado que posaba sobre su rostro y la besó por enésima vez.

—Ahora sí te veo más relajado. ¡Lo que tengo que hacer para olvidas el encierro! — Mary se sentía más cómoda con la comedia que con la faceta de mujer fatal.

—Así que todo esto fue pura terapia...

—¡Por supuesto! —Rieron mirándose a los ojos. La mirada azul de Mary destellaba luz.

Ya era de noche. La temperatura corporal iba bajando, y el frío que entraba por la ventana comenzaba a hacerlos tiritar.

—Vamos a la cama. Por el frío... —Aclaró Mary, luego de la mirada divertida que Philip le lanzó.

Por desgracia, lo único que podían ingerir era agua. No había nada más en la habitación que pudieran beber o comer. Pasaron el rato hablando, recostados sobre la cama y envueltos en el acolchado. Mary le contaba con entusiasmo todos los planes que tenía en mente para festejar el comienzo de su reinado.

—Voy a relanzar los Juegos de las Highlands. Quiero que sea el evento nacional, y estar presente. Deseo recorrer cada uno de los rincones de mi maravilloso país, y sobre todo quiero estar al tanto de las necesidades de la gente. Que me sientan cercana, y que sepan que pueden

contar conmigo —Philip la escuchaba embelesado. Ni por asombro, cuando comenzó con la utopía de la independencia, había soñado con la aventura de descubrir el amor. Porque él nunca había sentido amor de verdad, ese por el cual se podía ser feliz al ver la felicidad del ser amado.

Mary Jane se envolvió en la sábana y bajó de la cama para ir al baño. Notó que allí hacía más frío que en la habitación, y anotó mentalmente que haría colocar calefacción. No había cosa que detestara más que morir de frío cuando salía de bañarse. Cuando se destinó a lavarse las manos, observó que sobre el mármol del *toilette* se hallaba un dije en forma de corazón, trabajado con incrustaciones de piedras de colores. Lo tomó y se dirigió a la habitación a preguntarle a Philip si él lo había puesto en ese lugar. Seguro quería hacerle una broma.

—Philip, ¿tú sacaste esto de la habitación de la torre? —Mary se refería a la pieza de joyería que pertenecía a la legendaria reina Mary, que habían visto horas antes cuando hicieron la visita tenebrosa en la torre. Philip iba a contestarle, cuando sintieron ruidos que provenían del pasillo. A Mary Jane se le erizó la piel.

—Yo voy a ver —Dijo Philip. Mary quedó inmobilizada hasta escuchar los gritos de Philip —: ¡Mary!, parece que alguien vino a nuestro rescate —Corrió hacia ella—. Vístete rápido, el Sr. Bruce, tu cocinero, se llegó hasta aquí porque no bajabas a cenar, y ahora se encuentra arreglando la puerta. No va a tardar mucho en abrirla, así que vamos, ponte el vestido.

—¡Qué alivio! Esto de que la gente esté pendiente de mis necesidades... Tendré que acostumbrarme.

El cocinero pasó al recinto del escritorio y Mary Jane le agradeció el rescate.

—No sabes lo agradecidos que estamos contigo. Ya nos habíamos hecho a la idea que no íbamos a comer hasta mañana y si es que descubrían dónde estábamos —Rieron los tres. Bruce posó la mirada en dirección a su cuello y Mary Jane intuyó que miraba el tatuaje violáceo que marcaba su piel. Intentó disimular corriendo su cabellera hacia un costado, para tapar lo que Philip le había hecho. ¡Qué vergüenza! Se puso roja y posó la mirada en el piso.

—Los espero en el comedor principal —Dijo Bruce y se retiró.

—Nos descubrió —Dijo Mary.

—Sí, nos encontró. Qué bueno, ¿no?

—Que descubrió lo que hicimos —Philip no la seguía—. Me miró directo al moretón que me hiciste. ¿Por qué eres tan bruto?

—Y... ¿Cuál es el problema? —Dijo Philip riendo—. Eres mayor de edad, yo también. Estás en tu hogar, en tu habitación y eres su reina. No entiendo qué te preocupa.

—Deberé acostumbrarme a la falta de intimidad.

—Además, todos dan por descontado que entre nosotros hay algo. A no ser que ahora que Richard volvió, lo prefieras a él...

—¿Eso es una pregunta?... ¿Estás celoso de Richard? — La mirada de Philip no lo negaba

—. ¡Pero eso es un disparate! —No podía decirlo sin reírse.

—Bueno, tampoco un disparate. Convengamos que esa era la idea principal cuando la campaña comenzó.

—Pero creí que no estábamos hablando de la campaña. Pensé que estábamos discutiendo sobre la vida real.

—En verdad, lo decía por las dos cosas.

—Entonces sí que no entiendo tu planteo.

—Richard es apuesto, soltero, y está en una buena posición. Y por lo que he visto te cae muy bien y tienen mucha confianza...

—Sí, y es gay. Menudo detalle obviaste.

—¿Qué? —Philip parecía sorprendido y Mary estaba más desorientada con su reacción—. ¿Cómo que es gay?

—Perdona mi risa, es que la sorprendida soy yo. ¿Cómo puede ser que no conozcas a la persona para la cual trabajas hace tantos años? ¿No se supone que controlas hasta su imagen? Además, ¡es evidente! —Philip se sentó en el sofá, confundido.

—Ahora todo tiene sentido... Pero, ¿cómo nunca me lo dijo? Podría haber confiado en mí.

—Tal vez creyó que era evidente como para andar aclarando. ¿Acaso alguna vez te sentaste y le dijiste, “oye, Richard, quiero confesarte que me gustan las mujeres”? Claro que no, porque es evidente, y nadie tiene por qué contar con quién se acuesta.

—Bien, tengo que procesar toda esta información. Pero antes que nos rescaten estabas por preguntarme algo...

—Ah, sí, que si habías sido tú el que había dejado la joya de la otra Mary en el baño.

—Vamos, que no voy a caer en esa broma.

Mary se hizo la tonta. Philip parecía decir la verdad, pero también sabía perfectamente que ella no había sido. Entonces, ¿quién? Le corrió una cosquilla que le puso la piel de gallina otra vez. Mejor era no seguir indagando, pensó. No todos los misterios tienen que ser resueltos.

Capítulo VIII

“Cuando un hombre ama a una mujer”

Philip desayunaba una buena taza de café, huevos revueltos, una porción de *black pudding*, y dos tostadas untadas con manteca y mermelada de frambuesa casera. Engullía apresurado porque se había quedado dormido. Observaba las noticias del día anterior, información necesaria para su labor en la política... Mentira, lo que estaba mirando no eran portales de noticias serias, sino sitios de espectáculos. La reina Mary Jane I estaba en primera plana de las revistas dedicadas a cubrir la vida de la realeza y los espectáculos. Philip no podía dejar de mirar la seguidilla de fotos de ella saludando a sus simpatizantes mientras salía del hotel hasta llegar a su nuevo hogar en el Palacio de Holyroodhouse.

Había caído en un hechizo. Philip nunca se había enamorado. Nunca había experimentado la magia que provocaba cataratas de sensaciones en su cuerpo y alma. Mary Jane era bella, eso era cierto, pero el mundo estaba lleno de mujeres bellas. Con ella le pasaban cosas diferentes. Deseaba protegerla, le preocupaba que algo malo le pasara, sentía celos si veía que otros hombres captaban su atención, su risa le resultaba terapéutica, se le comprimía el corazón cuando sus inseguridades la inundaban y soñaba con tocarla y besarla todas las noches. Hacía tiempo que experimentaba esas sensaciones; sin embargo, parecían haberse intensificado desde la noche anterior. Hacer el amor con Mary Jane lo había dejado suspendido en el aire; sus pies ya no pisaban la tierra firme, caminaba sobre las nubes.

Cerró los ojos e intentó aclarar la mente para concentrarse en su trabajo. Lo aguardaba una reunión con el padre de Richard, Thomas Murray. El exparlamentario no le había adelantado el motivo de la reunión, solo que la misma era importante y urgente. Él era uno de los fundadores del Partido Azul y Blanco. Se encontraba retirado de la política ya que había delegado el espacio a su hijo, aunque su interés por ella nunca había desaparecido.

Thomas transmitía todo en su semblante. Philip no entendía por qué no estaba exultante. Él más que nadie debería rebotar de alegría con el éxito del referéndum. La independencia había sido el lema del Partido Azul y Blanco desde sus comienzos.

—Mi hijo se baja de la próxima candidatura. Es definitivo —A Philip no le resultaba novedoso; él sabía perfectamente que la política no era la vocación por excelencia de Richard. Nadie más que él sabía lo que era luchar con su falta de compromiso—. Me ha decepcionado en todos los sentidos y ahora yo soy el que no quiere que ocupe ese escaño por el que tan duro

trabajé toda mi vida. He tenido una charla muy cruda con él y me ha reprochado todos los males de su vida, entre otras cosas. Y no deseo que su nombre siga ocupando un lugar en el Parlamento. Es una deshonra.

—Thomas, pido tus disculpas de ante mano por lo que voy a decirte; sé que me pasaré de la raya. No existe la obligación de tener los mismos gustos que los padres, no puedes ser tan duro con él. Richard es una excelente persona y merece ser feliz. ¿No piensas el sufrimiento al que se sometió todos estos años por intentar encajar?

—¿Sufrimiento? ¡Por favor! ¿Quién hubiera desperdiciado todo lo que a él le di en bandeja? Solo un tonto...

—Insisto, ¿no se puso a pensar que tal vez las cosas son valiosas o no en virtud de los intereses que cada uno tiene? Querer otra cosa no lo hace mejor ni peor que nadie. Richard formó parte de uno de los bufetes de abogados más importantes de Chicago, se ha recibido con honores en la Universidad de Harvard. Es un buen hombre, respetable y honesto. Tal vez, éste no era su destino.

—Cualquier escocés sentiría orgullo de pertenecer a la familia en la que le ha tocado nacer. En cambio él viene a decirme que no se siente “cómodo” viviendo aquí, que éste no es su lugar. ¡Qué disparate!

—Puede que él no se sienta con la libertad suficiente de mostrarse tal cual es aquí, y todos tenemos derecho a encontrar la felicidad de la manera que nos plazca... —Thomas y Philip se mantuvieron la mirada. No hizo falta que le aclarara que conocía las preferencias de su hijo; lo callaron sabiendo que los dos hablaban de lo mismo.

—Pasemos a otro tema, no solo venía a hablarte de mi hijo. Lo que en verdad deseaba era proponerte algo que mereces. No es el momento para que el partido quede sin referencia. Se avecina la campaña para las próximas elecciones del Parlamento, y con los resultados del referéndum, siento que tenemos la oportunidad histórica de tener un Primer Ministro Azul y Blanco —Philip estaba seguro que iba a proponerle que preparase la campaña del próximo candidato. No veía la hora de saber a quién había apuntado, tenía sus apuestas y si su olfato no fallaba sería... —Quiero, y ruego que aceptes el desafío, de encabezar la lista de candidatos al Parlamento.

—¡¿Qué?! Me siento honrado hasta los huesos por la propuesta, pero me encuentro sorprendido por completo. Yo amo lo que hago, y usted es testigo de que dejo mi vida en mi trabajo, pero yo siempre estoy detrás del candidato. No sabría cómo pasar al frente.

—Cada una de las jugadas que han hecho jaque mate fueron de tu autoría. Philip, yo he construido este Partido, pero el que lo ha llevado a otro nivel eres tú. ¡Pero si hasta has devuelto el trono a los Estuardo! Dios... Eso fue de otra categoría. No puedes decirme que no estás capacitado para eso y bla, bla, bla.

—Me llena de satisfacción su propuesta. No sé qué decir.

—Decir que sí. Es así de sencillo.

—Bueno, si usted está seguro de que haría un buen papel...

—Absolutamente. Gracias Philip, gracias. El Partido es como otro hijo para mí. Los Azules y Blancos estamos en deuda contigo. Bien, basta de sentimentalismos, a trabajar duro que mañana mismo quiero que anuncies tu candidatura. No hay más tiempo que perder.

Un auto y una camioneta, irrumpieron la tranquilidad que reinaba en la mañana del palacio. Alexander Barclay traía consigo toda la colección que Mary Jane necesitaba para llenar su armario de reina. Mary había seleccionado a Alex como su diseñador de cabecera.

Margaret también se había hecho presente, ya que Mary Jane únicamente se sentía segura si ella supervisaba que todo estuviera acorde a las circunstancias. Abundaban los sacos en tonalidades azules, verdes y crema. Tampoco faltaban decenas de combinaciones en diferentes tartanes, para el momento en que visitara a los descendientes de los diferentes clanes. El diseño más presente era el tartán de los Estuardo: rojo, verde y blanco. Los vestidos eran uno más lindo que otro, y los de gala se llevaban todos los aplausos.

—Va a costarme muy poco sentirme una princesa llevando estos vestidos. No veo la hora de tener la ocasión de usarlos.

—En breve, Mary. Tenemos que organizar con urgencia la coronación —Acotó Margaret, que había asumido el puesto de Directora de Protocolo Real.

—Tengo entendido que es uno de los temas que vamos a dialogar en la reunión con el Primer Ministro.

—Me alegro de que las cosas tomen su cauce.

Mary Jane pasó todo el día tildando las tareas de su agenda y solo tuvo un momento de distracción cuando llegó un mensaje de Philip. Sintió que le ardían las manos cuando lo leyó. Él quería verla. Mary tenía un atisbo de duda. Tenía miedo de que a lo que había sucedido entre ellos él ya lo hubiera olvidado. Con la inseguridad que la caracterizaba, preguntó cuál era el motivo de la visita. Él solo aclaró que no quería hablar de trabajo. Quedaron en que el lugar de encuentro sería el palacio.

Philip

—Por favor, esta vez chequea los picaportes, que si no tendré que buscar la forma de entretenerte en tu alcoba otra vez.

Mary Jane

—Me estás dando motivos para romperlos a todos —Tecleó y borró varias veces antes de enviar. Qué más daba, no tenía por qué esconder sus sentimientos—. Ven a cenar, se me hace demasiado larga la mesa para mí sola.

Philip

—Me parece un buen motivo. Prometo ser el mejor relleno de todo el palacio.

Mary Jane

—¡Tonto! Te espero a las 19 h, y vente de gala.

Philip

—¡Lo había olvidado! Por supuesto Su Majestad, ahí estaré. Mi especialidad es el servicio a la Corona.

Mary reía sola, mientras miraba la pequeña pantalla de su móvil. Había olvidado que no estaba sola. Si por ella fuera, podría haber seguido con la conversación por horas. El artista que iba a retratarla había arribado y se encontraba ansioso por empezar su obra.

Siendo un novel estudiante de arte, Nicholas Hamilton no llegaba a dimensionar que el trabajo que haría retratando a la reina quedaría en la historia. Era un privilegio y un honor ser elegido para la noble tarea. Mary Jane se sintió a gusto con él, y eso era bueno ya que serían varias las sesiones que compartirían hasta llegar a la imagen deseada. Antes de comenzar le ofreció una recorrida por el palacio.

Como en todo palacio, abundaban las obras de arte. Se detuvieron un buen rato en la Gran Galería, el salón más largo de todo el edificio. Colgaban sobre sus paredes numerosos retratos de reyes, reinas y legendarios de Escocia. Una vez terminado el retrato de Mary Jane, sería otro de los tantos que se exponían en la Gran Sala. Su rostro, su mirada, su esencia, quedarían immortalizados en un lienzo por la eternidad.

Mary había pedido que la mesa se sirviera de modo protocolar. No deseaba que saltaran ningún plato ni detalle. Sería una sorpresa para una noche especial con Philip. La ocasión ameritaba estrenar el primer vestido de su colección. Debía admitir que ciertas partes de sus obligaciones podían ser muy divertidas. Jamás hubiera imaginado tener que lucir de fiesta para cenar en su propio hogar. Pero como Margaret le repetía hasta el hartazgo “*no solo tienes que serlo, sino parecerlo*”. Nadie podía negar que un vestido de alta costura ayudaba bastante a creerse el papel. Solo esperaba que Philip hubiera tomado su indicación seriamente, o de lo contrario se sentiría ridícula. Si él no venía de gala, serían como la dama y el vagabundo.

El comedor principal era una de las salas que más le gustaba del palacio. La mesa era

infinita. No tenía idea de cuándo podría llenarla de comensales. Su decoración sobria y luminosa daba sensación de hogar. Cuando vivía en Múnich no había encontrado un lugar así en todo el Palacio de Nymphenburg. El palacio alemán ostentaba decoración barroca en exceso, casi de manera empalagosa. Holyroodhouse, en cambio, era más al estilo de Mary. Podía sentirse en su hogar. Le gustaba tal como estaba, con sus paredes en verde pastel y blanco. Lo único que cambió de lugar fue el retrato que encabezaba el salón por el de su antepasado Mary Estuardo. La imagen de ella le transmitía una energía especial, tanto que a veces la asustaba.

Sus piernas temblaron cuando una de sus mucamas anunció la llegada del Sr. Craig al palacio. Aún no memorizaba el nombre de todos sus empleados, y se odiaba por eso.

—¿Cómo te llamas?

—¿Me habla a mí, Majestad?

—¿Ves a alguien más aquí? Anda, relájate que tenemos la misma edad.

—Lucy, Majestad —Dijo temerosa. La sonrisa que Mary le dirigió no logró relajar su rictus.

—Bien Lucy, ven. Necesito que seas sincera conmigo —La tomó de las manos—. Sé que vas a decir “sí, Su Majestad”. Pero en este momento no necesito que me endulces el oído, solo sé honesta. ¿Cómo me veo?

—¿Cómo se ve? Como una reina.

—¿Y de chica a chica?

—Si lo que quiere saber es si le va a agradar a su visita... —Lucy entendió por dónde iba la preocupación de Mary—. Si ese hombre no cae rendido ante sus pies, definitivamente es un tonto, se lo aseguro.

—¡Lucy no sabes cuánto te agradezco! Ahora sí, hazlo pasar —Guiñó un ojo y Lucy sonrió.

Las manos le transpiraban, como si fuera la primera vez que lo vería. Se justificó pensando que no era lo mismo que antes. Ahora se conocían de otra manera y que estuviera esa noche ahí significaba que no venía en plan laboral.

Philip se veía vanidoso en su smoking negro. El moño que llevaba hizo suspirar a Mary. Estaba confeccionado en el tartán de los Estuardo.

Ella también lo sorprendió con su vestido. Pocas veces Philip prestaba atención al vestido de una mujer. Sin embargo, lo que le quitó el aliento fue su pelo suelto con ondas naturales y los labios rojos y aterciopelados, como el pétalo de una rosa. Quería esa boca cerca de él.

—¿Toda esta comida es para nosotros dos?

—Me parece que han exagerado un poco, ¿no?

—Tal vez conocen mi apetito —Philip recorría cada bocado con la mirada—. ¿Su Majestad permitió champagne sobre la mesa? No quiero que después se excuse por perder la memoria...

—Prometo solemnemente hacerme cargo de las consecuencias. Aunque debo confesar que

después de la otra noche juré no probar alcohol nunca más.

—¡Menuda borrachera!

—Basta, ¿qué estás recordando? —Philip no paraba de reír, tanto que temía escupir cada sorbo que intentaba ingerir.

—Estabas muy graciosa esa noche —Mary se tapó la cara con la servilleta.

—¡Qué vergüenza, por Dios! No quiero ni pensar las ridiculeces que debo haber dicho o hecho...

—En ese momento no pensé nada de eso. Estaba demasiado preocupado por sacarte de ahí sin que nadie te viera —Philip obvió contarle que esa noche también había sufrido un momento tenso cuando echó a Meredith de sus aposentos, e incluso de su trabajo, y que luego cuando volvió con Mary Jane descompuesta, su mayor preocupación fue que Meredith siguiera en la habitación.

Dos sirvientes irrumpieron en el salón para recambiar las velas de los candelabros que estaban a punto de terminarse. Fueron tan sigilosos que no hicieron ruido ni siquiera cuando manipularon los adornos de plata.

—¿Desea algo más, Su Majestad? —Mary miró a Philip y el negó con la cabeza.

—No, gracias —Cuando los sirvientes quedaron de espaldas, Philip le susurró algo a Mary—. Ah, y por favor, pueden retirarse ya. No necesitamos que vuelvan —Mary lo miró desorientada; no entendía el pedido de Philip. Ni bien estuvieron solos siguió:

—Me pone incómodo que estén entrando a cada rato tan rígidos, parecen robots... Me recuerda a las cenas con mis abuelos. Ellos eran muy estrictos con los modales a la hora de comer.

—Claro, hubieras preferido una cita en un *pub* —Dijo Mary con tono de decepción. Una de las desventajas de la posición en la que estaba era que nunca más iba a poder hacer las cosas que una chica de su edad hacía. Salir a un *pub* en busca de cerveza, ni en sus sueños. Salvo que se tratara de una visita protocolar como reina, con guardaespaldas, en donde tendría que saludar a todo el mundo sosteniendo una sonrisa y con mil cámaras a su alrededor. Philip se arrepintió de haber mencionado el tema y quiso arreglarlo.

—Tampoco es para quejarse tanto. ¿Quién tiene una cita en semejante palacio? —Logró sacarle una sonrisa—. A esta cita le falta música.

—Lamento desilusionarte, pero al parecer mis antepasados no diseñaron un sistema de sonido. A no ser que sepas tocar el piano... —Señalando el piano de cola que decoraba uno de los rincones de la sala.

—Paso. ¿Ni un pequeño equipo musical?

—Nada, pero podría agregarlo a la lista de compras. Puedo ofrecerte algo mucho más modesto por hoy: mi móvil. Si subimos el volumen al máximo puede escucharse bastante bien. ¿Bailamos?

Philip torció la boca. —Bailo pésimo —Mary juntó las manos en una súplica—. Está bien, voy a dejar que te rías de mí un rato.

Mary seleccionó una *playlist* armada para citas románticas, apagó las luces y dejó que la sala se iluminase solo con la luz de las velas para darle ánimo a Philip. Las primeras canciones requerían un poco más de destreza, una habilidad que Philip no tenía.

—Parece que tu experiencia en *pubs* solo incluía cerveza. ¡Ya me has pisado tanto que temo tener que descartar este par de zapatos!

Con los lentos todo mejoró. Era el tipo de música ideal para el que no sabía bailar. *When a man loves a woman* comenzó a sonar, y la melodía los sedujo como un manto hipnótico. Él la apretó contra su pecho, y Mary apoyó la cabeza sobre su hombro. Cerró los ojos. Philip recorría suavemente su espalda con la mano derecha, mientras se movían en pequeños pasos de lado a lado. Tomó de su mentón para dirigirla a su mirada. Acercó sus labios a los de ella y comenzó a besarla despacio, como si tuviera que cuidar algo demasiado delicado. Mary Jane entrelazó sus manos sobre la nuca de Philip y elevó sus empeines para llegar más cerca de su boca. Philip emitió un sonido gutural y, en un esfuerzo por sentirla más cerca, la alzó. Los besos ya no eran suaves, ni se limitaban a los labios. Sus respiraciones se entrecortaban al ritmo de sus palpitaciones.

—Por el bien de tu reputación, Mary Jane, vayamos a tu habitación —Si por Philip fuera, le hubiera hecho el amor en ese mismo salón. Ambos sabían que el riesgo de ser descubiertos por accidente era muy alto.

Se dirigieron directo al sector de las escaleras que los llevaban a la habitación. El problema era que el cuarto de Mary Jane se encontraba dos pisos más arriba. Cuando comenzaron a subir, caminaban uno detrás de otro. Philip la rodeaba con sus brazos y de paso en paso se frenaba para besarle el cuello. El romanticismo duró poco: trastabillaron y casi caen por las escaleras.

—Apunta en la lista de cosas por comprar, además del sistema de sonido, un ascensor por favor. Esta escalera conspira contra todo tipo de urgencias.

—Son los riesgos de salir con una reina. Tienes que hacer una procesión hasta para ir a la cama.

—Vamos a hacer que valga la pena tanta procesión, eh —La alzó del modo en que los recién casados lo hacen para entrar a la alcoba.

—No quiero ser la causante de una lesión en tu espalda.

—Tranquila, pesas lo que una pluma —Al cabo de subir un piso ya no pensaba lo mismo, pero confesarlo hubiera sido poco caballero.

Al pisar el último escalón y encontrarse en suelo firme, apuraron la marcha. El pasillo de alfombra roja albergaba innumerables puertas. Solo una era la indicada. Philip miró a sus

costados para cerciorarse de estar a solas, la tomó por la cintura y la colocó sobre la puerta. Tomó de sus brazos y los pegó a la pared para inmovilizarla. La paciencia se había terminado. Comenzaron a besarse con prisa, como si el tiempo pudiera acabarse.

—Entremos...

Philip se deshizo de su moño. Abrió los primeros botones de su camisa y luego siguió con Mary. La ayudó con el cierre de su vestido, que iba desde la nuca hasta el final de su columna. Dejó caer la pechera del vestido sobre la falda y se detuvo. Dos mechones de su cabello caían a los costados, dejando entrever sus pezones. Philip tomó el cabello y lo tiró hacia atrás. Con el dedo índice acarició su curvatura. Mary Jane cerró los ojos mientras todo su cuerpo se estremecía.

—Amo este lunar —Philip besó el lunar que Mary Jane tenía en la mandíbula—. Y este más grande. Y cada una de las pecas que tienes sobre la nariz —. También se las besó. Y mientras lo hacía, contenía sus pechos con las manos—. No sé qué hubiera hecho si no te fijabas en mí, si algún día no te besaba en algún lugar que no fuera en mis sueños.

—Me ponías tan nerviosa, Philip —Confesó Mary—. Llegué a creer que estabas arrepentido de haberme llamado aquel día de noviembre que nunca olvidaré.

Philip la tomó del mentón. —¿No te dabas cuenta de cómo me temblaban las manos cuando te tocaba? —Mary negó con la cabeza—. Entonces estabas ciega —Terminó por sacarle el vestido—. No sabes qué largo se me hizo el día esperando volver a verte.

—Eterno... — Cuando hablaba la piel, las palabras sobraban. Se besaron suavemente, cada rincón. Lento y sin prisas. Tenían toda la noche para dar riendas a la pasión que los devoraba.

Cuando Philip se retiró de ella para voltearse a su lado, Mary sintió que le quitaban algo de su cuerpo, y protestó. Era extraño, nunca había tenido esa sensación. ¿Tenía ganas de llorar? ¿Qué le estaba sucediendo?

—No puedo quedarme aquí eternamente cariño, aunque sea el mejor lugar del mundo para mí.

—¿Realmente lo es?

—Mary, puedes dejar de lado toda esa inseguridad. ¿Es que no te has dado cuenta de que estoy loco por ti? Que me has hecho sentir en el paraíso. Mírame a los ojos. —Philip se volteó boca abajo y elevó su torso apoyándose en los antebrazos. —Me vuelves loco, loco, loco. En este mismo instante patearía todo por ti. Mi carrera, todo lo que en algún momento me importaba está nublado por esto que me haces sentir —Mary Jane sonreía al tiempo que se sonrojaba—. Solo tú puedes sonrojarte después de haber llenado estas paredes de gemidos.

—Philip, yo no sé dónde nos lleva esto. Solo puedo decirte que desde que te conocí no puedo dejar de pensar en ti. Y desde que hemos hecho el amor mi cuerpo ya no me pertenece. No quiero que te vayas esta noche. Quiero que duermas a mi lado y abras mis sueños.

—No me moveré de tu lado si me lo pides. Soy el hombre más feliz del mundo por compartir tu cama en todos los sentidos. Te amo... —Mary Jane guardaría ese instante para siempre en su memoria, la primera vez que Philip le había confesado que estaba completamente enamorado de ella.

—Yo también lo amo, Sr. Craig.

Capítulo IX

“Buen día. Y adiós”

¿Podía alguien despertarse exactamente en la misma posición en la que se durmió? Solo si el sueño era tan arrollador, y la posición tan placentera que el cuerpo no necesitara acomodarse. En los brazos de Philip, Mary Jane se sentía en las nubes.

Cuando Philip se despertó, ella llevaba varios minutos con los ojos abiertos. Permanecía inmóvil, disfrutando de esos instantes de paz. Deseaba que ese momento fuera eterno, que nada lo empañara, ni siquiera algo tan rutinario y necesario como levantarse a desayunar.

—Buen día, preciosa... —Dijo Philip con la voz opacada por la mañana — ¿Será posible que mandemos la agenda al demonio? Quiero quedarme en la cama todo el día.

—Temo que no será posible —Mary Jane se dio vuelta para estamparle un beso de buen día —. Estuve meditando lo mismo desde que desperté. Pero no, por lo menos de mi parte no es posible. Tengo demasiadas citas hoy, y reprogramarlas solo me daría mayores dolores de cabeza. Margaret debe estar esperándome abajo para dirigirnos al hospital que mi fundación apadrinará.

—Entonces no tiene sentido quedarme en tu cama solo. Tendré que salir a enfrentar la vida. Debería ser pecado levantarse tan temprano...Y despegarse de esta cosita tan linda. —Philip la atrajo, haciéndole cosquillas. Mary Jane estalló en carcajadas y luego intentó (sin éxito) devolvérselas. Entre risas, quejas, mordiscos y jadeos, Mary Jane terminó encima de Philip. No necesitaban más que mirarse para encender una llama que solo el otro podía apagar. Ella se acercó y le susurró que se quedara quieto. El camisón de seda que llevaba puesto se deslizaba como parte de su piel, incitándolo a perder el control. No llegó a quitárselo, y tampoco hacía falta. La urgencia que experimentaban devoraba el tiempo. Philip se limitó a sentir. Mary Jane se movía a horcajadas de él. Una coreografía que duró pocos minutos, y fueron suficientes para quedar exhaustos.

—Ahora sí, son buenos días —Mary lo besó en la mejilla, y se levantó de la cama.

—Wow. ¿Cómo pretendes que me levante ahora?

—Pensé que necesitabas un impulso de energía.

—Todo lo contrario, me la has agotado mujer.



Margaret había visto el auto de Philip aparcado en la playa de estacionamiento de Holyroodhouse. Tenía que hacerles una observación, aunque debía esperar el momento adecuado y encontrar una forma delicada de hacerlo. Después de todo, si lo callaba no estaba haciendo bien su trabajo.

La reina Mary Jane y su flamante ¿amante?, descendieron juntos a la planta baja. No podían disimular la felicidad que los desbordaba. No tenían nada que ocultar.

Como estaba atrasada, Mary solicitó que llevaran una taza de té a su despacho para poder comenzar la jornada laboral con Margaret lo antes posible. Philip desvió su camino para saludar a Margaret antes de dirigirse al comedor a tomar su desayuno en la mesa, como correspondía. Sonrió y besó su mejilla, pretendiendo seguir con su camino, cuando Margaret luego de torcer su boca y pensárselo un instante, lo frenó.

—Espera Philip. Mary, si me lo permites, me urge hablar un tema con ustedes dos —Mary Jane asintió y Philip también.

Mary los invitó a sentarse en los sillones que estaban en su despacho, frente al escritorio.

—¿Qué es lo que están haciendo? —Margaret no encontraba la forma de ser sutil. Decidió hacerlo de manera directa. A los problemas había que abordarlos sin rodeos, y cuanto antes mejor. Mary Jane miró a Philip tratando de encontrar una respuesta, pero encontró en su gesto el mismo desconcierto que ella sentía. Luego de un silencio, continuó—. Es evidente que están teniendo una relación. Si fueran mis vecinos, me alegraría por ustedes porque los conozco y son adorables. Pero Philip, ahora estás acostándote con una reina. ¿Acaso no sabes las reglas que tienes que seguir, y cómo estás exponiéndola al no hacerlo? La campaña se terminó. A mi entender no están tomando dimensión del lugar en el que están. Philip, no estás saliendo con una chica llamada Mary, ¿estás acostándote con la Corona, con toda la bendita Escocia! —Philip alzó las cejas; él creyó que en su habitación solo habían sido dos—. Debo ser cruda, porque los de afuera lo serán contigo, Mary. Olvídate que eres una persona; desde ahora eres casi un ser divino. Debes ser un ejemplo para la gente, y con esto no digo que haya algo malo en lo que están haciendo, por supuesto. Recuerda que para las personas que tienes ahí fuera, tú eres de otra especie. Y si tus súbditos te ven con alguien, van a pensar que esa persona también forma parte de la familia real, y no puedes presentarle veinte probables reyes porque en un momento van a creer que no tiene nada de especial ocupar ese lugar, y luego van a terminar cuestionando hasta tu corona. ¿Me sigues? —Mary sentía un nudo en la garganta y se esforzaba en mantenerlo anudado. Esperaba que Philip dijera algo. Él se mantenía en un silencio sepulcral y escuchaba con estoicismo.

—Tienes razón, Margaret, actué con imprudencia —Dijo Mary Jane.

—Reconocí el auto de Philip porque conozco su número de placa de memoria, ¿pero creen que solo yo lo hice? La prensa está atenta a cada uno de tus pasos, en especial ahora que eres la novedad. Sin contar que tus sirvientes han sido testigos de todo. Puede que confíes en ellos, pero

nunca puedes fiarte por completo.

Philip continuaba sin emitir una palabra. Parecía noqueado por la realidad, en otro mundo, como si no hubiera recibido ninguna de las hirientes palabras que Margaret decía. Se levantó y sin dar ningún tipo de explicaciones dijo adiós en un tono de ultratumba. Mary Jane lo miró sin entender qué estaba sucediendo. Sintió que su corazón se abollaba como un pedazo de papel mal escrito, que solo serviría para descarte.

¿Cómo había sido tan ciego? ¿Cómo se había dejado llevar por los impulsos? Él, que tanto había deseado protegerla de los demás, se había convertido en la persona que mayor daño podía generarle. Se suponía que él era el experto, el que podía aconsejarla. Desearía volver el tiempo atrás a ese instante donde las cosas se habían salido de su control. ¿Cuándo había sido? ¿Cuando quedaron encerrados en su habitación? ¿Cuando la salvó del ridículo de su borrachera? ¿Cuando fueron cómplices en la negociación del traspaso de los bienes en Inglaterra? ¿Cuando le secó las lágrimas en el baño del restaurant? No. El instante exacto fue el día en que rozó su mano por primera vez. El momento en que una corriente eléctrica pasó por todo su cuerpo. Desde ese día su mirada se esmeraba por esconder sus sentimientos, pero poco a poco fue perdiendo esa batalla interna que no le permitía apartarse de su lado. Desde ese momento, y no después, fue cuando perdió su voluntad.

Philip sentía rabia por su actuar. Tenía que tomar cartas en el asunto y enmendar los errores.

Mary Jane afrontó el día de la mejor manera que pudo. Sentía que toda la buena energía con la que había amanecido se había agotado. Hacía sus deberes en modo automático. No podía detenerse a pensar. Después de enviarle un mensaje a Philip, llamarlo y que él no se dignara a responder ni uno ni otro, decidió dejar su corazón en el palacio y cumplir con los eventos que tenía pautados. Mantenerse ocupada le haría bien, de lo contrario sus pensamientos la atacarían y no había agresión más demoledora que la de su mente.

El cariño de la gente la ayudó a pasar el día. Era la primera vez que visitaba una institución siendo reina. El hospital al que acudió era muy especial, porque allí se hacían tratamientos oncológicos para niños y adolescentes. Hubiera sido desagradecida si se dedicaba a llorar por un desplante de Philip después de ver la desesperación de los padres de esos niños, que aún con el peor pronóstico se esmeraban en recibirla y desearle buenos augurios. Era ella la que debía consolarlos, no al revés.

Mary Jane decidió que sería un lindo gesto invitar a todas las niñas que se encontraban en tratamiento en el hospital a pasar una tarde con ella en el palacio. El plan era un auténtico “té de princesas”. Para los varones prepararía una práctica de equitación con los equinos que tenían en las caballerizas, y que destinaban solo para eventos especiales. Había oído que era terapéutico el contacto con esos animales. Por supuesto que eso solo era la frutilla del postre. La Corona entregaría un aporte económico sustancioso, tanto para el tratamiento como para la investigación de la enfermedad.

Llegó al hospital con el alma lastimada y regresó con un auto repleto de cartas, carteles, dibujos, peluches y flores. Convencida de que le devolvieron mucho más de lo que ella dio y, seguramente, de lo que merecía. Sería un buen plan dedicar el tiempo que restaba del día a leer cada uno de los mensajes; sería emocionante... ¿A quién quería engañar? Usaría esas lágrimas de emoción para mezclarlas con las otras que guardaba desde la mañana.

Philip temblaba como una hoja de papel al viento. Un escalofrío recorría su piel, y aunque hacía frío, su temblor no se debía al clima. No había logrado conciliar el sueño en toda la noche, cosa que complicaban sus nervios.

Se dirigió al palacio sin aviso alguno. Ni siquiera tuvo tiempo para pensar si debía hacerlo. Tampoco imaginó todas las cosas que Mary podría estar pensando de él, luego de dos días sin dar noticias ni contestar un mensaje. Sus funciones se habían reducido a procesar el discurso de Margaret y resolver el problema.

Desempolvó su traje de tartán escocés. Se encontraba en perfectas condiciones, aunque dudaba que le entrara. La última ocasión en que lo usó fue para el casamiento de su hermana, hacía unos... ocho años exactamente. ¡Qué rápido pasaba el tiempo! Parecía tan solo ayer.

Era sábado por la mañana, y Mary Jane no tenía ningún compromiso en su agenda. Por poco había cepillado su cabellera. Solo lo suficiente para desenredar la maraña que le quedaba luego de dormir. Nada de vestidos ni tacones; calzó sus cómodos pantalones azules y un sweater rosado a rombos. Se encontraba en el jardín interno del palacio, sentada en un banco mientras leía un libro. Uno de sus sirvientes le comunicó que el Sr. Philip Craig había arribado y deseaba hablar con ella. Revisó su móvil y, aunque ya lo había mirado mil veces, no encontró mensaje alguno de él. Temió lo peor. El instinto de supervivencia la hizo cubrirse de templanza. Si venía a terminar formalmente con ella, no iba a permitir que viera la tristeza que tenía en los ojos. Pidió que la

esperara en su despacho.

—Su Majestad, el Sr. Craig nos advirtió que usted diría eso, y nos recomendó que insistamos que él la esperaría en las ruinas de la Abadía de Holyrood — ¡Qué descarado! ¿Cómo se atrevía a decirle a ella dónde se encontraría? ¿Qué se creía? ¿Y cómo se atrevía a contradecirla con sus sirvientes? La templanza que creyó lograr fue transformándose en furia, y aumentaba a medida que atravesaba el interminable edificio, hasta llegar a las antiguas ruinas de la abadía que se ubicaban al lado del palacio.

Mary entró por la imaginaria puerta de entrada al templo, ya que ahora solo quedaba la arcada. Philip estaba solo, parado en uno de los extremos donde finalizaba el recorrido de la Abadía: el altar. El verdín que se adhería a las paredes de roca, contrastaban con el color del tartán de Philip. Mary avanzó hasta una distancia prudente y se detuvo. Casi llegaba a sentir el perfume que llevaba, y el aroma de su barba recién afeitada.

—¿Para qué hiciste que venga hasta aquí? —Mary caminó la distancia hasta Philip a paso embravecido.

—Mary, para. Antes que continúes, necesito que me escuches.

—Yo...

—Por favor, Mary Jane, te suplico que te calles. Esto es muy difícil para mí. Necesito que escuches bien lo que voy a decirte —Mary Jane calló. Lo percibió nervioso y notó que su ceño estaba más arrugado que nunca, señal que anunciaba catástrofes —Las palabras que Margaret dijo calaron muy hondo en mí. No sé qué es lo que me hizo actuar del modo en que lo hice estos últimos días. Me siento fuera de control desde que te conocí. Me he pasado de la raya y no medí las consecuencias. Hice cosas que pudieron dañarte y me arrepiento. Cuando se trata de ti, pierdo mi sentido de la ubicación. Y esto no debió empezar como lo hizo —Basta ya, pensaba Mary. Me dejas y punto—. Mary Jane, —Philip se acercó más, y ella empalideció cuando lo vio arrodillarse y sacar una pequeña cajita de su *sporrán*— sé que no ha pasado el tiempo suficiente, pero eso no hace que mi corazón dude respecto a lo que siento, y lo que vine a decirte... ¿Quieres casarte conmigo?

Capítulo X

“Un anillo y un cardo”

—Sarah, ¿qué opinas? ¿Y si pinto mis uñas de rosado? Combinarían con el zafiro...

—No es conveniente. Opino que nada debe quitarle protagonismo al anillo. Aunque eso es imposible, ¿con semejante joya que llevas encima! Un blanco pálido, casi transparente sería lo ideal. Que no se note que llevas las uñas pintadas.

—También quiero usar unos pendientes de mi abuela paterna. Solicité que los recogieran de mi habitación en Nymphenburg. Me informaron que llegan esta tarde y ruego que así sea. Me pongo muy nerviosa que todo se organice con tan poco tiempo... Espero que mañana todo salga perfecto.

—¿Y qué hay de tu atuendo?

—Es un *tailleur* en color *nude*, entallado y a la rodilla. Sencillo, nada llamativo.

—Perfecto. ¿Y Philip?

—A él le pedí que usara su traje de tartán, el mismo que usó para la propuesta. ¡No te imaginas lo bonito que estaba! Casi me derrito...

—En verdad se ha pensado cada detalle.

—¡A él nada se le escapa!

Temprano en la mañana, los medios informaron un importante anuncio proveniente del palacio de la reina. El motivo no se había adelantado, pero muchos aventuraban titulares. Se sabía que el reconocido periodista Robert Tylor se encontraba puertas adentro de Holyroodhouse. Los fotógrafos aguardaban tras las rejas, junto con otros curiosos que se habían acercado.

Meredith había llenado una copa de vino y se había acomodado en el sillón a la espera de las noticias. En verdad, era la segunda copa que llenaba: la primera había sido su desayuno, así que esa no contaba, ¿no?

¿Hasta dónde podía llegar la farsa de la princesita? ¿Y las ínfulas de Philip? Era predecible. ¿Para qué esforzarse en una candidatura política, si podía ser rey? Siempre había sido su plan, ¿cómo no se había dado cuenta? Que la echara como a un perro no había sido su culpa. Ahora entendía todo. Si no hubiera aparecido esa noche en su habitación del hotel, él se las habría arreglado por encontrar otra excusa para deshacerse de ella. Quería borrar todo rastro de su vida

libertina, y ella era un cabo suelto. Ella lo avergonzaba porque no estaba a su nivel. No era decente.

Ahí estaban los dos, “la pareja perfecta”. Le provocaba risa, luego llanto, risa y llanto otra vez. ¿Era a causa del alcohol o de las hormonas? Decían que las embarazadas tenían las hormonas revolucionadas, pero qué más daba. Otra copa de vino. Mejor una de whisky. Sí, eso era más fuerte. El vino ya parecía agua.

—La flamante reina Mary Jane I, y el ahora excandidato por el Partido Azul y Blanco, anunciaron su compromiso esta mañana en el Palacio de Holyroodhouse. Ha sido una sorpresa para todos. Aunque los rumores que los vinculaban venían desde hacía tiempo. Sin embargo, nadie lo había confirmado —La periodista relataba en off mientras en la pantalla se reproducían las imágenes de los dos posando en el Salón del Trono. Mary Jane mostraba a cámara el imponente anillo que sujetaba un *zafiro padparadscha* en el centro, y pequeños diamantes que lo rodeaban. Como explicaron en la entrevista en exclusiva que la pareja otorgó a Robert Tylor, Philip había elegido ese tipo de zafiro ya que su color rosado hacía honor a la flor del cardo, símbolo de Escocia.

—Cuénteme Su Majestad, ¿cómo ha sido el pedido de mano? —Preguntó el periodista.

—Ha sido de lo más romántico, ¿no, Philip? Me encontraba haciendo mis tareas del día, cuando me avisan que me dirija a las ruinas de la Abadía, las que se encuentran al lado del palacio, ya que Philip quería mostrarme algo que había descubierto. —Al menos el escenario sí era verdad, no las razones —No tenía idea de que él estuviera en el palacio, por lo cual me pareció extraño, pero fui sin preguntarme demasiado. Cuando llego, él estaba vestido como ahora, y yo no entendía nada. Jamás lo había visto con esta vestimenta.

—¿Se arrodilló?

—¡Por supuesto! Es un romántico de la vieja escuela.

—Y me quedaron las rodillas lastimadas por las piedras del suelo —Eso también era verdad.

—¿Por qué en las ruinas?

Philip tomó la palabra —Es un lugar especial. Si bien hoy solo se conservan las paredes, no es lo mismo que caminar al aire libre. Allí te sientes cubierto por algo divino. La Abadía no fue un templo más, su construcción no fue al azar. Tanta historia; tantos reyes han sido bautizados y coronados en ese preciso lugar, que realmente puedes sentir una energía distinta —Philip se refería a la leyenda que había originado la construcción de la Abadía. Se decía que, en el año 1127, el rey David I se encontraba cazando en el bosque cuando cayó del caballo y una cruz sagrada bajó del cielo. Su salvación se atribuyó a un hecho milagroso y en agradecimiento construyó la Abadía de Holyrood. Luego, muchos años más tarde, se edificó a su lado el palacio que hoy sigue en pie y que lleva su nombre: Holyrood; en castellano, “santa cruz”—. Son un par

de rocas llenas de verdín por decisión del hombre, pero Dios sigue estando allí. A él no lo sacas con una topadora. Creo que necesitaba esa protección para hacerlo, para tomar valor y pedirle la mano a la mujer que amo.

—¿Y la respuesta fue instantánea?

—Ella quedó muda —Acotó Philip—. Fueron unos instantes en que vi todo negro.

—Cariño, me habías dejado sorprendida. Nunca dudé la respuesta.

—Puede decirse que no es nada fácil pedirle matrimonio a una reina.

—Para nada. Alguien me dijo: ¿Te das cuenta de que te casas con toda Escocia? Y bueno, en verdad nunca lo había pensado así. Pero es una de las cosas que me enamoró de Mary Jane, su compromiso y amor por su pueblo, que también es el mío. Si bien vengo de un ámbito diferente, los dos perseguimos lo mismo, y en esa tarea nos complementamos.

—En ese punto quiero ahondar, y creo que todos lo quieren saber. ¿Cómo fue el proceso de conquista?

—Fue tan de a poco, que creo que ni nosotros nos dimos cuenta. Nos conocimos en la primera conferencia que Mary dio, hace un par de meses atrás —Cada vez que Philip mentía, u omitía parte de la verdad, Mary miraba al piso, porque temía delatar algo en la mirada—. Durante el proceso de independencia nos hemos visto muy seguido, porque nuestro Partido ha sido el impulsor del referéndum. En cada uno de esos encuentros fuimos forjando una linda amistad que con el tiempo se convirtió en amor.

—Para que no queden dudas, ¿te retiras de la candidatura al Parlamento, Philip?

—Por supuesto, sería incompatible desde todos los puntos de vista. Aunque mi compromiso con las necesidades de la gente no claudica. Diría que más bien todo lo contrario. Al lado de Mary Jane, ese compromiso será mucho mayor.

—Ha sido la candidatura más corta de la historia. ¿Cuánto duró? ¿Una semana?

—Fueron días de mucha reflexión para mí. Me di cuenta de dónde estaba mi destino, y cuando tienes esa certeza en el corazón, no hay nada más importante que ser sincero con uno mismo.

Apagó. Ya era suficiente. No quería escuchar más estupideces. Meredith sentía la sangre caliente corriendo por sus venas. Si encendían una llama de seguro ella ardería, porque su sangre estaba diluida con alcohol, tanto que sus glóbulos rojos estaban ahogándose. La rabia estaba consumiéndola. El día después del referéndum, cuando quiso entrar a trabajar al Parlamento como cada día, se anotició que su tarjeta de ingreso estaba bloqueada. Philip se lo había avisado, pero ella no creyó que actuara tan rápido. Ni siquiera le dio tiempo a retirar de la oficina las cosas que necesitaba para destruirlo.

Sola, sin empleo, embarazada de... ¡Qué asco le daba! No podía pensarlo. No podía decir en voz baja el nombre del padre del bebé que llevaba en su vientre. Ella se daba asco. Philip, el

único que le había interesado verdaderamente, estaba por desposar a una reina. Y ahora no quería verla nunca más, porque sabía que era una bomba de tiempo. Ella también lo sabía. ¿Qué haría con su vida? Ya nada tenía sentido. Salvo arruinarle a Mary Jane su mundo ideal. Eso le daba algo de sentido; por lo menos, la hacía sentir un poco menos fracasada. ¿Por qué había elegido a Mary? ¿Qué le había visto? Con ella Philip lo pasaba demasiado bien, ambos lo hacían. ¿Es que Philip sabría sus secretos? No, ese no podía ser el motivo, ya que de haberlo sabido nunca habría coqueteado con ella.

Guardaba en su poder la llave del apartamento de Philip. Él había cometido el error de dársela una vez. Cuando sus encuentros eran frecuentes él le dio una copia de la llave, así no tenía que levantarse de la cama a abrirle la puerta después de tener sexo. Su flojera iba a costarle caro. Buscaría la manera de enterarse en qué momento él se encontraba fuera, para entrar sin problemas a su casa y completar la parte del plan que estaba tramando. También necesitaba saber con detalle la agenda de la parejita feliz. Era necesario no dejar detalles sueltos.

A los preparativos de la coronación se sumaron los de la boda. El palacio estaba desbordado, y la reina también.

Philip había renunciado oficialmente a su candidatura de días, e incluso al puesto que ocupaba como asesor de Richard. Sus días transcurrían en Holyroodhouse. Estaba sorprendido de lo bien que se había acoplado a la vida de a dos. O de a decenas, porque en el palacio circulaban multitudes. Fue una buena decisión de Mary acondicionar uno de los sectores exclusivamente para ellos y confeccionar reglas estrictas. Solo se podía acceder al “apartamento de los reyes” con una habilitación que Mary o Philip otorgaban a través de su huella digital. Era la forma que habían encontrado para resguardar su intimidad. Una vez que terminaban con sus actividades, subían al segundo piso. El ala derecha se convertía en su refugio.

En pocos días emprenderían su primer viaje como pareja oficial. El motivo del viaje era el comienzo de los Juegos de las Highlands, que se desarrollarían en el poblado de Pitlochry. Al regreso del viaje se realizaría el acto de coronación. Margaret hacía esfuerzos sobrehumanos en pos de organizar milimétricamente la agenda de Mary Jane, y también por calmar su ansiedad. Antes de dejar Edimburgo, Mary encargó a Margaret todas las averiguaciones necesarias para tramitar el título que otorgaría a Philip luego de contraer matrimonio: el de Duque de Edimburgo. Sería una sorpresa para él.

Con tantos nervios suspendidos en la atmósfera, nadie notó el contratiempo que Philip tuvo el día antes de salir de viaje. Ni siquiera la preocupación que su rostro dejaba a la vista.

Capítulo XI

“Sorpresas”

Rojo, gris, y más rojo. El rojo era más oscuro de lo que pensó. Desde arriba podía ver la escena como un cuadro horripilante. Dolía, el dolor no desaparecía, y eso fue una decepción. Las piezas no podían volver a encajar, nunca más. ¿Quién dijo que eso aliviaba? Ojalá lo recordara. Tal vez nadie lo dijo. Quería llorar, quería que alguien la abrazara. Todo se había vuelto oscuro. Nadie la escucharía, porque siempre había estado sola. Una pequeña luz se desprendió del vientre, se elevó y pasó a su lado como una estrella fugaz. Por un instante sintió cosquillas. Enseguida la luz se fue, y siguió su camino. Quería llorar, ahora quería estar con él, y era tarde para arrepentirse. ¿Por qué nadie la elegía? ¿Por qué nunca la amaban?

Verde con rojo, azul con verde, rojo con azul. Tres combinaciones de colores. A veces cuatro. Ningún hombre se atrevía a participar de los míticos *Juegos de las Highlands* sin su kilt escocesa. Philip no pudo ser la excepción. Últimamente sentía nostalgia de sus amados y cómodos pantalones. Aunque no competiría en los juegos, tenía que hacer las demostraciones de cada uno de ellos.

En su mayoría, los juegos consistían en pruebas de fuerza. Aunque lo intentaba, Philip concretaba los desafíos de manera poco decente. Entre sus cualidades, no contaba la deportiva. Mary Jane se esforzaba por contener la risa que le provocaba la torpeza de su prometido. Ella sabía que por dentro estaría repitiendo entre dientes “listo, ya es suficiente”, “demonios, ¿cuánto más?”. Pero sus quejas no surtirían efecto alguno.

—Lo haces a propósito, ¿no es cierto?

—¿Qué? —Dijo Mary como si no supiera perfectamente a qué se refería.

—Eres su reina, podrías decirles que ya basta y liberarme de esta bochornosa situación. No es necesario que inaugure cada juego. Además, si lo que pretenden es que realice una demostración para entender la forma adecuada de ejecutar la destreza, los induciré a error. Estoy haciendo el ridículo. Mary, ¿qué te resulta tan gracioso? —Philip no podía disimular su ofuscamiento.

—De lo poco que puedes reírte de ti mismo. Si quieres puedo pasarte un poco de técnica,

tengo bastante práctica en eso —Hizo una pausa y, al ver que no lo convencía, siguió—. La gente quiere ver esas piernas seductoras lampiñas, y apreciar la fuerza descomunal de su próximo rey —Se acercó a él, reduciendo la distancia que los separaba—. Están fascinados contigo, cariño. Incluso cuando haces el ridículo. Por eso es que no voy a salvarte —Mary lo besó suavemente, y Philip la observaba con la mirada encendida. Su cercanía borraba cualquier pensamiento, preocupación o fastidio que pudiera sentir. Si estaba frente a ella, solo eso contaba. Tenerla cerca, poder admirarla y amarla en todas sus formas. El resto simplemente desaparecía frente a sus ojos.

—Y a vuestra reina, ¿también le fascina, o solo le provoca risa?

—Creo que le parece el hombre más hermoso de la Tierra.

—¿No será mucho?

—Para nada; es más, creo que esa reina (suertuda) está tan perdida contigo que no encontraría palabras para describir cómo te ven sus ojos —Philip la apretó sobre su boca, como si pudiera apagar con ese beso el incendio que estaba consumiéndolo por dentro.

—¿Cuándo podemos hacernos un ratito para que me demuestres todas esas cosas bonitas que dices? —Sonó más a súplica que a pregunta.

—Mmm... —Mary comenzó a repasar las obligaciones a las que deberían acudir en su primera visita oficial al poblado de Pitlochry, en Perthshire, donde se encontraba el comienzo de las Highlands—. Tal vez mañana podamos escaparnos, luego de la visita a la destilería.

—¿Mañana? —El tonó acompañó su decepción—. Estaba pensando en algo más cercano, como esta noche.

—Y yo estaba pensando en algo más, ¿apartado, alocado? Pensé que antes de regresar a Edimburgo podríamos escaparnos solos, sin ningún tipo de guardias, de prensa, de asistentes. Solo nosotros dos, como una pareja de novios normales.

—Eso me interesa demasiado.

—Aunque mi idea no es incompatible con la tuya.

—Entonces, ¿me concedes esta noche también?

—¿Lo dudabas?

—Ni en lo más mínimo. Estoy intrigado por ese plan que pergeñas. ¿Qué es lo que vamos a hacer? ¿Y cómo planeas que nos sacaremos a todos esos de encima?

—Creo tener un poquito de influencia para lograrlo.

—*Okey*, ¿esa influencia que no vas a utilizar para que deje de hacer el ridículo?

—Esa misma.

—Perfecto. Lo dejaré en tus poderosas manos, mientras yo seguiré mostrando al pueblo escocés cómo arruinar cada juego, pero con estilo.

—Un estilo único.

—Eso sin dudas. Ven, dame otro beso antes de irme. Te amo preciosa, pero no abuses de mi debilidad porque sabes que con esa sonrisa me haces hacer lo que quieras.

—¡Haberlo sabido antes! Yo también te amo.

El hotel donde se hospedaron no tenía nada que envidiarle a cualquier palacio real. Era una de las construcciones más bellas del pequeño poblado de Pitlochry. Por dentro era cálido y no presumía extravagancias en su decoración. Justo como a Mary le gustaba.

Dedicaron la mañana a visitar los comercios de la calle Atholl Road. Sus dueños los agasajaban con pequeños recuerdos, y a Mary Jane la colmaron de ramos florales. Antes del mediodía realizaron una sesión de fotos a orillas del Loch Tummel, un largo y estrecho lago. Los fotografiaron pedaleando bicicletas de senderismo aunque solo dieron vuelta el pedal unas dos veces. Todo fue armado para la foto. La publicación saldría en una reconocida revista de moda y espectáculos.

La agenda nunca se detenía: almorzar con el parlamentario del distrito, y luego la visita a una famosa destilería de la zona. El olor a madera y alcohol estaba en la atmósfera. Probaron whisky, mientras mantuvieron una amena charla con el dueño de la marca. Allí también fueron fotografiados, pero ésta vez la sesión era casera. Becky, la esposa del dueño del local, fue la encargada de hacer las fotos, y prometió hacer una copia gigante para adornar la entrada con la imagen de la reina. Becky besó la mano de Mary Jane unas diez veces, y unas cien le dijo cuánto más linda era en persona. Esa acotación siempre le generaba la duda de si se vería tan fea en pantalla.

—¿Cuánto falta? —Susurró Philip al oído de Mary Jane.

—Pareces un niño. Una hora cuanto mucho y terminamos.

—Es que estoy impaciente porque estemos solos.

—Ya lo veo. La paciencia es la clave del deseo. Cuando más esperas por algo, más lo aprecias.

—No creo que eso sea posible.

Mary Jane había elegido un lugar que, estando cerca, era lo suficientemente apartado de la civilización para no ser molestados por nadie. Un helicóptero los llevó de incógnito a un lugar hechizado en medio de las Highlands. La luna de miel duraría tan solo unas horas, ya que temprano por la mañana los recogerían. Debían ingeniárselas para disfrutar su estadía de contadas catorce horas. Era lo máximo que había conseguido, y a regañadientes. Todo momento de intimidad, por más corto que fuera, era valioso para ellos. Mary comprendía que garantizar la seguridad en medio de la montaña era tarea compleja, por eso entendía cuando sus asesores eran

estrictos con el tema.

Las vistas de la montaña Ben Vrackie, eran alucinantes. ¿Existían montañas más bellas que las de Escocia? Seguro que no. El verde parecía intensificarse cuando las nubes grises cubrían las alturas y dibujaban matices. Mary Jane no se cansaba de mirar las pinceladas de la naturaleza. A pesar de haber nacido en esas tierras, su asombro era el de una niña. ¡Qué lindo era su país!

—Creo estar en un sueño. La sorpresa es más linda de lo que imaginaba. Te has pasado.

—Ojalá hubiera conseguido una estadía más larga —Nunca iba a dejar de sentirse culpable por no poder ofrecer a su compañero una vida normal. Siempre estarían limitados.

—Prometo que aprovecharemos al máximo cada hora. Nunca vamos a olvidar lo que vivimos aquí.

La cabaña de piedra donde dormirían atesoraba siglos de historia, como casi todas las edificaciones en Escocia. La cabaña no contaba con grandes comodidades; se trataba de un refugio de montaña. Sin embargo, los colaboradores de Mary Jane la habían equipado con comida, bebida y fuego suficiente para pasar una noche. Llegaron cuando la luz del día por poco desaparecía. Mary descalzó sus zapatos de taco y suspiró aliviada. Luego siguió con las pantimedias y su vestido, que reemplazó por un cómodo y abrigado look de pantalones, pullover y campera. Philip la siguió.

La tarde amenazaba por doble partida. La luz del día anunciaba su pronta despedida, y el cielo con un diluvio universal. Las nubes teñidas de gris oscuro se desplazaban a gran velocidad mientras Mary Jane y Philip aprovecharon a dar un paseo antes de ser necesario refugiarse bajo techo.

—Gracias por esto, mi amor. Necesitaba disfrutar de nosotros sin tener que cuidar la manera en que te miro.

—¿Cómo me miras?

—Como si quisiera comerte. Ñamm —Philip le mordió el cuello y rieron—. Una de las cosas más molestas es no poder besarte cuando se me da la gana. Nunca creí que fuera a molestarme tanto el protocolo.

—Ya le tomaremos el punto, todo es nuevo para ambos. Siempre que estemos juntos, lo demás pasa a otro plano.

—Sí mi amor, siempre juntos.

—Te juro que soy tan feliz que tengo miedo que algo lo arruine. ¿Nunca sentiste eso?

—Creo que cuando amas, eres más frágil. Nada puede ser peor que perder la felicidad del amor. Por eso el miedo.

—Y eso, ¿qué poeta lo dice?

—Uno tontamente cursi... y que está loco de amor por ti —Una de las manos de Philip mantenía a Mary Jane atrapada por la cintura. Arrojó al suelo la manta que cubría los hombros de

ella. Por fin la tenía completamente en sus brazos. Se miraron de frente y Mary acercó su mentón para terminar con sus labios pegados a los de Philip. Él frenó el impulso con palabras que la hicieron estremecer más que un beso de su boca—. Quiero hacerte una promesa. Yo no necesito a un Dios, ni un papel que me recuerde que eres mi esposa. Tampoco que millones de personas me vean ponerte un anillo. Quiero decirte hoy, sobre ésta tierra sagrada en la cual reinas, Mary Jane, que mi vida entera te pertenece. No soy el mismo hombre que era antes de conocerte. No solo soy más feliz desde que entraste en mi vida, sino que le diste sentido. Estoy tan seguro como que lloverá, que la misión que tengo en la vida es amarte y cuidarte cada día. Y ahora, como en el día de nuestra boda, solo voy a pedirle a Dios que me de la vida suficiente para vivir cada día de la tuya —Mary no podía controlar las lágrimas que brotaban y se deslizaban una a una por las mejillas. Su mirada estaba humedecida, su sonrisa destellaba felicidad y le costaba recuperar el habla. Philip limpiaba con su dedo cada una de esas lágrimas de amor.

—Philip, ¿cómo pudimos pasar tanto tiempo sintiendo esto sin decirlo?

—Yo me pregunto cómo he vivido sin saber que existías.

—Amor mío, yo también quiero darte mis votos. Te aseguro que te pertenezco en cuerpo y alma. Mi cuerpo mientras estemos vivos, y mi alma por toda la eternidad. Nada ni nadie podrá separarnos; nada será más importante que nuestro amor para mí. Juro que nada, ¿me oyes bien?, nada estará por delante de ti. Tu amor es mi prioridad.

Si las promesas de amor terminaban con un beso en un altar... al pie de las montañas, solos y con el cielo a punto de romper sobre ellos terminaban con sus pieles, sus cuerpos, su olor, enredados hasta que fundidos fueran uno solo y no quedaran rastros del espacio que los separaba. Un espacio que a veces dolía.

La manta los separaba del suelo, el viento soplaba con fuerza llevándose cada jadeo, cada súplica, para no dejar testigos. La temperatura bajaba, pero la manta sobre la que se amaban les quemaba la piel.

“Te tomo la palabra. Llámame solo amor, será un bautismo, desde hoy nunca más seré Romeo”

William Shakespeare, “Romeo y Julieta”

El aroma de la tierra mojada penetraba por sus narices. Las abundantes gotas de lluvia habían comenzado a caer sobre las Highlands. Mary Jane corría envuelta en la manta, y su ropa hecha un bollo se escondía para no humedecer. Los mechones mojados de Mary se amoldaron sobre su rostro. Philip se adelantó con pasos largos para abrir la puerta de la cabaña. Los estruendos de los rayos que caían sin escrúpulos los ensordecían. Ni bien pusieron un pie en el

refugio, comenzaron a escuchar a dúo las melodías que indicaban llamadas entrantes en sus móviles. ¿Quién podía estar buscándolos con tanta insistencia?

—Ve a secarte, cariño, no tomes frío —Mary tomó su móvil y salió en dirección al baño. Philip hizo lo mismo, solo que tendido en el sofá. Cada uno contaba con decenas de llamadas perdidas y mensajes que no tardaron en atender. No pasaron muchos minutos hasta que Mary Jane abrió nuevamente la puerta. Philip la esperó de pie, aunque apenas podía hacerlo. Mary temblaba, y su rostro estaba blanco como la nieve. No contaba con la fuerza suficiente para correr, mucho menos para enfrentarlo.

—Mary, amor...

—No lo intentes, por favor te lo suplico. Ahora no puedo escucharte, ni a ti ni a nadie. Ya están llegando a buscarte —Fueron las últimas palabras que dijo antes que su eco se desvaneciera en el aire. Mary traspasó la puerta de entrada y, aunque su cuerpo se helaba, prefirió sentir ese dolor en la piel que penetraba como pequeños puñales. Esperó en soledad la llegada de las fuerzas de seguridad que sobrevolaban el área en helicóptero. Venían a llevarse a Philip: su consejero, su amante, su prometido, el hombre que con solo tocar su piel la estremecía. Y el principal sospechoso de matar a su secretaria. Meredith estaba muerta.

Capítulo XII

“Lo que dicte el corazón”

La camilla de metal sobre la que yacía, estaba tan fría como su cuerpo. Un pequeño cartón colgaba del pie derecho: “*Meredith Anne Glenn, 34 años.*”

Los peritos determinaron que la muerte databa de 72 horas. Su cuerpo había permanecido tres días esperando que algún ser humano notara su ausencia. Tal vez hubieran sido más si a su vecina, del departamento de atrás, no se le ocurría pasar un mueble por el balcón de Meredith.

No había dudas sobre la causa de la muerte: un disparo en la sien. A su lado, un arma de fuego, seguido por un charco de sangre y pequeñas gotas esparcidas sobre la pared. La puerta de ingreso al departamento no demostraba signos de haber sido forzada. Las únicas huellas dactilares encontradas pertenecían a Meredith y a Erika, la mujer que limpiaba en su casa. Lo llamativo era la debilidad con que las huellas estaban marcadas, como si hubieran sido borradas intencionalmente. En verdad, salvo por la escena del crimen, era evidente que el departamento había sido limpiado a fondo.

El móvil de Meredith registraba como último mensaje enviado uno dirigido a Philip, pidiéndole que se encontraran en su departamento. Aunque se encontrara sin respuesta, para el fiscal ese mensaje fue determinante. Los vecinos de Meredith declararon que no podían asegurar con precisión que Philip hubiera o no entrado al edificio el 5 de marzo, pero afirmaron que la frecuentaba. También dijeron que no era el único que lo hacía; Meredith solía tener otras compañías masculinas.

El detalle que complicó definitivamente a Philip fue el arma con que Meredith perdió su vida. Si bien su número de identificación estaba borrado, los peritos balísticos pudieron comprobar, por la marca del plomo en la bala, que se trataba de una pistola *Browning, 1911 380 Black Label*. Era la misma que una registrada a nombre de Philip en 2010, bajo el número 51HZW20065.

A medida que pasaban las horas, salían pormenores a la luz. La pelirroja llevaba un embarazo de dos meses de gestación. En su sangre se encontró restos de una droga llamada ketamina, aunque de manera poco asimilada. La sustancia producía acciones sedantes, analgésicas, alucinógenas, y comúnmente era utilizada por delincuentes de índole sexual.

El fiscal había ordenado un largo listado de pruebas que faltaban producir, y muchas de las cuales tardarían días o semanas en obtener resultados. Aun así, los indicios indicaban que la detención de Philip Craig era ineludible. Todo convertía al prometido de la reina en el principal

sospechoso. La hipótesis de suicidio había pasado a último lugar de la lista.

No era algo sencillo mandar a arrestar al próximo rey consorte. Había que estar lo suficientemente seguro porque un error de esos podía catapultar la carrera de cualquiera hacia el estrellato, o a un pozo en la capa más profunda de la Tierra.

—Mary, tranquilízate. ¿Dónde estás? Estoy al tanto de todo lo acontecido, no tienes nada que explicarme. ¿Qué necesitas que haga por ti? —Richard atendió la llamada de inmediato. Él acababa de cortar con Philip. Aún continuaba en Escocia y, atento a los últimos hechos, había decidido retrasar su vuelo a Estados Unidos y suspender su licencia en el Parlamento hasta que las cosas se aclararan. Sabía que el suceso acabaría en los medios de comunicación, sólo era cuestión de minutos. O segundos. La noticia estallaría como una bomba. Si bien él ya no deseaba pertenecer más al mundo de la política, sintió el deber de atender el pedido del hombre que siempre había cuidado su pellejo. Minutos antes que la policía secuestrara su móvil Philip realizó un último llamado dirigido a él, en el cual dejó en sus manos el cuidado de Mary Jane. No le fallaría.

—Continúo en Ben Vrackie. Richard, escúchame bien. En este momento sólo cuento contigo. Se acaban de llevar a Philip y me encuentro esperando al helicóptero que volverá por mí. Me negué a compartir el vuelo con él, y ahora la lluvia está retrasando mi regreso. Richard, van a llevarme a Edimburgo. No tengo cerebro para pensar en este mismo momento. Lo único que tengo en claro es que no quiero volver al palacio. Necesito que me facilites una vía de escape urgente y segura, para que mi guardia también lo considere como una opción válida.

—Claro. Déjame organizarlo, creo que puedo ayudarte —Richard tenía en mente la salida ideal para sacar de apuros a Mary. Su tío Frederick Murray, el duque de Atholl, vivía a pocas millas del lugar donde la reina estaba varada. Nada mejor que un castillo y un ejército de highlanders propio a su disposición para protegerla. Nadie podría enterarse de que ella se encontraría allí.

Los antepasados de los Murray eran jacobitas. En el pasado Lord George Murray, uno de los hijos del primer Duque de Atholl, fue el General del ejército que acompañó al príncipe Charles a combatir en la mítica Batalla de Cullodem de 1746. Aquella batalla se libró en Escocia contra los ingleses, con el objetivo fallido de recuperar el trono de los Estuardo. Fue el último intento que terminó con las esperanzas de la independencia escocesa.

El Castillo de Blair Atholl recibió con gran honor la misión de proteger a Su Majestad, la reina Mary Jane I. James Murray Weston, el nieto predilecto del viejo duque, y actual jefe del ejército de Atholl, fue el encargado de combinar con la guardia de la reina para concretar el salvoconducto.

La tormenta parecía un paralelo de la vida de Mary. El cielo parecía llorar a su par, y los truenos eran los gritos que se ahogaban en su interior.

James llegó al rescate en su Jeep, principal aliado para moverse dentro de las Highlands. Realizó todo el camino por tierra hasta el refugio donde se encontraba la reina, ya que decidieron que era lo mejor para no dejar rastros a la prensa. Por aire hubiera sido fácil deducir su ruta y destino. El paradero de la reina debía ser un misterio.

Durante el viaje reinó el silencio. Por fuera podía verse a Mary Jane apagada, casi sin vida. Sus ojos reflejaban un gran dolor, y nadie se atrevía a dirigirle la palabra. Por dentro, estaba en carne viva. El momento más magnífico de su vida se había vuelto su peor pesadilla. Estaba abatida y en ese instante no encontraba fuerzas ni si quiera para pensar en su pueblo. Era la peor reina del mundo.

Cada persona dentro del Castillo de Blair Atholl recibió órdenes expresas de no hacerle ningún tipo de comentario. Acondicionaron una habitación de las más grandes para que pudiera instalarse cómodamente. Mary Jane no quería hablar, recibir visita, ni comer. Cada llamada que recibían desde la prisión por parte de Philip era rechazada. Sólo tenían órdenes de atender las de su madre y Richard.

En los medios de comunicación circulaban todo tipo de especulaciones. Philip el asesino, Philip el trepador. Mary Jane, la reina embaucada. Meredith, la amante asesinada por llevar en su vientre un hijo bastardo del prometido de la reina. Ese punto era el que más daño le hacía, porque en cierto punto la colocaban como culpable a ella. Si no hubiera sido su prometido, ¿Philip la habría matado? ¿Cuánto tiempo tardarían en insinuar que ella habría sido cómplice?

La esposa de James, Lady Esmeralda, sintió que debía tomar cartas en el asunto. Esperó a que su esposo no estuviera en el castillo y, cuando pudo dejar a los gemelos George y Anna en sus clases de equitación, se animó a tocar la puerta de la recámara donde Mary se alojaba. Llevaba consigo una bandeja con el servicio de té, acompañado de una canastita de tostadas con una ración abundante de dulce de leche. Al menos, intentaría que la reina no muriera de hambre dentro de su Castillo.

—Permiso —Abrió la puerta con cautela e hizo una reverencia que Mary Jane no alcanzó a ver. Permanecía sentada en el borde de la cama, con la vista fija en la ventana—. Soy Lady Esmeralda, la esposa de James.

—Sí, recuerdo haberte visto ayer en la sala. Disculpa que no haya reparado en saludarte, es que...

—Nada que disculpar, Su Majestad.

—No es necesario que te dirijas a mí con tanta formalidad. Además, me encuentro importunando en tu hogar, y ni siquiera te he dado las gracias por las molestias que ocasiono. Gracias, Esmeralda.

—Nada de molestias, es un placer para nosotros —Esmeralda apoyó la bandeja sobre la mesa de luz y, justo cuando se volteó en dirección a la puerta, decidió intentarlo—. Sé que has rechazado toda la comida que te hemos ofrecido, pero esto que traje es de otro planeta, y no puedes decirme que no —Logró obtener la atención de Mary—. Esto —señalando el dulce de leche— es un manjar de mi tierra, Argentina, y le aseguro que tiene el poder de devolver la sonrisa. Mira, ya lo está haciendo y todavía no lo has probado —Mary tomó una cucharada del dulce y lo llevó a su boca con desconfianza. Apenas rozó el dulce con su lengua sintió las endorfinas expandirse por todo su paladar.

—En verdad es muy rico. Gracias por preocuparte por mí.

—No me agradezca, Majestad. No crea que esto lo hago por usted, por supuesto que no. ¡Imagine el escándalo que sería si la reina se nos muere de inanición en nuestra casa! —Lady Esmeralda se esmeró en guardar la compostura, aunque poco le duró. Por unos instantes, logró que Mary Jane olvidara el motivo de su desdicha e hiciera lugar al humor. Lady continuó hablándole con un tono de extrema dulzura, algo que la caracterizaba, sin tanta formalidad—. Come algo, te lo suplico. No puedo imaginarme todas las cosas que deben estar pasando por tu cabecita. Te aseguro que todo lo que parece terrible ahora, cuando menos lo esperes, va a pasar.

—Lo que me preocupa es el cómo.

—Mira, si me permites hacerte compañía, voy a contarte algo —Mary asintió con una inclinación de cabeza, y Lady siguió—. Hace un par de años, yo misma estuve alojada en esta habitación. Por desgracia, estaba separada del que ahora es mi esposo, por una horrenda confusión que casi nos cuesta nuestra historia de amor. Estaba totalmente convencida de que él me odiaba. Yo viajé desde Argentina para rogar su perdón. Cuando llegué al castillo, James ya no se encontraba, y fue mi suegra quien me recibió. Era tanto el dolor que sentía, que hasta enfermé físicamente, y no me quedó opción más que aceptar quedarme aquí, como te decía, en esta misma cama. Por esos tiempos creí que el mundo se había derrumbado, pero eso no era lo que más me dolía. ¿Sabes que era? La desesperación de creer que nunca más sería feliz.

—¿Y qué fue lo que te sacó adelante?

—La fe. La fe en el amor. Nunca debes dejar de creer lo que te dice tu corazón. No importa la evidencia que pongan enfrente, los ojos pueden equivocarse. La verdad está aquí, —señalando su pecho— siempre. ¿Qué dice tu corazón ahora?

—No lo sé.

—Sí que lo sabes.

—Siento que soy una tonta, que siempre supe que ellos —dando por sobreentendido que sabía de qué hablaba— habían sido amantes. Aunque él lo negó una y otra vez, en el fondo sabía que mentía. Pero...

—Ahí vamos, pero qué.

—No siento que él sea un asesino. A la vez, sé que no puedo dejar de ver las pruebas que salen a la luz. Tengo que rendirme ante la verdad.

—El caso no está cerrado, la investigación recién comienza. Mary, voy a insistir, piensa en lo que sientes tú, no la prensa, no el fiscal, no tus asesores. Sólo tú sabes quién es Philip Craig. Si en verdad crees que él fue capaz de tal cosa, se hará justicia. Y si no, no lo dejes solo, puede que no te lo perdones en tu vida.

—Tienes razón. El problema es que yo no soy sólo una persona, respondo por toda una nación. No puedo permitirme ser parcial y equivocarme. El pueblo no me perdonaría semejante error —En su cabeza retumbaba su juramento de amor. Estaba tan cercano en sus pensamientos que hasta podía escucharlo. *“Nada ni nadie podrá separarnos, nada será más importante que nuestro amor para mí. Juro que nada estará por delante de ti.”* ¿Dónde quedaban guardadas esas palabras? No podían haber muerto.

—Te repito, entonces, ¿qué dicta tu corazón?

Llevaba puesta la misma ropa del arresto. Poco a poco perdía en esas telas lo único que le había quedado de Mary, su olor. Era lo único que podía conservar de ella, porque su confianza y compasión se habían desvanecido con la lluvia.

No podía quejarse de la celda que le habían otorgado, tan decente como la habitación de un hotel sencillo. El abogado que Richard había enviado para su defensa lo esperaba para comentarle los avances del caso. El Dr. Mc Clintok era especialista en derecho penal, y muy bien considerado por Richard. Sin embargo, a Philip lo único que le interesaba era saber si Mary Jane había contestado su mensaje.

—Nada. No ha querido enviarle ninguna respuesta.

—Pero, doctor, ¿ha podido hablar con ella realmente?

—Bueno, en verdad las llamadas que realizo a su móvil nunca fueron atendidas. Lo he intentado a través de Richard, y tampoco.

—Necesito que la veas en persona. Tengo que hablar con ella. Me lo prometió —Si no se hubiera oído tonto, le habría dicho que Mary Jane y él ya eran esposos, porque habían intercambiado sus votos de amor. Pero claro que al mundo eso no le interesaba. La palabra no valía.

—Nadie sabe dónde se encuentra la reina en este momento.

—Richard tiene que saberlo.

—Me ha respondido que es una cuestión de Estado, y con eso sí que no tengo argumentos para rebatir. Philip, sé lo que estás pasando.

—No tienes ni idea.

—Disculpa, tienes razón. Pero necesito que te concentres en la causa. Si quieres que este infierno termine, colabora conmigo. Sin tu ayuda, sacarte de aquí va a ser más complicado de lo que ya es. Y si lo que quieres es convencer a la reina de que eres inocente, debemos trabajar duro.

—Ella tiene que creerme, tiene que confiar en mí. Así como yo lo haría con ella. No puede dudar, ella me conoce. ¡Esto es un disparate!

—Ni el fiscal, ni el juez, ni la policía van a creerte porque sí. Ellos se basan en pruebas, y hay una mujer con la que mantenías una relación que apareció muerta en su departamento, con tu arma.

—Entonces, vamos —Philip sentía bronca y a la vez estaba abatido. Tenía que sacar fuerzas de donde no las tenía y comenzar con lo que su abogado le había pedido: la reconstrucción de sus últimos movimientos—. Lo haré.

—¿Dónde te encontrabas el 5 de marzo?

—En Edimburgo. Específicamente en el Palacio de Holyroodhouse.

—¿Todo el día? ¿Nunca saliste de ahí?

—Salí en un momento para encontrarme con Thomas Murray, en un café.

—¿Por qué motivo? —Philip hizo un silencio y negó con la cabeza— Necesito desmenuzar cada instante. Perdóname que te lo diga así, pero no entiendo por qué la gente comete la estupidez de no confiar en su abogado. Philip, eres mi cliente, y yo quien va a defenderte. Si existe alguien a quien tienes que hablarle con franqueza, es a mí, y es éste el momento. No puedo ayudarte si no sé a fondo cuál es la verdad. Incluso para mentir, necesito saber la verdad. ¿Se entiende?

—La mañana del 5 de marzo fui a mi auto a buscar la agenda que me había olvidado adentro. Vi en el asiento delantero de mi coche un sobre que yo no había dejado. No tenía remitente. Cuando lo abro eran fotos mías con Meredith. Fotos comprometedoras a nivel íntimo. Me desesperé. Ese mismo día viajaba con Mary Jane para inaugurar los Juegos de las Highlands. Era nuestra primera gira juntos después del compromiso. ¡Estábamos tan ilusionados! No tenía tiempo de solucionarlo. La insistencia de Meredith era cada vez mayor. Ella no entendía que yo ya no quería estar más con ella. Un día, más precisamente la noche antes del referéndum, decidí echarla de mi habitación luego de una de las tantas escenas que me hizo.

—Philip ¿qué hiciste?

—Nada, ¡por Dios, que no he hecho nada grave! Esa mañana llamé a Thomas Murray para reunirme con él. Necesitaba que él se ocupara del tema. No me mires así. Ocuparse del tema era

entregarle un sobre con una abultada cantidad de libras y un ofrecimiento de trabajo en una oficina del Parlamento Europeo donde tengo contactos, a cambio de no mostrar las fotos. Dejé en manos de él todos mis ahorros con tal que no me molestara más. Thomas es un viejo hombre de política, él sabe cómo negociar para obtener lo que quiere. Era el único en quien podía confiar. Además, el tiempo me urgía. Solo tenía una mañana para solucionar todo.

—Vamos por partes. En esa comunicación, ¿hablaste del tema concretamente con el Sr. Murray?

—No mencioné a Meredith.

—El dinero que le entregaste, ¿lo retiraste del banco ese mismo día?

—Sí, lo hice esa misma mañana —Los ojos del abogado se abrieron de manera sorpresiva.

—Por favor, ahora cuéntame algo bueno. Algo a tu favor. Tiene que haber algo. ¿Crees que si llamamos a Thomas Murray como testigo va a decir la verdad?

—No veo por qué no lo haría.

—Philip, Thomas es un hombre de política. No estoy seguro de que quiera mancharse con un tema tan delicado, y hoy en día tu nombre no trae buenas noticias.

—Confío en él.

—¿Algún detalle más que necesite saber?

—Durante mi reunión con Thomas, Meredith me envió un mensaje citándome en su apartamento. Obviamente no acudí. Tampoco le respondí.

—¿No hay ninguna posibilidad de que hayas pasado por la cuadra de su edificio? Alguna cámara podría haberte tomado.

—Ninguna posibilidad. Lo juro.

—Y ahora, lo más importante. Haz memoria y tómate tu tiempo. Acuérdate de que no soy la reina, soy tu abogado. ¿Cuándo fue la última vez que tuviste relaciones con Meredith?

—¿Y eso qué importancia tiene?

—Philip, Meredith estaba embarazada. Llevaba dos meses de gestación —Philip estaba asombrado, y una náusea repentina revolvió su estómago. Bien, ahora sí que Mary no iba a querer escucharlo.

—Cuando Mary Jane volvió a Escocia, hacía ya un mes que no la veía en ese sentido. Y siempre, pero siempre, me cuidé.

—¿Seguro?

—Claro que sí. Estoy siendo más sincero contigo que con mi propia sombra.

—Perfecto. Así me gusta. Cuando te lleven a realizar la prueba de sangre, no pongas ningún tipo de resistencia. Y otra cosa, tenemos que buscar al verdadero padre. Puede que ahí tengamos una pista. Empieza a pensar posibles nombres.

Capítulo XIII

“Lobo, ¿estás?”

A una reina no se la tragaba la tierra. El mutismo de Mary Jane tenía los minutos contados. Si no daba declaraciones, todos dirían que estaba encubriéndolo. Si lo hacía, Philip pensaría que le había soltado la mano. ¿Cómo encontrar el equilibrio justo? Y a su corazón, ¿cuándo lo escuchaba? Su razón y sus sentimientos estaban jugando una pulseada en su interior. ¿Cuál de los dos ganaría? No tenía ni idea, pero de algo estaba segura: tenía más cosas por perder que por ganar.

En pocas horas emprendía el regreso a Edimburgo. En Atholl los días habían sido duros, pero a cambio había recibido la mejor de las compañías. Se llevaba gente con la que podía contar, una amiga y un ejército. El duque de Atholl, debido a su vejez, había delegado todas sus actividades y decisiones a su nieto predilecto, James. Él mismo, como jefe del Ejército de Atholl, había dispuesto el traslado de una parte del cuerpo al Palacio de Holyroodhouse, para servir a la reina como su nueva guardia personal. Mary Jane no se sentía segura con una guardia heredada de la monarquía anterior. En tiempos complicados, el círculo de confianza se reducía. Necesitaba la seguridad que el ejército le otorgaba para atravesar la tormenta.

Las rejas del palacio atestaban de fotografías. Si bien no se había informado el lugar donde la reina había pasado sus días de hermetismo, pudieron descifrarlo fácilmente al ver que el auto de la reina avanzaba rodeado de los soldados del clan Murray, el ejército de highlanders Atholl.

El momento había llegado: tenía que descender del auto y enfrentar al mundo. Su rostro debía decir: su reina se encuentra entera, no tengo nada que ocultar, no los estoy abandonando, estoy para servirlos. Prácticamente convertirse en un robot. Sabía que toda atención estaría depositada en su mano derecha, por lo que astutamente decidió esconder el anillo de compromiso con un elegante par de guantes. Aún no podía decidir si debía quitárselo.

—Tienes que sacártelo, Mary —Dijo Sarah.

—Decirlo suena sencillo para ti, pero escucharlo... Eso me destruye —Cada vez que miraba su mano, su corazón se desgarraba. Conservarlo era un recordatorio de lo afortunada que había sido, y también de un futuro feliz que ya no le pertenecía. Si lo sacaba, sentía que estaba sentenciando a Philip, y ella en el fondo sabía que él no podía ser capaz de quitarle la vida a una persona.

Con todos los pronósticos en contra, y los noticieros en cadena repitiendo la confirmación de la prisión preventiva, Mary Jane seguía teniendo una luz de esperanza... aunque no lo diría.

Philip había logrado que colocaran un televisor en su celda. Odiaba que le ocultaran información. No podía vivir con la realidad a medias. Su profesión le había otorgado herramientas, y para poder usarlas, necesitaba saber exactamente qué pasaba. Los rumores indicaban que Mary Jane se encontraba de regreso en el palacio real, como así también que había grabado un anuncio. Él quería verlo con sus propios ojos; nadie conocía su mirada como él.

La grabación se emitió en cadena por todos los medios escoceses. Eran pocos minutos: no llegaban a cuatro, aunque para él resultaban suficientes. Si bien no pudo verlo en vivo, lo repitieron en cada programa y a cada hora del día. Analizaban cosas que él también pudo ver. Y otras que solo él pudo descubrir. Como si se tratara de un mensaje secreto.

¿Dónde debería haberlo filmado? En su despacho oficial, tal vez. En cambio, lo había hecho en el escritorio de la antesala de su habitación, espacio que reservaba para su intimidad. Jamás se habría utilizado esa sala para un anuncio oficial sin la insistencia de Mary. Su sillón estaba colocado arriba de la misma alfombra en donde se habían amado por primera vez. Llevaba el pelo como a él le gustaba, con ondas y suelto. Sus manos estuvieron cuidadas en cada plano. Jamás pudo verse si llevaba o no el anillo que le había regalado. Midió cada palabra y nunca lo llamó por su nombre. Lo desconcertaba tanto, que se hubiera dado la cabeza contra la pared. Cuando creyó que ya no diría nada sustancioso, Mary Jane sorprendió anunciando que suspendía la fecha de coronación y dejaba su reprogramación al Parlamento. ¿Quién había permitido que dijera semejante disparate? ¿Dónde estaba Margaret? ¿Y Richard? Él había jurado que la protegería en su ausencia. Mary se había entregado de pies y manos a la boca del lobo, y éste ni siquiera había tenido que vestirse de abuela.

Las paredes de la celda parecían más estrechas y el oxígeno que lo rodeaba, veneno. No podía permanecer encerrado mientras Mary Jane destruía todo lo que había logrado, por su culpa. Sí, era su culpa, porque si nunca le hubiera ocultado cosas, tal vez todo habría sido más fácil. No podía pensar en esas condiciones. Gritó hasta quedar sin fuerzas, para matar la furia que le quemaba el cuerpo. Luego lloró amargamente hasta quedar tieso sobre el suelo frío y duro, como si se tratara de una especie de castigo. Si no le soltaba la mano a Mary, la hundiría junto con él. No podía permitirse causarle tanto daño. Ya no le preocupaba estar encerrado. Nada de lo que pasara en esa celda importaba. Con los pocos recursos que contaba, tenía que salvarla. La única manera de hacerlo era logrando que lo soltara.

Si bien vivían en un castillo, el clan Murray no acostumbraba a moverse como si fueran de la realeza. Los títulos nobiliarios escoceses no valían lo mismo desde el Acta de Unión con Inglaterra. Vivir en un castillo no representaba contar con trato especial alguno. A muchos de ellos solo les quedaban los castillos y palacios, frutos de una época lejana. Generalmente, eran las actividades profesionales que llevaba cada miembro de la familia lo que permitía sostener el legado. El caso de Lady Esmeralda era un tanto atípico. Ella era una muchacha de origen argentino que se había casado con James Weston Murray, un hombre de los negocios del polo, que además era el jefe del último ejército de Highlanders que quedaban en Escocia. Por la actividad de su esposo acostumbraban a codearse con miembros de la realeza, no solo europea, sino también oriental. Los equinos y la realeza eran como imán y metal. Lady Esmeralda había recorrido el mundo asistiendo a eventos con personas distinguidas, e incluso vivía en un lugar de ensueño. Sin embargo, nada de lo vivido le había quitado su capacidad de asombro. Contar con esa capacidad era uno de los pequeños placeres de la vida, uno que solo pocos podían disfrutar. Para ello, dos condiciones eran fundamentales: la humildad y agradecimiento.

Lady recibió una invitación de la reina para acudir al Palacio de Holyroodhouse de inmediato. No sabía si esperar algo bueno o malo, ya que el mensaje no especificaba las razones. A Mary Jane le urgía pedirle que se mudara junto a su familia al palacio real. Los últimos y escandalosos acontecimientos que involucraban al prometido de la reina habían hecho que James se hiciera cargo de la guardia real. Mary Jane lo necesitaba permanentemente en el palacio y, con lo poco que lo conocía, estaba convencida de que no aceptaría tener a su familia lejos de él.

—Él no me lo pediría, pero sé que no puede estar separado de ti mucho tiempo más. ¿Me equivoco?

—No sabes cuánto agradezco que protejas a mi familia.

—Ustedes lo hacen, e hicieron conmigo. Si no me hubieran hospedado esos días en Blair Atholl, no sé qué hubiera hecho. Siempre estaré en deuda con tu familia. Entonces, ¿es un sí?

—Por supuesto que es un sí, además de un placer poder servir a esta Corona. James es la persona indicada para defender el reino, y no lo digo porque sea mi esposo. Si me permites, quisiera contarte nuestra historia así entiendes por qué lo digo. Te sorprenderías de saber todo lo que ha hecho por proteger a su familia.

—Me encantaría escucharlo, querida —La puerta se abrió, anunciando que esa charla continuaría en otro momento.

—Disculpe, Su Majestad. Ha llegado un mensaje para usted —No había sobre, solo un papel cortado irregularmente con los dedos doblado en sí mismo. Lo primero que hizo al desdoblarlo fue descubrir quién lo firmaba: P. C.

—Van a tener que disculparme —Mary Jane se levantó de manera intempestiva. Dejó a Lady Esmeralda con el saludo en la punta de la lengua y con una historia por contar que parecía

prometedora. Ahora no podía pensar en otra cosa. Aceleró el paso y, ni bien puso un pie fuera del salón, comenzó a correr. Subió por la escalera principal de a dos y tres escalones a la vez. Llegó jadeante a su dormitorio, con el pulso fuera de control.

“¿Has enloquecido verdad? Dejar en manos del Parlamento tu coronación es un disparate. Entiendo que lo haces para castigarme, porque sabes que el trono sobre el que te sientas es mi bebé. Lamento decirte que la única que va a salir perjudicada en todo esto eres tú. Yo siempre caigo bien parado.

P.C”

¡Qué elegante manera de llamarla estúpida! Releía buscando un error, algo que le confirmara que no había sido él quién lo había escrito. Lamentablemente conocía su letra. Corrió al cajón de su escritorio en donde guardaba los borradores de sus discursos, los que tenían anotaciones de Philip para comparar. Sintió un frío por todo su cuerpo, acompañado de un mareo. No había dudas que la carta estaba escrita de puño y letra por él.

Ni bien se recompuso, llamó a su asistente y le entregó un sobre dirigido a la prisión donde Philip cumplía la condena.

Estaba ansioso. Podía notarse en el taconeo de su pie sobre el suelo y en el desorden de su cabello, que por tanto masajearlo con sus dedos lo había ensuciado y despeinado. Philip estaba ávido por las noticias que su abogado, el Dr. Mc Clintok, le traería. Esperaba que fueran malas, porque solo así sabría que su plan iba por buen camino.

—Philip, me temo que no va a gustarte lo que tengo para darte —Mc Clintok sacó de su bolsillo un sobre dirigido a él. Por la forma y bulto que sobresalía era fácil adivinar su contenido. Philip lo abrió de un tirón y su boca se curvó en una sonrisa.

—Te equivocas. Esto era precisamente lo que esperaba —Mary Jane le había enviado su anillo de compromiso envuelto en la carta abollada que Philip le había escrito. Sólo le había agregado de su puño y letra un *“aquí tienes a tu bebé”*.

—Debo admitir que me desconciertas. ¿No era tu relación con la reina lo único que te importaba?

—Eso es una media verdad. Hay una sola cosa que me importa más que nuestra relación, y es ella misma. No puedo ver cómo su vida se desmorona mientras me la paso aquí encerrado. Nunca me perdonaría provocarle ese daño, y ésta es la forma que hallé para salvarla.

—¿Que te odie?

—Sí, que me odie lo suficiente para no destruirse ella misma, para que no destruya su

imagen, su trabajo y todo lo que ha logrado. Además, no tiene ningún valor para mí que una mujer mantenga mi anillo envuelta en dudas. Quiero volver a ganarme su confianza.

—Eso es un arma de doble filo. Espero que sepas cómo jugar.

—Puede que tengas razón, pero desde aquí es lo único que puedo hacer.

—A eso quería llegar —Philip lo miró con desconcierto—. A lo que puedes hacer desde aquí. Tengo malas noticias, Philip, y ruego que se te ocurra la forma de revertir lo que voy a contarte. Thomas Murray declaró.

—Bien, eso es una buena noticia. Él es mi coartada.

—Philip, su versión dista mucho de la tuya. Niega rotundamente tu declaración sobre el dinero que le diste y los motivos por los que lo hiciste. Se mostró sorprendido sobre las preguntas y únicamente admitió que se reunió contigo por temas del Parlamento, especialmente para pedirte que dejes de asesorar al partido ya que ibas a emparentarte con la reina.

—¿Qué?!

—Sí, Philip, eso es lo que dijo. Te advertí que eso podía pasar. Incluso le mostraron las fotos de la extorsión que nosotros aportamos y hasta se conmovió al verlas. Creo que su versión solo cavó más hondo tu pozo —Philip se levantó y comenzó a maldecir, mientras caminaba de un lado a otro. ¿Quién le había construido la emboscada?— Siéntate, por favor. Aún no todo está perdido. Si hay verdad, de alguna forma vamos a sacarla a la luz. Vamos, piensa, sabes armar jugadas brillantes, ¿cómo seguimos?

—Se me ocurren dos cosas. Una es que Thomas tiene algo que ocultar, y no sé qué pueda ser. Y dos, ¿cuántas posibilidades existen de que las casualidades se conjuguen todas en mi contra?

—A las casualidades, en mi trabajo se les llaman sospechas.

Mary había despertado con un humor particular en la mañana. Estaba movilizada por su orgullo. Ya no escucharía consejos de nadie. Ella era la reina, ¿a quién tenía que pedir permiso? Tomó las riendas de su agenda y solicitó una reunión con el jefe del ejército de Highlanders Atholl, James. Si ya no podía confiar en Philip, tampoco lo podía hacer en nadie señalado por él. Necesitaba generar su propio entorno, su gente de confianza. Había sido un error rodearse de políticos; éstos sólo pensaban en su propio bienestar, y ella estaba mucho más allá de todo eso. Si había asumido un papel tan importante no sería para ser la marioneta de nadie.

James Murray Weston acudió a la reunión secundado por Duncan, el segundo al mando del ejército. Mary Jane los había citado para la hora del almuerzo, ya que planeaba una jornada extensa.

—Su Majestad, le presento a Duncan Murray. Él es de mi extrema confianza. Si habla con él es como si lo estuviera haciendo conmigo, se lo aseguro.

—Un gusto conocerla, Su Majestad. —Duncan saludó con una reverencia a la reina.

—Me alegro poder contar con gente de confianza. Por favor, pasen y acomódense en la mesa. Se preguntarán el porqué de mi llamado —Ambos asintieron—. Bien, porque confío en ustedes es que quiero informarles que deseo que el ejército de Atholl se convierta en el principal de Escocia. Deseo que continúen siendo la guardia real y además se ocupen de la custodia de todo el reino, y para ello necesito que agranden su cuerpo. No sin antes tener el beneplácito del duque y de usted, James, que es quien comanda el ejército.

—Estoy totalmente sorprendido, Su Majestad. En verdad, usted no deja de sorprenderme. Estar aquí ya es algo que jamás hubiera imaginado. Y ahora esto....

—¿Está de acuerdo entonces?

—¿Cómo no estarlo? Estoy de acuerdo, y además orgullosamente feliz con su decisión. De más está decir que mi abuelo también lo estará. Hace unos pocos años el último cuerpo de Highlanders de Escocia estuvo por disolverse, y ahora lo veremos engrandecido. No puedo imaginar mayor bendición.

—Si me disculpa, Su Majestad, también deseo agradecerle —Duncan se dirigió hacia la reina, se arrodilló, tomó su mano y la besó. Mary no esperaba semejante atrevimiento. Percibió cómo sus mejillas enrojecían y sintió la necesidad de cubrirlas con las manos, pero solo hubiera hecho más notorio la situación. James lo fulminó con la mirada.

—Su Majestad, me comprometo a agilizar el proceso de reclutamiento de los nuevos miembros para el ejército. Voy a comenzar lo antes posible.

—Sí, por favor. Tómalo como prioridad. Y por cierto, James, puedes llamarme Mary. Los títulos que se antepongan a mi nombre solo son decoraciones. El respeto tiene que ver con otra cosa. Y debo confesar que me incomoda un poco escuchar “Su Majestad” en cada oración.

—Está bien, lo omitiré oración de por medio.

James dejaba Edimburgo por unos días. Le urgía comenzar a organizar el reclutamiento de Highlanders. Para llevar adelante la tarea era necesario regresar a Blair Atholl. Duncan quedaba a cargo de la seguridad en Holyroodhouse, y en especial de Mary Jane. A pocos kilómetros de Edimburgo, James se cuestionaba si su decisión había sido la mejor. Rogaba que Duncan estuviera a la altura y dejara de coquetear, cual conquista en bar de copas, con la reina. ¿Era estúpido o se hacía?

Capítulo XIV

“Pide un deseo”

“De modo que ella, sentada con los ojos cerrados,
casi se creía en el País de las Maravillas,
aunque sabía que sólo tenía que abrirlos
para que todo se transformara
en obtusa realidad”

Lewis Carroll, “Alicia en el País de las Maravillas”

Eran tres, en cambio Mary Jane solo utilizó un deseo. Esperó las doce campanadas antes de dormirse y lo pidió. Estaba convencida de que si lo deseaba con muchas fuerzas se cumpliría. Lo único que anhelaba con todo su ser era que Philip saliera del lío en que estaba metido. Claro le había quedado que él no la amaba con la misma intensidad que ella lo hacía. El velo se había corrido. Lo único que Philip amaba realmente era su carrera. No podía culparlo por engañarla. Nadie la había obligado a creer en espejitos de colores. Philip la apreciaba por lo que ella significaba, pero no estaba enamorado de ella. Su carta era muy clara, “*sabes que el trono sobre el que te sientas es mi bebé*”. Jamás podría confesar el dolor que le provocaba haberle devuelto ese anillo. Se arrepentía y maldecía por su decisión. Nunca admitiría ni a su mejor amiga que si todavía tenía fuerzas para levantarse de la cama era para que Philip sintiera orgullo de ella. Cada cosa que hacía tenía un único motivo: demostrarle que podía ser la reina que Escocia merecía.

Amaneció en paz y, si bien no contaba con ánimo festivo, la alegraba saber que su deseo iba a cumplirse. Los deseos de cumpleaños siempre se cumplían, más aún si había relegado los dos que le restaban.

Allison llevó el desayuno a su cama. Era una costumbre que repetía cada año y no quería perderla, aunque su hija fuera la persona más importante del reino. Para ella era solo su hija, de la que había sido madre y padre a la vez.

—Déjame acostarme a tu lado Mary, como cuando eras pequeña.

—Con la diferencia de que en ese momento era yo la que me metía en tu cama. Está bien, madre... —Allison le besó la frente y Mary resopló.

—Feliz cumpleaños, mi dulce Mary Jane. Que nada ni nadie pueda empañar tu felicidad.

—Gracias por acompañarme —Los ojos de Mary se humedecieron.

—No llores, recuerda que miles de personas hoy quieren festejar contigo.

—No estoy llorando, debe ser la niebla que entra por la ventana...

—Nunca fuiste buena para mentir. Ni siquiera has mirado por la ventana. No hay una sola nube en todo el cielo. El sol de Edimburgo (que rara vez se hace presente) hoy ha salido en tu honor.

—Si el sol está tan pendiente de mí, déjame decirte que tengo un listado de cosas que pedirle.

El jardín del palacio se había decorado en honor a la cumpleañera. Los gaiteros interpretaban hermosas melodías. Mary Jane las escuchaba a lo lejos mientras terminaba de alistarse en su habitación.

—Su Majestad... —Mary se volteó en dirección a Duncan y este entreabrió la boca involuntariamente por el efecto que le provocó su belleza. No podía acostumbrarse a mirarla como si fuera algo más.

—Sí, Duncan... ¿Duncan?

—Disculpe. Quería avisarle que el auto ya se encuentra listo.

—Gracias, Duncan. ¿Deseas algo más? —Duncan permanecía inmóvil con la mirada fija.

—Sí, que, si me lo permite, deseo ser yo quien la escolte en el día de hoy —Mary Jane estaba sorprendida por la propuesta. Se suponía que Duncan era el segundo al mando y que, ante la ausencia de James, tendría otras cosas para hacer, como comandar el ejército. El rol de guardaespaldas siempre era cubierto por miembros de menor categoría del regimiento. La intensión de Duncan se hacía cada vez más evidente; buscaba cualquier excusa para pasar tiempo con ella. Mary se esforzó por responder sin titubear, restándole importancia a su decisión, no sólo para no darle falsas esperanzas al muchacho sino para evitar habladurías de los presentes.

—Como les parezca conveniente; confío en el diagrama de seguridad ideado por James.

El pueblo salió a la calle para ser partícipe del festejo ofrecido a su reina. Luego de un paseo en descapotable a paso de hombre por las calles del *Old Town* de Edimburgo, el palacio ofreció un cóctel en el que recibió a miembros del Parlamento, del gobierno, representantes de las fundaciones que apadrinaba, jefes de los clanes y duques de Escocia. Estos últimos acudían por primera vez a un evento formal de la monarquía, y era expresa intensión de Mary Jane que recuperaran el lugar que merecían.

—¿Dónde puedo hablar a solas contigo?

—Estamos a solas, Sarah.

—No es verdad, —Dijo entre dientes— el monigote que sigue hasta tu sombra puede

escucharnos.

—Entonces deja de hablar que va a enterarse de su apodo, ¿quieres? Espera —Mary levantó la voz —Duncan, voy a retirarme con la señorita a retocarme al *toilette*.

—Las acompaño —Sarah le dirigió una mirada de fastidio y Mary enrojeció—. Las acompaño hasta el pasillo, ya que primero debo verificar que todo se encuentre en orden dentro del *toilette*. Es parte del protocolo —Dijo en dirección a Sarah.

—Por supuesto, haz tu trabajo —Sarah enlazó su brazo al de Mary y avanzaron delante de Duncan—. ¡Qué pesado! —Dijo en voz baja. O no tan baja.

Luego de la revisión exhaustiva de Duncan, Mary Jane y Sarah cerraron la puerta.

—¡Gracias a Dios, un poco de soledad!

—Discúlpame por traerte aquí... Es que es la única manera que encontré de justificar la ausencia de custodia.

—Quién diría, eres la reina y no puedes decidir ni por dónde caminas.

—No seas mala, hoy es un día especial. La seguridad indica que estos eventos son especiales para filtraciones, y por eso...

—Y por eso se ponen paranoicos.

—¡Sarah! Vamos, deja de recriminarme, que si tardamos mucho tiempo van a creer que me raptaste—. Rieron.

—Quería preguntarte por Philip. ¿Recibiste alguna respuesta? —Ni bien vio el cambio en el rostro de Mary Jane, se arrepintió de haberlo preguntado.

—No Sarah, no he tenido noticias. Pero tampoco esperaba devolución alguna.

—Conmigo no debes disimular. No puede ser tan insensible, ¡le devuelves un anillo!

—Es lo mejor; de nada sirve continuar con este engaño. Tengo que seguir mi camino, ya que soy joven y tengo demasiada tarea por delante, ¿no crees?

—Lo único que sé es que ese imbécil te ha roto el corazón y tú no mereces soltar lágrima por él. Y también veo que no estás perdiendo el tiempo.

—¿Con qué? —Mary Jane fingía no saber a dónde quería llegar, aunque siendo su mejor amiga eso era imposible. Las dos se descifraban al instante.

—El soldadito que está detrás de esa puerta te reclama con la mirada, no me puedes decir lo contrario.

—¿Quién? ¿Duncan? No... Él solo está siendo profesional. Está aquí por trabajo.

—Le gustas, te digo que le gustas. Y no está nada mal. Aunque me parece un poquito pesado, y un poquito posesivo. No te digo que te cases con él, pero si quisieras divertirte...

—¡Estás completamente loca! ¿Crees que en este momento estoy para divertirme?

—Mmm... suena excitante. Él es tu guardaespaldas...

—En esa película no te acompaño.

—Bueno, bueno... Exactamente lo mismo decías cuando te hablaba de Philip, y...

—Y así me fue. Te digo que no estoy para nada. Suficiente tengo por estos días con tener que sonreír como si nada me pasara cuando, si pudiera elegir, me hundiría en la cama hasta hartarme.

Toc, toc. — ¿Todo bien, Majestad?

—¡Sí, Duncan, ya salimos! —En susurros se dirigió a Sarah—: ¡Te lo dije, secuestradora!

—¡Feliz cumpleaños, Su Majestad!

—¡Richard! No sabes cuánto me alegro de verte. No reconozco a más de la mitad de las personas que vienen a saludarme.

—Te entiendo, me pasa lo mismo. Las personas te hablan como si te conocieran de toda la vida, porque ellos de tanto verte en los medios creen que te conocen.

—Sí, es verdad. Richard, necesito hablar contigo de un tema más delicado que el clima.

—¿Tu coronación?

—También. Eres la única persona con la cual puedo hablar de él. Sé que lo aprecias.

—No más que tú —Mary Jane dejó un silencio que fue más significativo que cualquier cosa que pudiera decir. Richard por piedad no profundizó en sus sentimientos pues temía entristecerla de más.

—Quiero saber qué adelantos hubo en la investigación. Y, además, —bajó más el tono— adelantarte el pago —Se refería a los honorarios del Dr. Mc Clintok. Era un secreto entre Richard y ella. Ni siquiera el propio abogado estaba enterado de dónde salían realmente los fondos para la defensa de Philip. Para todos, incluido el defendido, ese dinero venía del bolsillo de Richard.

—Las novedades son pocas. Lamentablemente el ofrecimiento de fianza no ha surtido efecto, lo han denegado.

—¿Cómo puede ser? ¿No es un derecho?

—La salida bajo fianza es potestativa del juez, no siempre debe aceptarlo. Depende de las circunstancias del caso, y...

—Y el ser mi ex prometido lo complica todo...

—Así es. La corrección política indica que de haber dinero de por medio, podría sospecharse corrupción.

—Quién diría que, siendo la reina, termino siendo la ciudadana con menos libertades... Y arruinando a todo el que tenga a mi lado.

—Eso no es así, querida. De ninguna manera puedes culparte por esto. Eres la persona más íntegra que conozco. Das sin esperar nada a cambio, proteges a las personas que amas aun cuando

te traicionan —A este punto Mary Jane no podía ocultar su angustia. —Y, además, lo haces en el anonimato y sin tocar una libra de la Corona. No existen personas como tú. Por eso es que estoy aquí a tu lado, y nunca dejaré de ayudarte en lo que pueda.

—Haces más por mí de lo que merezco.

—Mira, Mary Jane, puedes ser mi reina, pero aun en tu contra voy a seguir contigo hasta la muerte, le pese a quién le pese —Richard logró borrar las lágrimas que se esforzaba en contener, robándole una sonrisa.

—¿Aunque tengas que quedarte en Escocia y salir a dar notas en público?

—Mira que has logrado hacer conmigo lo que Philip no ha hecho en años.

—Tenía que ser yo la reina para poner las cosas en orden.

Mary y Richard parecían amigos de años. Ella no tenía hermanos ni primos, pero estaba segura que ese sentimiento de hermandad que habían forjado se parecía mucho al amor familiar.

—Me quedaré en el Parlamento hasta estar seguro de que tu corona no corre riesgos y Philip esté de nuevo aquí para cuidar tus espaldas y tu corazón.

—Entonces nunca podrás partir. Aun si Philip sale en libertad, nuestros caminos jamás volverán a unirse. Él no me ama, y yo no deseo vivir una mentira.

—¿Cómo puedes decir en voz alta algo que no crees? Philip te ama tanto que hasta ha logrado perjudicarse él mismo con tal de protegerte.

—Por favor, no quiero seguir hablando de este tema, Richard. Recuerda que hoy es mi cumpleaños y, aunque no tenga nada que festejar, las personas no deben darse cuenta.

—Sí tienes qué festejar. Estás viva, que no es poca cosa, y tienes gente como yo que es más feliz con tu existencia.

—Richard, házme el favor de comunicármelo, si algún día empiezan a gustarte las mujeres —Rieron tan fuerte que las personas de alrededor se dieron vuelta.

Sin que Mary Jane y Philip lo supieran, Richard estaba trabajando para los dos. Era un doble agente. Mary Jane le había encomendado que a Philip no le faltara nada respecto a su defensa, y Philip que cuidara a Mary Jane de cualquier persona interesada que se acercara para manipularla. También, otro de los temas que le quitaba el sueño: que se concretara de una vez el acto de coronación. Ambos sabían que, sin el ungimiento formal, la Corona de Mary Jane corría peligro con un vecino tan poderoso al lado. De ninguna manera Richard podía blanquear su papel de doble informante, ya que tanto la reina como su ex asesor eran sumamente testarudos y orgullosos como para aceptar la ayuda del otro.

Richard aprovechó la ocasión para ultimar con Mary Jane la forma en que deseaba que fuera su coronación. Si no tomaba cartas en el asunto en el Parlamento, el Partido Conservador optaría por dilatar todo el tiempo que fuera posible. Cada día que pasaba sin la unción y con Philip tras las rejas, el poder se debilitaba más y más.

Richard estaba despidiéndose de Mary Jane cuando vio que Duncan la apartó para hablar animadamente con ella. Duncan y Richard eran primos lejanos, pero entre ellos no había familiaridad más que alguna fiesta familiar ocasional, distinto a lo que sucedía con su otro primo Murray: James. Le resultó sospechosa la confianza con la que se dirigió a Mary y la ansiedad que profesaba al hablar, aunque no alcanzó a oír lo que éste le decía.

—¿Tienes un regalo para mí? Pero no quería que te pusieras en gastos...

—No te preocupes, sé que no te interesan los regalos. Lo que tengo para ti no es material. Solo necesito saber si quieres tomarlo.

—Comprenderás que no puedo responder sin saber de qué se trata... —Su mirada demandante la confundía. Estaba segura que un hombre como Duncan no se propararía. Pero, ¿por qué se le escapaba una sonrisa?

—Lo que quiero hacer contigo, es algo que estoy seguro que no sabes, y corresponde a una actividad que realizaban tus antepasados. Algunas familias tradicionales continuamos haciéndolo, y quisiera que me acompañes a hacerlo.

—Bien, pareces decidido a que te dé un sí, y además lograste intrigarme.

—Entonces, vas a necesitar ropa cómoda.

Duncan la llevaría de caza a los dominios que su familia conservaba en las Highlands, donde podía cazarse ciervo rojo y otras especies menores.

Philip consumía el día escribiendo en un cuaderno. Era lo único que había conseguido, luego de insistir por una computadora portátil. Escribía, garabateaba, tachaba, rompía. Estaba volviéndose loco por no poder acceder a la información que necesitaba. ¿Cómo podía encontrar respuestas si caminaba a ciegas? Era difícil, pero no imposible. Requería más tiempo, pero qué más daba, era lo único que tenía que hacer en todo el día. Pensar y repensar tanto hasta agotar las neuronas. Era una forma para que el día no fuera eterno.

Luego de crear líneas y relaciones en todos los ángulos, había encontrado preguntas sin resolver, y eso decía más que las respuestas. Porque donde había un interrogante, algo no cerraba, algo olía mal.

Había algo de lo que no podía dudar: él era inocente. Él no había borrado el número del arma, ni entrado a ese departamento, ni gatillado sobre la sien de su secretaria. Ni si quiera sabía que cada bala después de ser disparada quedaba marcada de una forma única, y que aún con el número del arma borrada podía identificarse a su titular. Tenía que haber una mente calculadora detrás de todo esto. ¿Podía una mujer sin rumbo hacer semejante cosa, tal vez movida por los celos hacia Mary Jane? ¿Quitarse la vida solo para joderle la suya? Todo era demasiado raro y

descabellado.

¿Y Thomas? ¿Por qué había declarado en su contra? Él no podía formar parte de una conspiración, no tenía sentido. Aunque era cierto que había declarado en su contra. Había mentido y traicionado su confianza. Jamás se hubiera esperado algo así de él. Se devanaba los sesos en busca de algo que le diera un motivo al enredo de pensamientos que era su cabeza.

Ya no le importaba pudrirse en la cárcel siendo inocente. No quedaba ego en su cuerpo para ansiar su libertad, si alguien podía asegurarle que Mary Jane estaría a salvo. ¿Le bastaba? ¿O moriría de agonía cada día que no pudiera nombrarla, cada día que pasara sin escuchar de su boca que su corazón le pertenecía? Sin dudas, lo que estaba viviendo era una tortura. Hoy era su cumpleaños y él ni siquiera podía decirle todo lo haría por ella, porque había tenido la estúpida idea de enviarle una carta para humillarla. Su abogado tenía razón. Había jugado con un arma de doble filo, y ahora tenía que asumir las consecuencias.

Utilizó la única llamada que tenía permitida por día, con el dolor de saber que ya no podría usarla para nadie más. Tenía una teoría y necesitaba solicitar una audiencia con el fiscal para ampliar su declaración, y así requerir la producción de pruebas. *Nemo me impune lacessit*. Nadie me agrede impunemente, era el lema del ejército escocés. Y se convertiría en el suyo, como escocés orgulloso que era. Nadie lo agredía sin consecuencias, y menos a su Mary Jane. No les quitarían la posibilidad de ser felices sin costo alguno.

Duncan se encontraba en su día de descanso. Sin embargo, para él pasar tiempo con la reina no era trabajo, era lo más placentero que le había tocado hacer en la vida.

A Mary Jane le costó reconocerlo cuando lo vio vestido con su atuendo de caza. Llevaba un pantalón cargo color verde, zapatillas de montaña y una boina que le quedaba simpática. Duncan quitó su boina para saludarla con una reverencia. Su cabello, extremadamente rubio, estaba desordenado. Tenía la mirada expectante.

Mary no podía definir cómo se sentía. ¿Un poco incómoda? Quizás. Duncan no borraba de su rostro una pícaro media sonrisa, y la miraba por debajo de las cejas. ¿Qué esperaba de ella? ¿Tendría razón Sarah? Las preguntas paseaban por su mente. No se decidía qué le molestaba más: pensar en cómo evitaría el cortejo de Duncan, o tener que darle la razón a su amiga.

Duncan le abrió la puerta de la *Land Rover*, y quedó esperando que se sentara y estuviera cómoda para cerrarla él mismo. Aún fuera de servicio, no perdía la caballerosidad.

—Duncan, quiero que sepas que nunca en mi vida he tenido un arma en mis manos.

—Lo imaginé.

—Espero no ofenderte. No deseo matar ningún animal. Sé que va a sonar contradictorio

porque luego como carne y eso no es factible sin matarlos...

—Tranquila, Su Majestad. No va a hacer nada que no quiera. —Lo decía por la caza, ¿no?
—Vamos a practicar tiro y avistar la fauna, pero no mataremos animales si no es lo que desea.

Cuando salieron de Edimburgo el sol los acompañaba, pero al llegar a las Highlands las nubes habían cubierto el cielo, y los pensamientos de Mary Jane iban solos hacia un lugar: el último día que compartió con Philip. El cielo estaba empeinado en hacerla recordar. Y doler. ¿Por qué todo le recordaba a Philip? Cuanto más se empeinaba en olvidar, más lo evocaba. Ya estaban en medio de la montaña; ahora tenía que sobrellevar la compañía y disfrutar el momento. Tarea difícil.

Duncan no dejó que descendiera del vehículo hasta abrir él mismo la puerta. Luego bajó un bolso que pesaba varios kilos. Contenía dos binoculares y dos armas. Comenzó la instrucción, primero señalándole cómo divisar la presa y luego cómo posicionarse para atacar.

—Tranquila, que no vamos a disparar sobre seres vivos. Es importante saber cómo utilizar un arma. Nunca sabes cuándo puedes necesitarlo.

—Espero no necesitar jamás esos conocimientos.

—También yo lo espero. Pero me sentiría más seguro si sabes cómo defenderte —Mary lo miró de reojo y bajó la mirada, para evitar sonrojarse. Duncan, en cambio, redobló la apuesta. La rodeó por detrás, con sus brazos sobre los de ella, con la excusa de enseñarle cómo debía tomar el arma. Mary Jane sentía el calor que provocaban los susurros de Duncan cerca de su oído. Intentó poner toda su atención en la mira. El sonido del disparo fue ensordecedor y provocó un eco que rebotó en las montañas. Las aves, alertadas, volaron hacia otro destino. El ciervo rojo que los miraba, en cambio, atentando contra su propio instinto de supervivencia, se dirigió en dirección a Mary Jane, como si quisiera cerciorarse de algo. El impulso del disparo la tumbó hacia atrás, haciendo trastabillar a Duncan en efecto dominó. Ambos cayeron sobre una roca. Mary apoyó su peso sobre la muñeca y gritó de dolor.

—¿Estás bien? ¿Puedes doblar la muñeca?

—¡Aaargh!

—Te quebraste —Se alertó Duncan.

—No lo sé, ¡el dolor es insoportable! —Duncan tomó su mano con delicadeza e intentó moverla despacio para comprobar el tamaño de la lesión.

—Puedes moverla, intuyo que no está quebrada.

—¡Me duele mucho!

—Tranquila, iremos a un centro de salud. Mientras tanto entablillaré la muñeca para inmovilizarla —Duncan siempre llevaba un botiquín de primeros auxilios en su *Land Rover*, en especial cuando sus planes incluían adentrarse en la montaña. Duncan alzó a Mary y la subió al

asiento delantero a upa. No era necesario, pero Mary no estaba en condiciones de protestar. En verdad, Duncan temía que se desmayara del dolor. Una vez entablillada, tomó un analgésico y, a medida que las montañas se hacían más pequeñas, el dolor poco a poco disminuía. Duncan decidió que lo mejor sería parar en la casa de sus padres y así, además de quedar relativamente cerca de donde se encontraban, evitaba tener que entrar con la reina a un hospital. Sería un hecho que no pasaría inadvertido para la prensa. Desde la casa de sus padres llamaría al médico de confianza de la familia.

El médico indicó una radiografía para el día siguiente, una vez que estuvieran en Edimburgo. Por las pruebas clínicas que realizó estaba casi seguro de que podía descartar una fractura, ya que de lo contrario no podría mover la muñeca de la forma en que lo hacía. Sin embargo, el dolor producto de la caída era fuerte. Le indicó inmovilización, hielo y analgésicos cada seis horas.

—Casi, casi, podríamos no haber llamado al médico. Dijo exactamente lo mismo que tú.

—Me alegra que estés de buen humor, porque me siento fatal con lo que sucedió —Chasqueó con la lengua—. Si hubiera elegido un regalo un poco más tradicional, esto no hubiera ocurrido. No sé en qué estaba pensando. No me hubiera perdonado si algo malo te sucedía...

—No es nada, no quiero que te preocupes. Fue mi torpeza, vivo cayéndome.

—No quieras alivianar mi culpa. Se supone que soy responsable por tu seguridad, y te he dejado con una mano lisiada. James va a matarme... —Duncan se sentía frustrado. No solo había fallado en su deber, sino que además su plan de conquista había resultado un verdadero desastre.

Si bien los padres de Duncan estaban al tanto de que su hijo ahora trabajaba para la Casa Real, nunca esperaron recibir en su casa la visita de la reina. La madre no paraba de caminar de un lugar a otro de la casa, ordenando la habitación principal para hospedar a Mary Jane. El padre había salido de improviso en busca de un catering adecuado para dar de cenar a la soberana, aunque podría asegurar que su esposa algo le reprocharía. Seguro que nada sería suficiente para el banquete.

—Su Majestad, es un placer conocerla. Ya puede pasar a la habitación para acomodarse, si lo desea —Dijo Emily, con una reverencia. Utilizó pocas palabras, ya que sus nervios la gobernaban.

—Le agradezco muchísimo Sra. Murray, pero no voy a pasar la noche aquí. Ya me siento mucho mejor.

—No puedes volver ahora, el médico dijo que tienes que descansar —Duncan quería aprovechar la ocasión para pasar más tiempo junto a ella, y no sabía qué excusa inventar.

—El médico solo dijo que lo que no debía mover era mi muñeca. Además, ya me siento mejor, y mañana tengo cosas que hacer desde temprano —Mary adivinó las intenciones de Duncan,

y pudo confirmarlo al ver la decepción en su mirada en cuanto le informó que no pasaría la noche allí. Duncan creía que lo había arruinado todo, pero en verdad jamás había tenido chances. Mary Jane podía actuar como si nada pasara, pero a cada momento, cada lastimoso latido de su corazón, hasta en sus sueños, aún seguía latiendo por Philip Craig.

Capítulo XV

“Una mano en su cintura”

—Señor Presidente, estoy pidiendo la palabra aún antes que el último orador.

—Concedida, parlamentario Richard Murray.

—Lo que el parlamentario Liam Gordon está diciendo es un disparate y lo considero una calumnia a mi honorable persona, aunque esto ahora no es importante. Déjeme aclararle que entiendo perfectamente la diferencia entre el gobierno y la monarquía. Lo que sucede es que el parlamentario del Partido Conservador no quiere aceptar la elección de la ciudadanía, y eso sí es preocupante. Cada traba que intentan poner en la organización de la coronación es un intento de desestabilización.

—Pido la palabra, señor Presidente.

—Denegada.

—Gracias, señor Presidente. Aún no he terminado. La reina no ha dicho que desea posponer la unción, solo que por los sucesos de público conocimiento dejaba en manos del Parlamento su organización. Justamente buscando la manera de respetar la voluntad popular. ¿Dónde estaría más representada que en el Parlamento? Ahora le pregunto a usted, y al respeto que me merece su partido. ¿Le parece coherente posponer un año la coronación, cuando tan solo un mes atrás el pueblo se expresó de forma contundente en las urnas? ¿No será, acaso, que están velando por los intereses de otra Corona? —El murmullo podía oírse aún con los micrófonos cerrados. La sesión estaba transmitiéndose en vivo y, así como cada ciudadano estaba pendiente, Mary Jane también. Estaba orgullosa de su amigo. Ella sabía lo que representaba para él volver al ruedo del Parlamento; significaba poner sus sueños a un costado. Le había prometido que no dejaría de dar batalla hasta que la Corona de los Estuardo estuviera a salvo, ya que no era otra cosa más que respetar la voluntad de las urnas. También era conservar la palabra con su amigo Philip, pero eso a ella no podía confesárselo.

Con el voto en bloque del Partido Azul y Blanco, junto a otras voluntades partidarias que lograron reunir, fijaron la esperada fecha de coronación. La ceremonia sellaría formalmente y para siempre el compromiso de Mary Jane con el pueblo escocés. Acordaron llevarla a cabo en la Catedral St. Mary's de Edimburgo. Luego, y sin transmisión al público, la Corona daría un agasajo en el Castillo de Stirling.

La elección del castillo como escenario del festejo no fue al azar: Stirling significaba mucho en la historia de la independencia escocesa. El castillo había sido testigo de significativas

batallas en donde héroes escoceses como William Wallace y Robert the Bruce lograron derrotar al ejército inglés. Esos muros asentados en roca volcánica también asistieron a la coronación de la reina más recordada, Mary Estuardo, y luego vieron defender su legado con los levantamientos jacobitas del siglo XVIII. Nada era casual; cada uno de los pasos que Mary Jane daba estaban marcados por el designio divino.

Algo que Mary Jane no esperaba era la cercanía de la fecha elegida. En diez días la ansiada corona estaría sobre su cabeza. La emoción la invadió por completo. Tuvo la sensación de estar acompañada por una presencia especial. <Gracias papá, donde quiera que estés>.

Era un día especial, de esos en donde los sentimientos se perdían en caminos laberínticos. En pocas horas estaría entrando a la Catedral de St. Mary's para la esperada coronación. Sin embargo, sus nervios se debían a la cita a la que entraría en pocos minutos. El fiscal del caso de Meredith Glenn la había llamado para dar su testimonio.

No pudo evitar que la prensa se reuniera en la puerta de ingreso a la fiscalía. Por uno u otro motivo, Mary Jane era el centro de todos los portales de noticias, y sus pasos eran seguidos hasta el hartazgo.

Duncan no claudicaba en su perseverancia. Debería haber tomado su descanso, pero como siempre no quiso hacerlo. Prefería estar al lado de la reina en todo momento. Día a día seguía a cargo de su seguridad personal. Y si bien Mary Jane se sentía a salvo con su presencia, por momentos le resultaba asfixiante. Temía que exagerara en los resguardos que tomaba. Añoraba un poco de libertad, de soledad.

Antes de entrar a la sala de declaraciones, Duncan pidió que desalojaran la sala para poder inspeccionar las condiciones de seguridad. Mary aguardó junto a los demás afuera, y en cuanto Duncan la buscó para entrar un pequeño tumulto se acercó. Nadie le advirtió que Philip también estaría allí. *Maldito Richard*. Era evidente que su amigo le había dado a Philip la información. Nadie más sabía de su citación. Se suponía que habían arreglado todo para que nadie se enterara de su visita la fiscalía. O, tal vez, todo era casualidad.

Philip dirigió su mirada a la venda que Mary tenía alrededor de su muñeca. ¿Qué le habría ocurrido? ¿Sería grave? La miró a los ojos con preocupación, y ese sentimiento fue mutando al ver que Duncan apoyaba la mano en el hueco de la cintura de la reina para indicarle que podía entrar al interior de la sala. Si ella no protestaba, le estaba dejando en claro que él tenía todo el derecho de conducirse de esa manera con ella. ¿Lo tenía?

—¡Lo voy a matar!

—Espero que hables en sentido figurado, porque te recuerdo que estamos en el lugar menos

indicado para que confieses tus deseos asesinos —Dijo el Dr. Mc Clintok.

—¿Me puedes decir qué hace ese guardia tocando a mi mujer? Averíguame quién es, quiero saber todo de él...

—Tranquilízate, Philip, no podemos echar todo a perder ahora. Recuerda a qué vinimos. Puede que hoy sea el día clave para tu libertad, y el fiscal tiene que verte en calma. Y te recuerdo que ella, —refiriéndose a Mary— puede hacer lo que le plazca, porque además de ser la reina prácticamente la echaste a la mierda.

—No me digas eso, porque sabes perfectamente el motivo... Y tampoco me recuerdes que me advertiste...

—Bien, —hizo el gesto de sellar su boca— ahora, calma, por favor, que luego entramos nosotros.

—¿Tienes idea de por qué la citaron?

—Mmm... Supongo que para corroborar relatos.

Los minutos parecían horas. Philip temía que Mary Jane hablara más de la cuenta. No porque supiera algo incriminatorio, sino porque si ella creía en la versión que los medios daban de los hechos podía llegar a conclusiones falsas. No la creía una mujer rencorosa, pero sí dolida, y el dolor muchas veces engañaba al corazón. Le había hecho daño por querer resguardarla de su ex amante. La mentira era una bomba que, si no se la desactivaba a tiempo, explotaba.

La pesada puerta de madera se abrió haciendo un ruido molesto que alertó a Philip. Primero salió Duncan, y Mary Jane detrás. Esta vez no lo miró a los ojos. Su mirada se posó en las esposas que inmovilizaban sus muñecas, y se apretó el labio inferior. Philip se sentía desdichado, débil, y humillado. Su abogado le puso la mano sobre el hombro y le habló al oído. Sin llegar a terminar la frase, desde la misma puerta por la que Mary terminaba de traspasar se oyó:

—Sr. Craig, su turno. Pueden pasar —El fiscal estaba de buen humor. Podía adivinarlo por pequeños gestos: la media sonrisa tirada de costado y la pose relajada en el sillón. Tal vez Mary lo había puesto así. Su presencia era un bálsamo, él lo sabía.

—¿Hay novedades, señor fiscal?

—Las hay, doctor, pero primero quiero ver las pruebas que tenían para mí.

—Hemos conseguido un material importante. Como usted había comprobado, el bar en el que mi cliente se reunió con Thomas Murray el día 5 de marzo no tenía cámara de seguridad. Pero Philip recordó que mientras se produjo la reunión un grupo estaba festejando un cumpleaños. Después de una gran investigación de mi parte pude dar con las personas que estuvieron ese día en el bar. Intuimos que tenía que haber alguna foto o grabación de esos momentos, y estábamos en lo cierto. Encontramos fotos y grabaciones en las que puede verse la mesa de mi cliente y el Sr. Thomas Murray. Aquí tiene. Gracias al zoom pueden llegar a verse las fotos que Philip entregó al exparlamentario, junto con la suma de dinero.

El fiscal sonreía, y estaba ansioso por poder hablar. Philip no sabía qué esperar.

—Gracias por las pruebas que han aportado, ya que esto no sólo ayuda a la liberación de un inocente, sino a la denuncia que realizaré a Thomas Murray por falso testimonio.

¿A qué se refería el fiscal?

—Philip, quiero darte esta noticia personalmente. El caso está cerrado, y de inmediato voy a pedir la desestimación de la acusación por homicidio: quedas en libertad.

Ni Philip ni el Dr. Mc Clintok comprendían el giro del caso y pidieron más explicaciones.

—Disculpe, señor fiscal, pero nos gustaría estar al tanto de la información que lo hizo llegar a la convicción de la inocencia de Philip.

—Por supuesto, las merecen. Vamos a hacer una conferencia de prensa en unos días. En lo que concierne a la acusación del Sr. Craig voy a detallarles las conclusiones de las pruebas que faltaban producir y que sacaron la verdad a la luz.

La muerte de Meredith Glenn resultó ser un suicidio premeditado con detalles de novela... de terror.

El GPS del auto de Philip expuso todos sus recorridos tal cual él había declarado. Las cámaras de seguridad del Palacio de Holyroodhouse captaron a la persona que colocó en el auto de Philip el sobre con las fotos que lo involucraban con Meredith. Esa persona resultó ser Stacy Morton, una sirvienta del reinado anterior que continuaba sirviendo a la nueva reina y fue usada por la fallecida para armar la escena de su muerte. En los registros de llamadas de Meredith encontraron llamados de los días previos para concretar la tarea. Stacy también fue captada por las cámaras del edificio de Meredith el día anterior. Asustada, Stacy Morton confesó que también había realizado la compra de la ketamina, pero que jamás había pensado que Meredith la usaría para su propia muerte. Ella solo recibió el pago por realizar esos actos aislados.

En los historiales de navegación de Meredith encontraron búsquedas sobre el uso de ketamina y el tiempo que tardaba en hacer efecto. También averiguaciones respecto al arma y las formas de identificación. Para armar la escena del crimen, Meredith se había basado en un antecedente donde habían reconocido el arma por cómo se había marcado la bala luego de ser disparada. Ella misma había borrado el número del arma de Philip, para ponerlo en un lugar más sospechoso. Quiso que deducieran que para ocultar el delito de asesinato Philip había borrado el número de identificación, asegurándose que igualmente quedara en evidencia su autoría. Meredith sabía perfectamente que el arma iba a identificarse de igual manera por la bala.

La ingesta de ketamina tenía el mismo motivo: hacer pensar que ella no podría haber disparado sobre su sien y que, estando bajo los efectos de la droga que quitaba la voluntad, alguien la había obligado. Sin embargo, los resultados toxicológicos demostraron que la droga no había llegado a absorberse en su cuerpo. Todo había sido orquestado por ella. Sin embargo, el plan tenía sus fallas.

—Como verán, señores, no existe el crimen perfecto. Afortunadamente, la verdad siempre se las ingenia para asomar desde algún recóndito rincón.

—Estoy más que sorprendido por la información. Es más, estoy en shock —Dijo el abogado.

—Sigo sin entender por qué Thomas Murray no declaró la verdad. Él era de mi entera confianza. No encuentro razonable ningún motivo.

—Hay una razón, y es fundamental. Tengo como costumbre en mis investigaciones tomar muestras de sangre a todas las personas que forman parte del caso, ya sean acusados o testigos. Cuando usted involucró a Thomas como testigo de su coartada, extraje su material genético. Teníamos un punto del cuál investigar, y era el feto que la señorita Glenn llevaba en su vientre. A medida que un masculino se sumaba al caso, pedía la prueba de paternidad. Y *voilà*: con el 99% de posibilidades, el viejo Thomas Murray resultó ser el padre —Un silencio sepulcral acompañaba el semblante anonadado de Philip—. Esa es la razón por la que Thomas declaró en su contra. Tenía la cola entre las patas. Por eso le agradezco la prueba que aportó hoy. Voy a acusarlo por falso testimonio y otras cosas más que todavía no puedo revelar —El fiscal se paró para darle un apretón de manos a Philip—. En nombre de la justicia, le pido disculpas por las acusaciones que tuvo que asumir, y los días en la cárcel que pagó injustamente. Como ciudadano responsable que lo considero, entenderá que es la forma que la justicia tiene que actuar y resguardar la verdad. Le aseguro que voy a encargarme personalmente de dejar su nombre limpio, como siempre debió estar.

Capítulo XVI

“En el país de las Coronas”

El aire chocando sobre su rostro se sentía como la gloria misma. ¿Cuánto tiempo había pasado en prisión? ¿Treinta días? Para Philip parecían años. Antes de dejar los estrechos muros que lo habían hospedado durante las últimas semanas, se miró en el espejo del baño, algo que no hacía en varios días, y descubrió en su rostro pequeñas arruguitas alrededor de sus ojos. Sonrió pensando lo que Mary Jane diría de ellas, y casi pudo escuchar su voz, “*eso te pasa por estar desactivando bombas a cada momento*”. La bomba más pesada que le había tocado desactivar. ¿Existía algo más importante que su libertad? Sí. Haber perdido a Mary Jane era lo más doloroso que le había tocado vivir, pero eso tampoco era lo más importante, sino las cosquillas que sentía en todo el cuerpo pidiéndole rozar sus labios, aunque fuera por última vez, aunque fuera por arrebató. Como si después de eso no le importara morir.

No tardó en dar unos pasos, y la guardia periodística se abalanzó sobre él. Los micrófonos lo apuntaron impidiéndole continuar con su camino. Estaba ansioso por contar su verdad.

El día había llegado sin ningún entusiasmo más que cumplir con el deber. Los incidentes de las últimas semanas se esmeraban por opacar la celebración más importante de su vida: el día en que la Corona de Escocia posaría sobre su cabeza hasta el final de su vida, si Dios se lo permitía.

Mary Jane se encontraba sola en su cuarto y faltaban pocos minutos para salir en la carroza que la llevaría rumbo a la catedral. Respirar con normalidad le resultaba un esfuerzo. La noticia de la liberación de Philip ya había llegado a sus oídos, aunque hubiera preferido que nadie lo mencionara. Pidió no saber más detalles de la causa por lo menos por ese día; solo supo que habían declarado su inocencia. La novedad había generado en ella un tsunami de sensaciones y cuestionamientos.

Las certezas le dolían en el cuerpo. Philip era inocente, pero el escándalo no era compatible con su posición. Se había engañado hasta el momento, y ahora el peso de la realidad se desplomaba ante sus pies. Ella nunca podría volver con él.

—Mary, Mary... —Su madre la encontró de espaldas, mirando por la ventana hacia el impactante jardín de Holyroodhouse, aunque dudaba que su mirada estuviera fijándose en algo.

—Sí, madre —Mary volteó y Allison no pudo contener la emoción. Su capa azul bordada

en hilo dorado terminaba en una cola que sobresalía dos metros de su cuerpo. El vestido que llevaba debajo estaba confeccionado con el mismo género. Mary Jane parecía un hada de cuentos. Todo en ella relucía, salvo sus ojos. Solo Allison podía darse cuenta del esfuerzo que su hija estaba haciendo por no romper en llanto.

—Deja de llorar, que no voy a poder contenerme y ya no tengo tiempo para corregir el maquillaje.

—Tienes razón. El cochero ha llegado —La tomó de la mano y se la acarició—. Escúchame bien: todo lo que ha pasado, es lo que tenía que ser. No permitas que nada quite el brillo que todos ven en ti.

—Me desilusiona haber imaginado este día de un modo diferente, es solo eso. Gracias por estar siempre a mi lado, Ma.

—Hasta el último aliento de mi vida, adorada hija mía.

Era un bar de copas como tantos otros. De esos donde no se pretendía tener citas, ni llevar reuniones a cabo. Tampoco era necesaria una compañía en particular; la barra de banquetas solitarias y una copa de cerveza eran más que suficiente para pasar el rato. La pantalla gigante colgada en la pared solía transmitir partidos de fútbol o rugby, aunque esta vez el canal estaba frenado en las noticias. La transmisión de la coronación era el evento del día.

Philip escondía su rostro bajo una gorra visera de los *Celtics* y prendas que jamás harían pensar que se trataba del ex prometido de la reina. La oficina de investigación criminal aún no le había devuelto la llave de su departamento, ni rehabilitado el acceso a su cuenta bancaria (con las pocas libras que le quedaban), por lo que se conformó con pasar el rato en ese bar. Su familia vivía a varios kilómetros y, por lo que veía, Richard estaba muy ocupado del otro lado de la pantalla siendo testigo en primera fila de la coronación de Mary Jane.

El exceso de alcohol de sus compatriotas bastaba para no percibir la emoción que Philip guardaba bajo la sombra de su visera.

La Piedra del Destino recibía el juramento de su legítima reina, y la pesada Corona se posaba sobre su cabeza para recordarle quién era. ¡Qué injusta era la vida con él! Parecía una ironía. ¿De qué le servía recuperar la libertad, si no era suficiente para acompañar a Mary en el día más importante de su vida? Hubiera dado todo por verla con sus propios ojos, sin lentes de cámaras ni pantallas de por medio. Deseaba ver su rostro iluminado por el arcoíris que dibujaban los vitrales de la antigua catedral. Tomar su mano y barrer con cada caricia los miedos que sabía que tendría. Escuchar de cerca el fuerte latido su corazón, como cuando le hacía el amor.

—Estás totalmente loco, amigo mío.

—Las mejores personas lo están.

—Eso solo sirve en el País de las Maravillas, con Alicia. En el País de las Coronas, con Mary, lo que vas a lograr es un tremendo escándalo si deniegan tu ingreso.

—¿Y qué más da? Ya nada peor podía pasarme. No tengo miedo de hacer el ridículo. Esa es una lección que aprendí de todo esto.

—Vaya enseñanzas te ha dejado la cárcel...

—Acabo de recuperar mi libertad y, en vez de estar acompañándola en su día más importante, tuve que ver la transmisión en un bar de mala muerte, con borrachos que no tenían ni puta idea de lo que estaba aconteciendo. Te pido un último favor, dame tu tarjeta de invitación.

—¿Crees que no reconocerán tu rostro?

—Estimo que al menos entrarán en confusión si ven que tengo una invitación en mano, ¿no crees?

—Uff, está bien... ¡Cómo han cambiado los roles! Ahora soy yo la persona coherente, y tú el que quiere salirse la regla.

—Las cosas cambian, Richard.

—Jajaja, ya lo creo...

Mary Jane recorrió el trayecto desde la catedral hasta Stirling en la carroza. Su madre y sus abuelos la acompañaron. Los necesitaba con ella. Como también necesitaba a personas que no podían estar.

Dentro del Castillo, y ya sin prensa, cambió su vestuario. Miró la corona con nostalgia; tal vez no tomaba real dimensión de lo que acababa de suceder. El ejército de highlanders Atholl escoltó la corona en su regreso al Castillo de Edimburgo, donde descansaría hasta la próxima coronación. Tal vez la de sus hijos, pensó. ¿Los tendría?

Su vestido para el cóctel era grisáceo y llevaba bordadas miles de pequeñas flores que sobresalían del género. La parte superior se ceñía en su cintura, y marcaba con sutileza sus curvas. Conservó el recogido de su cabello, pero esta vez con una tiara de diamantes y zafiros.

Todos disfrutaban de la comida, aunque no era el caso de la reina. El vals comenzó a sonar ni bien Mary Jane terminó de saludar a cada uno de los invitados, entre los que se encontraban mandatarios de los países, diplomáticos, nobles de Escocia y reyes de las monarquías amigas. El Primer Ministro de Escocia fue el encargado de comenzar la danza.

Mary había perdido la cuenta de la cantidad de bailarines que habían solicitado una pieza con ella y, aunque estaba un poco mareada, excusarse hubiera sido descortés.

Duncan había esperado su turno de baile durante toda la noche. Sabía que por el lugar que ocupaba debía esperar hasta que no hubiera más duques ni condes en la fila. Ni bien Duncan la tomó de la cintura para comenzar a bailar, James se acercó a la pista para comentarle a la reina una información que debía saber: Philip estaba en el castillo, y todo hacía pensar que intentaría sacarla a bailar. ¡Qué inoportuno que era su primo! Y qué mala suerte tenía él. No pudo estar a solas con Mary Jane ni dos segundos.

James esperaba instrucciones expresas de qué hacer con la situación; entendía que no era algo que podía decidir sin consultarlo a la reina. Duncan también aguardaba la respuesta de Mary, y rogaba que solicitara su expulsión de inmediato. Ella, en cambio, no tenía corazón para pedir semejante cosa.

La ronda comenzó a expandirse, y un coro de “o” se escuchó en cadena. Los invitados se hicieron a un lado a medida que el ex pretendiente se acercaba a la pista de vals. Philip observaba cómo Duncan apretaba la cintura de su mujer. ¿Lo hacía a propósito? Su impulso lo llevó a acelerar el paso.

Duncan miró fijo a Mary y, sin dejar de danzar, le dijo:

—No tienes que aceptarlo. Ni siquiera estaba en la lista de invitados; su presencia aquí es una total falta de respeto. Además de entrar, se anima a llegar a hasta aquí. Debería dar la orden de expulsión de inmediato. Si me lo pides, lo pondré en su lugar.

No hizo falta que Mary Jane contestara con palabras. Miró hacia abajo, y Duncan sintió cómo aflojaba sus dedos transpirados. Los labios de Duncan hicieron presión, y tragó con fuerza.

—¿Me permite una pieza?

—Sí —Contestó Duncan.

—No te hablaba a ti...

Duncan dejó la pista enardecido. Aflojó bruscamente el moño de su esmoquin, como si necesitara que el aire pasara más rápido por su garganta.

Philip hizo una reverencia a Mary Jane. Luego apoyó una mano ciñendo su cintura, y entrelazó la otra con su mano para comenzar a danzar. El contacto con la piel de Mary le provocó corrientes eléctricas como al principio, cuando solo podía rozar su mano en un saludo. Sin embargo, simuló entereza. Mary Jane estaba herida, y no adivinaba el modo en que debía dirigirse hacia ella. Optó por ser cauto.

—Felicidades, Su Majestad —El corazón de Mary galopaba, en una carrera que no sabía cómo acabaría—. ¿No me dirigirás la palabra?

—No es el momento —Mary lo dijo con una sonrisa de hoyuelos marcados. Margaret le había enseñado que, aunque su voz no pudiera escucharse, sus gestos siempre se veían—. Solo

acepté bailar, porque hacer lo contrario hubiera sido un escándalo, bien lo sabes.

—Perdóname por la carta.

—¿Y por no haberme dicho la verdad?

—¿De qué verdad me hablas?

—Deja. No entiendes lo inoportuno de tu planteo.

—Me acusas de mentiroso y no dejas que me defienda. Eso es muy injusto.

—Creo que será mejor cambiar de bailarín.

—Esto no ha terminado.

—¿El baile? —El duque de Berwick, intuyendo que debía salvar a la reina de un momento incómodo, se acercó para volver a bailar con ella.

—Está bien, voy a liberarte. Pero te olvidas de esto. Te pertenece —Philip tomó su mano y colocó el anillo de compromiso en su dedo anular. Se acercó a su oído y le habló con esa voz que la dejaba sin aliento—. Si no está en tu mano, no deseo vivir —Sin esperar la reacción de Mary, dio la vuelta y salió del tumulto. Necesitaba tomar aire; no tenía valor para volver su mirada y comprobar si Mary había revoleado el anillo por los aires.

La crueldad no tenía límites. ¿Quién creía que era? Venir sin invitación, y con su prepotencia sacarla a bailar, ponerle el anillo en su mano como si fuera su dueño, y decirle las mentiras más lindas que hubiera deseado escuchar. ¿Que no quería vivir sin qué? ¿Para qué había escrito esa carta horrible, y ahora le decía esto? ¿Porque ahora era reina oficialmente, y entonces sí le interesaba? Aire, aire, eso necesitaba. Que el oxígeno limpiara de un plumazo los pensamientos, y le aquietara el pulso.

—Mary, ven. Vamos, te acompaño a otro lugar —Dijo Sarah.

—Perdona, no lo tomes a mal. Quiero estar sola —Mary estaba dirigiéndose hacia el exterior de uno de los balcones del Castillo de Stirling.

—Está bien, te dejo sola pero no vayas... Tarde... —Dijo entre dientes. Mary se había topado con Philip. Segundos antes, él había elegido salir por el mismo balcón, en busca del mismo aire.

Si Mary salió a aquietar su pulso, pues lo detuvo por completo. Ahora no podía respirar, ni hablar, ni caminar.

Philip bajó instintivamente la mirada hacia su mano y el anillo no estaba donde debía. Ahora él tampoco respiraba. ¿Era cierto entonces? ¿Todo había terminado? Una sospecha caía sobre él y era suficiente para quitar de ella todo el amor que había visto en su mirada. Para borrar cada gemido que le había regalado, cada beso, cada caricia, cada despertar a su lado creyéndose

estar en el cielo. ¿Tan fácil era para ella? Si era así, no iba a dejar que lo viera en el piso. Dio la última pitada a su cigarrillo y lo arrojó al piso para morir en la suela de su zapato.

—¿Desde cuándo fumas? —Fue lo primero que Mary Jane pudo decir.

—No sabes todo de mí.

—Por supuesto que no. Debí suponerlo. No aprendo más —Responderle con sarcasmo devolvía a Mary las fuerzas que había perdido. Solo así revertía la angustia que tenía.

—¿Qué quieres decir con eso, Mary? ¿No crees que tuve suficiente castigo con la cárcel? Si estoy hoy aquí... —Philip intentó tomarla de las manos, pero Mary no dejó que la tocara.

—Si estás hoy aquí es, primero, porque te has colado. Segundo, porque eres inocente y te has ganado la libertad. Y tercero, porque ahora sí me he convertido en lo que querías, la reina de Escocia.

—No seas tan dura conmigo.

—Lo hubieras pensado antes de escribir esa carta... —Mary frenó su discurso; no podía continuar sin que su voz se cortara. Recordar las palabras que tuvo que leer le daba un vuelco en el estómago—. Me dejaste en claro que para ti primero estaba la Corona y luego cualquier otra cosa. Me trataste de inútil, como si no supiera hacer las cosas. Pero quédate tranquilo que, aún sin ti, sé bien como reinar.

—Si me dejas dos segundos que te lo explique, y lo piensas otros dos, fácilmente te darás cuenta que el único motivo de esa carta fue protegerte. Sí, es verdad, no quería que echaras a perder todo lo que habías ganado con tu esfuerzo, y también con el mío. Pero créeme que fue porque te amo lo suficiente para no dejar que resignes nada por mí. Incluso si con eso tenía que enfrentar la muerte misma. Porque vivir así, con esta distancia que pusiste entre nosotros, es la muerte en vida.

—Basta, no quiero escuchar más mentiras —Necesitaba taparse los oídos.

—¿Qué quieres decir con eso? Hablas por lo de Meredith, ¿no es cierto?

—Lo lamento, pero cuando mientes una vez...

—¿Qué hubiera cambiado si te decía que sí habíamos sido amantes? Desde que te conocí jamás volví a estar con ella. Solo quise evitar una información que iba a incomodarte. Era innecesario.

—Esto hubiera cambiado. Si hubieras sido sincero, nada de esto estaría pasando. Nunca me hubieras ocultado su chantaje, y yo confiaría en ti. Te hubiera defendido hasta en el purgatorio. Pero elegiste dejar que la desconfianza me carcomiera.

—No vas a perdonarme, ¿no? —El silencio de Mary era lastimoso—. No lo harás...

Richard y Sarah llegaron de inmediato. Cuando Sarah dejó a Mary Jane a solas con Philip supo que nada bueno saldría de ese encuentro. Conocía su amiga. Mary no estaba preparada para enfrentarlo, y decidió salir en busca de Richard. Él sabría qué hacer, ya que era amigo de los dos.

—Llévate a Mary Jane —Le indicó a Sarah—. Yo me encargo de Philip.

—Vamos Mary —La tomó del hombro y se dirigieron a la fiesta.

Richard y Philip quedaron a solas. Philip se encontraba perturbado y caminaba de un lado a otro. Sacó otro cigarrillo de su bolsillo y lo encendió mientras lo tenía en su boca y vociferaba.

—¿Desde cuándo fumas?

—¡Tú también con eso!... Perdona, Richard, es que estoy nervioso. Es un viejo vicio de la adolescencia que creí extinto. Desde que todo se fue al carajo, es lo único que calma un poco mi ansiedad.

—Amigo, te dije que no era buena idea que te presentaras hoy. Agradece que esta parte de la celebración es privada, y no hay prensa. Si no, ¿te imaginas el escándalo que hubiera sido?

—No sé, no sé. Creo que ya nada me importa. Una estúpida mentira terminó con su amor. Si pudiera volver el tiempo atrás, te juro que le hubiera dicho la verdad. Es que pensé que era una tontería, algo innecesario de mencionar. Nunca imaginé tamaña bola de nieve. Evidentemente me equivoqué, y ahora la perdí para siempre. ¿Sabes por qué? Porque ella ya no me ama. Lo vi en su mirada. Solo tiene resentimiento.

—Te equivocas.

—Basta, Richard, por favor. Esto es la verdad. No intentes convencerme, porque solo me darías falsas esperanzas. Hasta coquetea con el estúpido de su guardaespaldas... Perdón si es tu familiar.

—Mary Jane va a matarme por lo que voy a confesarte. Voy a faltar a una promesa. Espero que pueda perdonarme... Mary te ama con locura. Tienes que entender que está dolida, confundida y presionada. Ponte en su lugar por un momento. Si no te amara, no se hubiera ocupado de tu defensa personalmente.

—¿Cómo que mi defensa?

—¿Quién crees que pagó tu abogado?

—Tú.

—No es cierto. Podría haberlo hecho, tengo el dinero suficiente para pagar el mejor abogado, y lo haría por ti. Sin embargo, ella fue quién lo hizo. Y no escatimó en gastos, créeme. Estaba al tanto de cada avance de la investigación a través de mí, y no sabes la desilusión que tuvo al enterarse que no te dejarían salir bajo fianza. De más está decir que el dinero que puse a tu disposición para ello era el que ella me dio. ¡Se sentía tan miserable por creer que te perjudicaba por ser tu ex! —Philip había dejado de pitar el cigarro. El fuego se convertía en ceniza, consumiendo la hierba. Ahora escuchaba atentamente; ya no le interesaba ingresar el tóxico humo a sus pulmones—. Y pasó el día de su cumpleaños esperando tu llamada.

—¿Eso te dijo?

—No hizo falta, estuve con ella y lo percibí. Como verás, ella sigue sintiendo lo mismo por

ti. También es cierto que está dolida.

—¿Y qué recomiendas que haga?

—Dale tiempo. Necesita tiempo para sanar.

Capítulo XVII

“Las promesas”

Quédate siempre conmigo, bajo la forma que quieras,
¡vuélveme loco! Pero lo único que no puedes hacer es
dejarme solo en este abismo donde no soy capaz de encontrarte.

Emily Brontë, “Cumbres borrascosas”

A las palabras no se las llevaba el viento, si habían llegado a la persona indicada. ¿Cómo se suponía que debía seguir adelante después de escuchar que estar separado de ella era como estar muerto en vida? ¿Cómo podía dejar de creerle, si era lo mismo que ella sentía? ¿Y si era verdad que la carta que escribió fue por su bien? Tenía sentido, aunque había muchas cosas que le impedían reconocer que solo volvería a ser feliz si estaba a su lado.

Conciliar el sueño no fue fácil. Por suerte tenía el día libre y no debería ocultar sus ojeras con maquillaje. Podría sacarlas a relucir tranquilas por el jardín del palacio, y que la brisa húmeda que envolvía Holyroodhouse las borrara de a poco. Que se llevara también sus inseguridades, sus temores; no los quería con ella. Si de algo le había servido la noche en vela, fue para entender exactamente lo que quería. Y cuando esa convicción llegaba, no había forma de mirar al costado.

Una semana fue suficiente para que los medios repitieran una y mil veces cada escena de la coronación. Para que analizaran cada atuendo, cada invitado, cada gesto. También fue suficiente para que el caso de Meredith terminara de esclarecerse. Detalles que dejaron sorprendidos a muchos y destaparon una realidad que estaba oculta.

Philip estaba enterado de algunos pormenores, en especial los que habían tenido que ver con la definición de su liberación. Además de la confirmación del ADN del embarazo que llevaba Meredith, y otras pericias sobre su cuerpo, los diarios íntimos que hallaron terminaron de cerrar la historia. O abrirla.

Richard estaba conmocionado. La relación con su padre siempre había sido complicada. Por más que le doliera, podía entender que a su padre le costara asimilar su homosexualidad.

Siempre lo justificó pensando que había nacido en otra época y eso hacía que sus prejuicios lo dominaran. Con la muerte de Meredith, Richard descubrió a un hombre que no conocía. Ese no podía ser su padre.

Haberle sido infiel a su madre habría sido el menor de los problemas. La verdad destapada le provocaba náuseas. Thomas Murray había acosado a Meredith desde el mismo momento en que la había contratado como pasante en el Parlamento. Mucho antes de que él y Philip la conocieran. Tal vez las Meredith fueran muchas, y con el tiempo se sabría.

Con apenas diecinueve años, Thomas se había aprovechado de ella. Meredith terminó creyendo que nadie podría enamorarse de ella por ser la puta del Parlamento. Más de una década había pasado, y Thomas, aun fuera de actividad, continuaba ejerciendo poder sobre ella. La idea de llevar en su vientre una vida de ese hombre habría sido insoportable para Meredith.

Más allá de haber querido arruinar la vida de Mary Jane y Philip por venganza y envidia, el resentimiento y dolor la habían llevado a pergeñar su propia muerte, de manera de ensuciar a quien, tal vez, fuera la única persona que amaba. El único hombre que la había tratado diferente. Meredith y Philip nunca habían sido más que amantes; sin embargo, el rechazo de Philip hacia ella habría sido difícil de soportar. El embarazo no deseado, más su despido, fue una bomba que le estalló en la cara. Meredith había gestado odio, y eso la llevó a preparar la escena de su muerte como un digno episodio de ficción.

A Philip la verdad lo dejó estupefacto. Además de lo sorprendente que había resultado la verdad, sentía una enorme culpa. Porque si bien él había actuado bien, entendió que las migajas de afecto que le había dado a Meredith para ella habían sido el salvavidas que la había mantenido a flote, o al menos con vida. Quería convencerse de que nada podría haber hecho por la drástica y estúpida decisión de quitarse la vida. Tal vez, ni siquiera ella tomó dimensión de su irremediable determinación. Pero dolía, cómo dolía. De nada servía mirar para atrás, si las cosas no podían modificarse. Los efectos del terremoto se aquietaban lentamente con los días, y él tenía que mirar hacia adelante. Recuperar las cosas que había perdido.

Cuando lo llamaron para entrevistarse en el matutino de Greg, no dudó en aceptar. Él no tenía nada que esconder, y, por el contrario, mucho que aclarar.

Esperaba frente a la pantalla con nervios atados en su estómago. Habían anunciado la presencia de Philip en el programa de entrevistas, y Mary Jane no se lo perdería.

El Dr. Mc Clintok lo acompañaba para explicar con precisión cuestiones jurídicas, y así dejar libre de dudas la inocencia absoluta de Philip.

La entrevista duró una hora, y tuvo un récord de audiencia.

—Tienes que subir a la terraza.

—¿A la terraza? ¿Por qué razón? —Un técnico estaba sacando el cableado del micrófono que Philip llevaba enganchado. La entrevista había finalizado.

—No lo sé. Solo cumplo órdenes. Me informaron desde dirección que no puedes salir por la puerta principal.

El ánimo de Philip se desplomó. ¿Era para tanto? ¿La prensa lo acosaría otra vez? Él pensó que la tormenta había pasado.

—Anda, Philip. Tranquilo —El Dr. Mc Clintok guiñó un ojo mientras desconectaba su micrófono también.

Tomó el ascensor hasta el sexto piso del edificio de grabación, ubicado en el *New Town* de Edimburgo. Allí se encontraba una inmensa terraza con helipuerto. Philip caminó directo al helicóptero, sin ver quién aguardaba su llegada.

Nada de joyas, carruajes, tiaras, ni vestidos pomposos. Solo unos pantalones de jean y un par de auriculares que la aislaban del mundo. Estaba esperándolo con una sonrisa tímida cargada de perdón, una mirada llena de deseo y unos labios expectantes de sus besos. En ese momento era tan solo Mary Jane. Su Mary Jane. La que le daba cosquillas en todo el cuerpo con solo rozarlo. La que le había prometido su alma hasta en la eternidad. La que juró que nada sería más importante que el amor que se tenían. La que cumplía las promesas que se sellaban con amor.

Epílogo

Un año después.

Otro tour real había culminado, esta vez en los Estados Unidos. El avión *Queen Mary Jane I* estaba por despegar. La reina junto con el duque de Edimburgo ajustaron los cinturones por indicación de la azafata. El duque tomó la mano de su esposa, mientras la acariciaba con el pulgar.

No importaba cuántas veces volara, ni cuántas pastillas tomara antes de subir, Mary siempre sentía temor de que el avión cayera.

—¿Sabes que te amo?

—Por supuesto, mi amor.

—¿Y tú a mí?

—Te amo más que a nada en el mundo, aunque eso ya lo sabes de memoria... Cariño, tranquila, no va a pasar nada. Respira conmigo. Uno... inspira, dos... suelta...

El avión empezó a carretear, hasta que sus ruedas se plegaron y despegó de la pista. Para Mary Jane, aquellos interminables segundos hasta que el avión se estabilizaba eran los peores momentos del viaje.

—Háblame de otra cosa, por favor. Y no te rías, que me siento pésimo.

—Con la cara de velorio que tienes, es difícil no reír. —Mary le recriminó con la mirada—. Está bien, juro que no vuelvo a decir VELORIO.

—¡Qué gracioso! —Puso los ojos en blanco.

—Menos mal que me enamoré de ti antes de haber viajado contigo en un avión. Con la cara que llevas, ¡hasta me das miedo!

—Tonto...

—¡Genial! Ya logré que rieras.

—Dame un beso.

—Siempre a sus órdenes, Su Majestad.

El Boeing 767-300 ER llegaba a los 32. 800 pies de altura y lograba estabilizarse. La alarma indicaba que podían quitar el cinturón de seguridad. Mary Jane sentía que el alma volvía a su cuerpo y comenzaba a relajarse (un poco). Recién en ese momento podía observar las vistas panorámicas desde las ventanillas.

—Me pone muy contenta haber visto a Richard. Parecía pez en el agua en su bufete de abogados.

—A mí también me alegra. Se lo ve fabuloso. Es llamativo verlo con tanta vitalidad. Definitivamente, éste es su lugar en el mundo, no Escocia y el Parlamento.

—No vamos a restarle mérito al bombón que tiene de novio. ¡Con razón insistía tanto con volver a Norteamérica!

—Esas apreciaciones, mejor te las dejo a ti. Mary, ¿te diste cuenta de qué fecha es hoy?

—15 de febrero.

—El referéndum —Dijeron ambos al unísono.

—¡Parece mentira que ya pasó un año! ¿De qué te ríes?

—Perdón. Estaba recordando tu borrachera la noche anterior al referéndum.

—Ah, o sea, riéndote de mí, otra vez. Bien te hubiera gustado aprovecharte de esa situación.

—¡Para nada! Ya estabas perdidamente enamorada de mí; preferí esperar a que no estuvieras inconsciente.

—El duque, siempre conservando su humildad... Philip, ¿sabes qué?

—¿Qué, preciosa?

—Me quedé pensando en algo que dijiste sobre Richard. Y eso me llevó a reflexionar dónde era mi lugar en el mundo, y si todos lo tenemos. ¿Y sabes qué? Descubrí que sí lo tengo. Aunque mi lugar en el mundo no es un lugar. Mi lugar en el mundo es estar contigo. En Escocia, en un castillo, o debajo de un puente, e incluso dentro de este avión que me genera tanto pánico. Me da igual cualquier lugar, siempre que pueda compartirlo contigo.

—Eso es lo más lindo que escuché en mi vida —Philip se mordió el labio—. Y también eres lo más lindo que mis ojos han visto y verán alguna vez. Gracias por cambiar mi vida entera.

—Gracias por ser el sentido de la mía.

Cruzando el atlántico, el Palacio de Holyroodhouse los esperaba para continuar con su rutina: hacer cada día más grande el Reino de Escocia.

¿Si fueron felices para siempre? Solo puedo asegurarles algo: se amaron, siempre se amaron, con locura, con devoción. Ante cualquier desafío que la vida les pusiera en su camino, sabían que al final del día tendrían en los brazos del otro su hogar.

FIN

Nota de la autora

La presente novela es una obra de ficción. Las menciones a nombre reales, solo han servido de inspiración para crear la historia.

Existe en la actualidad una línea jacobita que, al igual que el personaje de ficción Ludwing, también es heredero de la última familia reinante del Reino de Baviera, el cual no posee descendencia.

Prólogo

Capítulo I “Llamadas”

Capítulo II “El cassette”

Capítulo III “Lecciones para una reina”

Capítulo IV “Una piedra en el camino”

Capítulo V “Mary Jane, la Princesa Bonita”

Capítulo VI “El día”

Capítulo VII “El día después”

Capítulo VIII “Cuando un hombre ama a una mujer”

Capítulo IX “Buen día. Y adiós”

Capítulo X “Un anillo y un cardo”

Capítulo XI “Sorpresas”

Capítulo XII “Lo que dicte el corazón”

Capítulo XIII “Lobo, ¿estás?”

Capítulo XIV “Pide un deseo”

Capítulo XV “Una mano en su cintura”

Capítulo XVI “En el país de las Coronas”

Capítulo XVII “Las promesas”

Epílogo

Nota de la autora